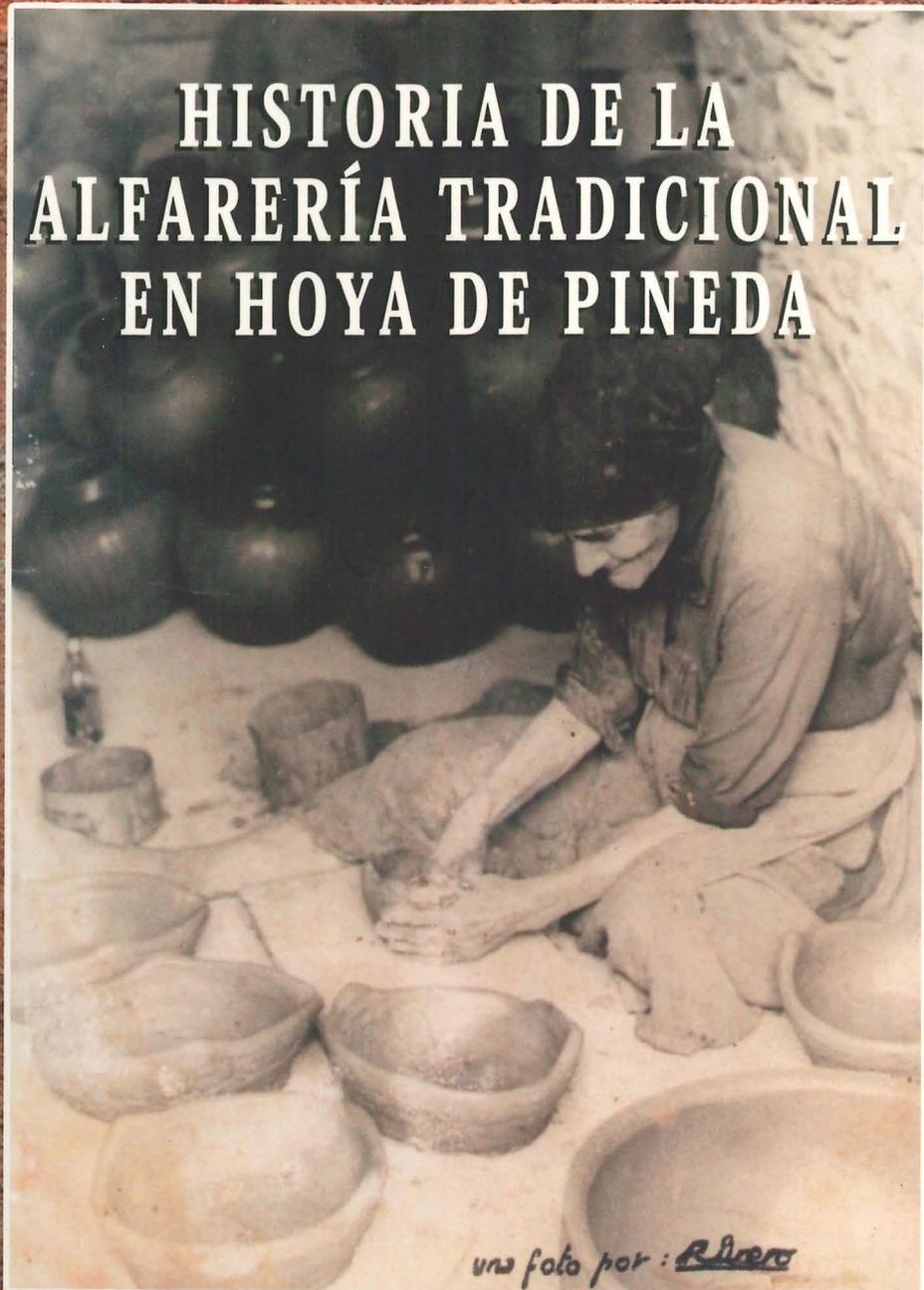


HISTORIA DE LA ALFARERÍA TRADICIONAL EN HOYA DE PINEDA



una foto por: Rivero

Juan Manuel Zamora Maldonado
Antonio Manuel Jiménez Medina

**HISTORIA DE LA
ALFARERÍA
TRADICIONAL
EN HOYA DE PINEDA**

(Gáldar y Santa María de Guía, Gran Canaria)

Juan Manuel Zamora Maldonado
Antonio Manuel Jiménez Medina

- © Gobierno de Canarias.
- © Ayuntamiento de Santa María de Guía.
- © Ayuntamiento de Gáldar.
- © Juan Manuel Zamora Maldonado.
- © Antonio Manuel Jiménez Medina.

Primera edición, diciembre 2008.

Diseño y maquetación: Gráficas Atlanta, S.L.

Fotos: Juan Sosa Guillén, Juan Zamora Maldonado, Francisco Rivero, familia Castellano, familia Suárez, familia Vega, familia Santiago, familia Godoy, Amelia Rodríguez Rodríguez, Diario de Las Palmas y FEDAC.

Dibujos: Margarita Jiménez Medina, Amelia Rodríguez Rodríguez y Jacob Morales Mateos.

Portada: la locera Francisca Suárez García. Foto: Francisco Rivero, finales de los años cincuenta.

Edita: Dirección General de Cooperación y Patrimonio Cultural del Gobierno de Canarias, Ayuntamiento de Santa María de Guía y Ayuntamiento de Gáldar.

ISBN: 978-84-612-7961-6

Depósito Legal: GC:1262-2008

Imprime: Gráficas Atlanta, S.L.
C/. San Nicolás de Tolentino, s/n.
Las Palmas de Gran Canaria.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los autores, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y tratamiento informático.

Dedicatoria:

A nuestros hijos, Saulo Doramas y Sara

Con ansias de infinito

Con ansias de vivir

Sedientos de amores...

(Juan Zamora Sánchez, *Cinco Hijos*)

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	9
PRESENTACIÓN	13
PRÓLOGO	19
CAPÍTULO I.....	23
INTRODUCCIÓN	23
Objetivos, contenidos, fuentes y metodología	23
CAPÍTULO II EL CONOCIMIENTO DE HOYA DE PINEDA:	33
GEOGRAFÍA Y ESTUDIOS CERÁMICOS	33
2.1.Espacio geográfico	33
2.2. La cerámica histórica de Canarias: algunos apuntes y reflexiones	44
2.3. Los estudios cerámicos en Hoya de Pineda.	50
CAPITULO III	61
ETAPAS DE LA ACTIVIDAD LOCERA EN HOYA DE PINEDA SEGÚN LA DOCUMENTACIÓN ETNOGRÁFICA E HISTÓRICA	61
3.1. Fase fundacional. En busca de un origen.	61
3.1.1. Las loceras y loceros en El Padrón de Población de Santa María de Guía de 1834, en busca de un origen.	64
3.1.2. Las Cuevas del Bujo un alfar del siglo XIX.....	71
3.2. Los términos: Alfarero, locera y locero en Hoya de Pineda, entre los años 1863 y 1910, según los Archivos Parroquiales.....	85
3.2.1. Archivo Parroquial de Santa María de Guía.	85
3.2.2. Archivo Parroquial de Santiago Apóstol de Gáldar.	87
3.3. Otros alfares.	90

3.3.1. El alfar de La Aldea.	91
3.3.2. El alfar de Tasarte.	91
3.3.3. El alfar de La Majadilla.....	94
3.3.4. El alfar de La Montaña.....	94
3.4. Fase final. Las últimas loceras en Hoya de Pineda y su relación con las primeras sagas alfareras.	99
 CAPÍTULO IV	113
EL MARCO HISTÓRICO Y SOCIOLÓGICO	113
4.1. El marco económico e histórico del siglo XIX.	113
4.2. Las condiciones sociales y económicas las loceras.	124
4.3. Algunos aspectos lúdicos y culturales.....	129
 CAPÍTULO V	137
LA ELABORACIÓN Y VENTA DE LA LOZA EN HOYA DE PINEDA	137
5.1. Obtención, transporte y preparación de las materias primas.	138
5.1.1. El barro.	138
5.1.2. La arena.	140
5.1.3. El agua.	144
5.1.4. El almagre	145
5.1.5. La leña.	148
5.1.6. El proceso de preparación del barro.	150
5.2. Elaboración de la pieza cerámica.	157
5.2.1. El Levantado.	157
5.2.2. El habilitado.	160
5.2.3. Algunos apuntes sobre los motivos decorativos. .	165
5.3. El Guisado.	169
5.4. Los hornos de Hoya de Pineda.	174
5.3. La venta de la loza.....	180
5.5. Relaciones de trabajo.	190
 CAPÍTULO VI.....	197
TIPOLOGÍA DE LA LOZA EN HOYA DE PINEDA	197
6.1. Catálogo.	200
6.2. Tipologías.....	205

CAPÍTULO VII.....	215
CONCLUSIONES	215
ANEXO	219
EL INSTRUMENTAL LÍTICO EN EL TRABAJO DE LA LOZA TRADICIONAL EN HOYA DE PINEDA	219
1.1. Análisis de las piedras usadas.	220
1.2. Características formales de las piezas	221
1.3. Distribución y características de las huellas de uso.	226
1.3.1. Estrías.	226
1.3.2. Desgaste.	229
1.3.3. Huellas de percusión	230
1.3.4. Pulido.	231
1.4. Conclusiones.	231
GLOSARIO.....	235
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	249
LOS AUTORES.....	263

AGRADECIMIENTOS

Quisiéramos iniciar este libro agradeciendo a las personas e Instituciones sin las cuales no hubiéramos podido desarrollar esta obra.

En primer lugar, debemos mencionar a los informantes que nos prestaron su memoria, algunos de los cuales, por desgracia, nos han abandonado: D.^a Juliana María Suárez Vega, D. Nicolás Godoy Vega, los hermanos D. Manuel y D. Santiago Molina Moreno, D. Santiago Suárez Santiago, D.^a Tomasa Suárez Santiago, D.^a Inés Suárez Suárez, D.^a Josefa Santiago Suárez, D. Juan Godoy Suárez, D.^a María Santiago Moreno, D.^a María del Carmen Rodríguez Ramos, D.^a Carmen Monzón Suárez, D.^a Dolores Suárez Ramos, D. Pablo Melián Suárez, D. Santiago Monzón Suárez, D. Antonio Godoy Suárez, D. Juan Godoy Suárez, D. Antonio Suárez Santiago, D.^a Carmen Quintana Hernández, D.^a María Suárez García, D. José Godoy Santiago y D. Joaquín Santiago Monzón.

De manera especial queremos agradecer a D.^a Elena Suárez Vega y a las hermanas D.^a Fátima y D.^a Rosa Castellano Santiago que nos sirvieron en multitud de ocasiones de enlace entre los vecinos de Hoya de Pineda, además por toda la información y material inédito que nos posibilitaron (cerámicas y fotografías). A estas tres personas descendientes de loceras, amantes y orgullosas de la historia de Hoya de Pineda nuestra más sincera gratitud.

A D.^a Rafaela Santiago Suárez la última locera tradicional de Hoya de Pineda, por su colaboración imprescindible al explicarnos y mostrarnos todo el proceso de elaboración de la loza.

A la Dirección General de Cooperación y Patrimonio Cultural del Gobierno de Canarias, en su nombre a la Sra. D.^a María Aranzazu Gutiérrez Ávila, por la sensibilidad mostrada hacia este trabajo y por todo el apoyo recibido.

A los Excmos. Ayuntamientos de Santa María de Guía y Gáldar, por la publicación de este libro y en su nombre a las Concejales Delegadas de Patrimonio Histórico, D.^a María del Carmen Mendoza Hernández y D.^a Encarnación Monzón Suárez, respectivamente.

A la Fundación para la Etnografía y Desarrollo de la Artesanía Canaria (FEDAC), en su nombre a la Dra. D.^a Caridad Rodríguez Pérez-Galdós y al Dr. D. Eduardo Grandío de Fraga, por las facilidades que siempre nos han mostrado a la hora de estudiar la cerámica tradicional.

A nuestra amiga la Dra. D.^a Amelia del C. Rodríguez Rodríguez, Profesora de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, por su asesoramiento, por su cariñoso y emotivo prólogo y, sobre todo, por esa amistad manifiesta.

Al artista e investigador galdense D. Juan Fermín Valeriano Sosa Guillén por ofrecernos parte del material fotográfico que ilustra este libro, así como facilitarnos información sobre este centro locero.

A D.^a Margarita I. Jiménez Medina, Ingeniera Técnica en Topografía y delineante, colaboradora inestimable, autora de la mayor parte de los gráficos, mapas y dibujos que aparecen en este libro, así como por su ayuda en las tareas de campo.

A D. Luis Falcón Rivero por su inestimable ayuda, difusor en el aula de la cultura canaria, tanto histórica como etnográfica.

Al Obispado de Canarias, así como al personal técnico del Archivo Histórico Diocesano de Las Palmas.

Al párroco de Santa María de Guía, D. Pedro Perdomo Navarro por su inestimable ayuda.

A los párrocos de Santiago Apóstol de Gáldar, D. José Díaz Alemán y D. Agustín Monroy Rodríguez, así como a los archiveros de dicha Parroquia, D. Álvaro Girón Niveiros y D. Juan de la Concepción Rodríguez Vega, por la colaboración y ayuda prestada.

A El Museo Canario, en especial al personal técnico del Archivo, Biblioteca y Hemeroteca.

A la familia del tristemente desaparecido Dr. D. Celso Martín de Guzmán por dejarnos consultar su archivo personal, en particular a su hermana D.^a Bélgica Martín de Guzmán y a su sobrino D. Héctor Díaz Martín.

También quisiéramos expresar nuestra gratitud a un grupo de compañeros y amigos por su ayuda y valiosos consejos, a nuestro querido amigo D. José Ángel Hernández Marrero, investigador y alfarero miembro de El Alfar, por el asesoramiento, seguimiento, ayuda, apoyo y reflexiones; a D. Juan González Hernández y D. Alipio Luján Marrero genealogistas e investigadores; a D.^a Fátima del Pino Rubio Fleitas, maestra y Licenciada en Psicopedagogía, por su ayuda en las tareas de campo, así como en las correcciones y reflexiones; a D.^a Eugenia Moscoso Borges, filóloga y D. Javier Morales Medina, biólogo, por sus correcciones y consejos; a D. Marcos Domínguez Sánchez, apasionado de nuestra historia por su colaboración y a Maite Santana Viera, Licenciada en Historia Contemporánea, también por su colaboración.

Al Dr. D. Gabriel Betancor Quintana, por sus aportaciones sobre el período comprendido entre el siglo XV y el XVI, en el tránsito de la sociedad indígena a la colonial, por su amabilidad y por la cesión de su tesis doctoral, que aún permanece inédita. También al Dr. D. Pedro Quintana Andrés, por sus orientaciones acerca de la historia de esta isla en los siglos XVII y XVIII y por toda la ayuda que hemos recibido, así como al Dr. D. Jorge Onrubia Pintado, por su asesoramiento y con el deseo de poder iniciar un proyecto de estudio (que hemos ido gestando en estos últimos años) de los materiales cerámicos tradicionales documentados en la Cueva Pintada de Gáldar.

Al Dr. José Yeray Rodríguez Quintana, quien amablemente realizó el estudio de los cantares de las loceras, por su compromiso con la cultura canaria.

Asimismo, a nuestra amiga D.^a Alicia de Jesús Hernández Padrón, historiadora del Arte y Directora de la Concejalía de Patrimonio Histórico del Excmo. Ayuntamiento de Arucas, por su colaboración, correcciones y por regalarnos su dedicatoria especial a las loceras.

Queremos que esta obra sea un tributo al barrio de Hoya de Pineda y a todos sus habitantes de ayer y de hoy. Este es el legado que gracias a ellos hemos recogido, siguiendo la senda trazada por sus vidas, a lo largo de la historia cotidiana.

A todos ellos y a todas ellas, de nuevo, nuestra más sincera gratitud.

PRESENTACIÓN

Siempre es una satisfacción el poder dar la bienvenida a un libro que supone una ardua tarea de investigación y más aún cuando la publicación sale a la luz como fruto de una colaboración institucional.

En esta ocasión, el Ayuntamiento de Santa María de Guía, el Ayuntamiento de Gáldar y el Gobierno de Canarias han aunado esfuerzos para que el trabajo de Juan Manuel Zamora y Antonio Manuel Jiménez, sobre la alfarería tradicional en Hoya de Pineda, llegue a las ciudadanas y ciudadanos de Canarias.

Una compleja investigación de carácter multidisciplinar, donde se combinan el análisis geográfico e histórico, así como el uso de la sociología, la etnografía o el estudio de las fuentes documentales y orales, entre otras, pone en valor una actividad artesana tradicional que hunde sus raíces y su origen en las manifestaciones preeuropeas de, en este caso, los aborígenes de Gran Canaria.

La “Historia de la alfarería tradicional en Hoya de Pineda” nos acerca a los orígenes de esta actividad en este pago singular de la isla de Gran Canaria. Además, rescata la memoria oral de distintos aspectos que conforman su proceso de fabricación; estudia el marco socioeconómico e histórico en que se desenvuelve; analiza sus características y las materias primas utilizadas en su elaboración; realiza un catálogo de sus tipologías o nos explica cual es el instrumental lítico usado en el trabajo de la loza.

Pero sin duda, como uno de los aspectos centrales, y que da un valor singular a este trabajo, está la salvaguarda

de un legado artístico y cultural que tenemos la obligación de transmitir a las futuras generaciones.

Nuestra identidad cultural se sustenta en el legado que conservamos de nuestros antepasados. Hoy, cuando ese legado puede estar amenazado por las corrientes globalizadoras que no atienden a la importancia de la diversidad de las manifestaciones culturales, estudios como este, nos sitúan plenamente en la necesidad de conservarlas y difundirlas.

Nuestra más sincera enhorabuena a los autores y a todas y todos los que han hecho posible este trabajo.

Milagros Luis Brito
*Consejera de Educación, Universidades,
Cultura y Deportes Gobierno de Canarias*

La publicación de este libro supone un verdadero regalo para todos los que deseamos conocer y saber más acerca de los orígenes y la historia de esta parte tan importante de nuestra cultura tradicional. Gracias al denodado esfuerzo y compromiso de sus autores, esta obra puede ver la luz y nos permite acercarnos al rico y complejo mundo que supuso esta actividad en el pasado.

Como en tantas otras actividades artesanales, el progreso y la industrialización trajeron de la mano otros materiales que fueron sustituyendo en nuestros hogares la loza fabricada con tanto esmero por nuestras loceras, provocando con ello el paulatino abandono de esta tradición, un auténtico tesoro de nuestra memoria y nuestra identidad.

A través de estas páginas se nos ofrece la oportunidad de asomarnos a una parte cada vez más olvidada de nuestra historia y precisamente ahí radica la importancia de este proyecto.

Hoy, cuando el mundo camina y avanza de forma tan vertiginosa y muchos comienzan ya a darse cuenta de las graves consecuencias que ello puede traer consigo, precisamente ahora más que nunca cobran especial vigencia los trabajos y las obras que como ésta vienen a rescatar y recordar el valor de las cosas bien hechas, con verdadera dedicación.

Para nosotros, para todos, debe ser también un aldabonazo en nuestras conciencias. Somos herederos de una riquísima tradición encarnada por nuestros artesanos de la forma más noble y auténtica que se pueda concebir y ello nos hace a la vez responsables de cuidar, mimar y transmitir con orgullo, como lo hace este libro, la excelencia de nuestro legado cultural.

Por todo ello, y en nombre del municipio al que represento, deseo expresar la más sincera felicitación y gratitud a los autores de esta obra con la que se honra la memoria de nuestras loceras de Hoya de Pineda.

Fernando L. Bañolas Bolaños
Alcalde de Santa María de Guía

Cuando recibí de la Concejala de Patrimonio Histórico la propuesta de editar conjuntamente, entre los Ayuntamientos de Santa María de Guía y Gáldar, un libro sobre la Historia de la Alfarería Tradicional de Hoya de Pineda, me vino a la mente el interés que desde hace muchos años despierta todo el saber de este rincón de nuestras medianías en lo relativo a las costumbres y tradiciones populares, y más concretamente, en el conocimiento heredado de nuestros antepasados sobre una de las labores artesanales que fue para muchas familias un modo de vida y subsistencia.

Es por ello que decidimos apoyar este libro que tienen hoy entre sus manos. Un trabajo que viene a recoger una parte importante de esa sabiduría popular que hizo posible convertir el Centro Locero de Hoya de Pineda en uno de los tres centros productores de loza tradicional más conocidos de Gran Canaria.

No hay que olvidar que se cuenta para ello con un atractivo añadido, y es la riqueza etnográfica del lugar. Hablar de Hoya de Pineda es hablar de una serie de recursos naturales y paisajísticos que no se deben perder y que dada su importancia se debe recuperar y exponer como parte de nuestra identidad.

De forma especial este trabajo pone de relevancia el ingenio de quienes tenían que subsistir a base de aprovechar todo lo humanamente aprovechable, de exprimir esta bendita tierra y convertirla en enseres domésticos y agrícolas con el magnífico trabajo de sus manos.

Juan M. Zamora Maldonado y Antonio M. Jiménez Medina son los autores de esta obra de recopilación y

documentación en el que se recogen aspectos de un importante legado que no podemos ni debemos olvidar.

Espero que disfruten leyéndolo. A muchos les situará en la realidad y en la historia de esta zona de Hoya de Pineda y su tradición artesanal y, a nosotros, los responsables y gestores públicos nos recordará y propondrá cómo elaborar estrategias para la conservación y difusión de esta tradición artesanal que se mantiene aún viva de forma generosa y por tradición familiar por doña Rafaela Santiago, hija de nuestra siempre recordada y admirada “Julianita la Alfarera”.

A ella y su familia queremos dedicarle este libro porque forman parte, como muchas otras familias, de la historia de nuestra tierra y sus gentes.

Teodoro C. Sosa Monzón.
Alcalde de la Ciudad de Gáldar.

PRÓLOGO

La alfarería es una actividad artesanal en franco retroceso. Los cambios socioeconómicos y tecnológicos la han ido relegando a un papel secundario, más propio ya del interés romántico por un oficio a punto de desaparecer. Sin embargo, este libro nos muestra la importancia que tenía en la economía doméstica del medio rural insular hasta hace unos cuarenta años, rastreando su estela a lo largo de seis siglos.

Los autores, Juan Zamora y Antonio Jiménez, no han dudado en titularlo “Historia de la alfarería tradicional en Hoya de Pineda”, haciendo honor a su formación como historiadores, aunque en él encontramos algo más que una síntesis histórica al uso. En efecto, la obra sigue una propuesta metodológica que combina, además del análisis de documentación escrita e historia oral, otras disciplinas como la sociología, demografía, etnografía, etnoarqueología o la arqueometría, para abordar un problema histórico desde una perspectiva multidisciplinar y con ambiciones de evitar los apriorismos que han acompañado alguna de las anteriores aproximaciones al tema. Un ejemplo de esta actitud es cómo descartan el mito de los orígenes preeuropeos de esta tradición artesanal en el pago de Hoya de Pineda, y de paso reivindican la importancia de otras contribuciones foráneas a este oficio, que pudieron venir desde Europa o la vecina África, tanto del Magreb como del área subsahariana. Todo ello sin menoscabo de que existan ciertos aspectos técnicos en la elaboración de la loza que evocan una relación con la alfarería prehispánica. Concretamente el estudio del uso de instrumentos líticos en el proceso de fabricación de la cerámica, que puede consultarse en el anexo, ha permitido identificar posteriormente a este tipo de útiles en los conjuntos arqueológicos prehispánicos de la isla.

Pero, no es el evidente rigor científico lo que más me atrae de esta obra, sino la pasión que transmiten los autores por este tema; la inquietud por conocer detalladamente los diversos procesos de trabajo que implica la cadena operativa de elaboración de esta industria; la perseverancia en un empeño que ha exigido un trabajo de años, tanto en los archivos como en el campo; y sobre todo, el respeto y admiración que transmiten sus páginas hacia el colectivo de loceras y loceros, encarnado en los diversos informantes que hicieron posible buena parte de sus páginas. Todo ello ha permitido que esta lectora tenga acceso a unos datos bien contrastados, envueltos en la calidez que proporciona la información oral y la contextualización sociológica, e incluso genealógica, de las personas que han sido el objeto de este estudio y que pueden rastrearse hasta tres siglos atrás en el tiempo.

Por eso estas páginas tienen la virtud de interesar a los investigadores que trabajan sobre diversos aspectos económicos y sociales de esos periodos, así como a arqueólogos y arqueólogas como yo, que necesitan de datos actuales bien contextualizados para saber interpretar mejor las evidencias más antiguas, aquellas para las que no existen textos e imágenes que nos ayuden a entenderlas. Pero creo que también será bien recibido por muchos otros lectores, deseosos de saber cómo vivía este colectivo de la comarca noroeste de Gran Canaria. Los más cercanos podrán incluso reconocer a algunas personas y todos serán capaces de identificarse con muchas vivencias, que nos retrotraen a tiempos de penuria, de trabajo duro, de cantares y relaciones sociales.

He tenido la fortuna de colaborar con los autores en un proyecto de investigación, por lo que ya conocía esta combinación de cualidades que siempre aflora en sus trabajos. Sé que este libro es sólo un jalón más para alcanzar

el ambicioso objetivo de estudiar la alfarería tradicional de Canarias. En él se refleja cómo se pretende acometer una empresa tan basta: multiplicando el análisis de fuentes documentales, trabajando con los últimos alfareros y realizando un estudio exhaustivo de sus producciones desde el punto de vista morfológico, funcional y arqueométrico. En ese camino, necesariamente largo y arduo, nos van dejando anticipos como el presente, contribuyendo a enriquecer de forma sustancial el corpus documental sobre el trabajo de la loza en nuestro archipiélago. Su labor tiene la virtud de impregnarnos de ese entusiasmo que emana de su obra y nos invita a transitar sendas parecidas. Que los lectores disfruten tanto como yo, que los viejos recuerden, que los jóvenes sientan el estímulo por conocer y profundizar en otros aspectos de nuestro acervo cultural.

Siria, octubre de 2008.
Amelia del Carmen Rodríguez Rodríguez.
Dra. en Prehistoria y arqueóloga.
Profesora Titular de la Universidad de
Las Palmas de Gran Canaria.

CAPÍTULO I.

INTRODUCCIÓN

La historia de un grupo humano es su memoria colectiva y cumple respecto de él la misma función que la memoria personal en un individuo: la de darle un sentido de identidad que lo hace ser él mismo y no otro.

Josep Fontana.

Objetivos, contenidos, fuentes y metodología.

Esta obra sobre la historia del centro locero de Hoya de Pineda, ubicado en los municipios de Gáldar y Santa María de Guía en el Noroeste de la isla de Gran Canaria, es el resultado de los distintos trabajos de investigación que hemos realizado a lo largo de estos últimos años. Hoya de Pineda fue por su importancia el segundo centro locero de esta isla, después del de La Atalaya de Santa Brígida. Este monográfico, segundo que publicamos sobre un centro locero¹, forma parte de los diferentes estudios que estamos realizando sobre la loza tradicional en Canarias y en especial en la isla de Gran Canaria. En este estudio pretendemos aportar datos inéditos sobre la historia de esta labor artesanal en esta localidad.

La rápida y progresiva desaparición de los alfares, así como de las personas vinculadas al centro locero de Hoya de

¹ En el año 2004 se publicó, por parte de la FEDAC, el libro *El centro locero de Tunte*.

Pineda ha dado como resultado la extinción casi total de esta actividad ya que en la actualidad queda como último exponente de este oficio, D.^a Rafaela Santiago Suárez y con ella, si no buscamos alguna solución inmediata desaparecerá esta ocupación en Hoya de Pineda.

En este pago, se realizó, en el pasado reciente de manera importante esta actividad artesanal, ésta fue una estrategia económica en la que participaba la mayoría de la comunidad, siendo en muchas etapas, a lo largo de su historia, el principal modo de subsistencia para estas personas.

Los motivos por los que esta artesanía desapareció de forma generalizada entre los habitantes de Hoya de Pineda se debe a que las formas de vida que le daban sentido a su existencia fueron desapareciendo, inducidas por profundos cambios en las estrategias económicas y mentales. Este no fue un fenómeno aislado, sino que también sucedió en el resto de alfares canarios e incluso en los existentes en la Península Ibérica como bien plantea en su Tesis Doctoral D. Agustín García Benito sobre la cerámica tradicional de Peñafiel en Valladolid, que en un intento de recuperar esta labor se dio cuenta de lo siguiente:

El éxito de la empresa no fue el esperado por múltiples razones, aunque el motivo fundamental por el que se quedó en un experimento es que comprendimos que no procedía a resucitar una alfarería que se había ido agotando a medida que lo habían hecho las formas de vida que le habían dado sentido. Las cerámicas se habrían desnaturalizado y hubieran tenido una mera función ornamental. En otras localidades he podido ver como el repertorio formal se reducía al mínimo, las formas se degeneraban, lo decorativo se imponía a la pureza de perfiles y su calidad material se empobrecía. Al no ser destinadas a una función práctica, el alfarero no

es lo exigente que fue en otros tiempos (...) (García Benito, 2004: 17).

Los objetivos principales que perseguíamos han sido:

1.º Establecer el origen de la actividad locera en Hoya de Pineda. De dónde vino, quienes la trajeron, cuándo y porqué.

2.º Rescatar de la memoria oral los diferentes aspectos que conformaban la actividad locera en Hoya de Pineda; procesos de fabricación, inmuebles, la comercialización y los modelos de relaciones de trabajo.

3.º Estudiar el marco histórico y socioeconómico.

4.º Fundamentar algunas de las características de la loza producida en Hoya de Pineda, análisis de las materias primas (desengrasante).

5.º Iniciar pautas para la elaboración de un futuro catálogo tipológico.

6.º Salvaguardar parte de este legado artístico y cultural para el conocimiento de futuras generaciones.

La combinación de las fuentes orales y escritas fueron fundamentales para la ejecución de esta obra, en este sentido, como ya hemos expresado en anteriores trabajos, las diferentes fuentes históricas y etnográficas han mostrado que lejos de oponerse, la historia y la etnografía se complementan entre sí (Bonte e Izard, 1996: 350).



D.ª María Santiago Moreno, antigua locera de Hoya de Pineda. Foto: familia Castellano.

Basándonos en la experiencia anterior, obtenida en la elaboración del monográfico dedicado al centro locero de Tunte (San Bartolomé de Tirajana), decidimos emplear el mismo modelo metodológico, con el que habíamos logrado unos que resultados idóneos. A partir de esos parámetros se procede a la organización de un plan de trabajo, cómo se va a establecer, en base a qué, etc., para lo cual se plantea un cronograma abierto, adaptativo y flexible.

Fuentes documentales.

Las fuentes documentales, tanto las impresas como la documentación de archivos, nos han aportado una información muy valiosa. Entre estas fuentes destacamos las localizadas en los Archivos Parroquiales de Santiago Apóstol de Gáldar, Santa María Guía y de Santa Brígida (principalmente los libros de bautismos, matrimonios y defunciones). Para facilitar la consulta de los datos obtenidos en estos archivos, hemos elaborado tres modelos distintos de fichas.

Asimismo, se han analizado algunas estadísticas, censos y padrones, así como relatos y descripciones de viajeros, eruditos, etc., especialmente los depositados en el Archivo, Biblioteca y Hemeroteca de El Museo Canario. En lo referente a la cronología para esta obra abarcamos los siglos XVIII, XIX y XX, pero sobre todo nos hemos centrado en los siglos XIX y XX.

Bibliografía.

La bibliografía empleada ha sido extensa y ha girado en torno a los siguientes campos o materias, la metodología etnográfica, la cerámica en arqueología, la cerámica histórica en general, la cerámica tradicional en Canarias y en Gran Canaria, así como la Geografía e Historia de la isla de Gran Canaria y de Gáldar y Guía en particular, en especial desde el siglo XVIII al XX. Asimismo, se ha estudiado toda la bibliografía, que se ha podido documentar y localizar, específica referente al centro locero de Hoya de Pineda (en especial los trabajos de Rafael González Antón, J. Sebastián López García, Julio Cuenca Sanabria, así como Juan Sosa Guillén).

Fuentes orales y trabajo de campo.

Las fuentes orales son imprescindibles en cualquier trabajo de índole etnográfico, ya que sin ellas no podríamos haber realizado de forma adecuada esta obra, la memoria oral ha sido la llave que nos han permitido abrir, de forma ordenada y metódica, las puertas del pasado: *la falta de documentación escrita convierte a la memoria humana en la única posibilidad para conocer el pasado* (Murcia Suárez, 1997: 363)

El trabajo de campo se ha basado en dos aspectos, la recopilación de la información oral y la documentación de los restos materiales de este centro locero. Este trabajo de



El locero D. Nicolás Godoy Vega, años setenta siglo XX. Foto: familia Castellano.

investigación tuvo que partir, en sus comienzos, de la información oral, puesto que el centro locero se presentaba inédito en algunos de sus aspectos, ya que como hemos manifestado es escasa la información escrita, si bien existen algunos trabajos específicos sobre esta localidad alfarera.

En este sentido una parte importante de la tarea de campo fue la búsqueda de personas, preferentemente de edad avanzada, que habían tenido alguna relación con esta actividad, así como con los familiares de loceras fallecidas y, por supuesto, hemos contado con la colaboración y la gran ayuda de D.^a Rafaela Santiago Suárez, última locera activa en Hoya de Pineda.

El soporte material utilizado para la recogida de la información se ha basado, por una parte, en la recopilación de datos escritos en un cuaderno de campo, y por otra, en los registros sonoros captados mediante un aparato electrónico,

del tipo grabadora, así como el empleo de la fotografía y vídeo digital.

Para las entrevistas orales se elaboró un modelo de ficha, en el que se recogió toda una serie de cuestiones relacionadas con el informante. Se valoró en todo momento de manera ordenada la información obtenida, siguiendo una metodología de trabajo consolidada y propuesta por varios autores; Barandiarán (1975), Aguirre (1995), Murcia (1998), García (2004) y Zamora Maldonado y Jiménez Medina (2004).

Por otra parte se documentaron tanto las estructuras y los lugares de abastecimiento de materias primas asociadas a la actividad locera, así como las propias cerámicas que fueron localizadas, sobre todo, con la ayuda de los/as vecinos/as de la propia Hoya de Pineda. En este apartado distinguimos los materiales muebles (recipientes cerámicos), inmuebles (cuevas-taller, otras cuevas relacionadas con esta labor y hornos) y lugares de interés (barrera, áreas de extracción del desgrasante y yacimientos de almagre). Todos estos elementos fueron registrados de forma sonora y gráfica a través de fotografías, croquis y dibujos.

También realizamos un breve recorrido por la tipología de la loza, deteniéndonos en algunos de sus aspectos técnicos, así como en su problemática espacial y temporal. Al respecto tenemos que matizar que un estudio tipológico, tanto morfológico como funcional de la loza elaborada en Hoya de Pineda y su evolución a lo largo de su historia, por su magnitud, pensamos que necesitaría un monográfico exclusivo amplio y que, por cuestiones obvias, no puede tener cabida en esta obra. En relación a la documentación de las piezas cerámicas analizadas, éstas han sido localizadas, sobre todo, en diversas colecciones privadas.

En este sentido realizamos una primera aproximación al estudio del desgrasante usado en Hoya de Pineda, estableciendo parámetros de identificación para la cerámica de esta localidad.

En la presente obra aparecen numerosas citas extraídas de las entrevistas realizadas a los informantes, que aparecen en cursiva, citando el nombre del autor, que como viene siendo habitual en nuestros trabajos transcribimos respetando, en todo momento, su lenguaje, que forma parte junto con los otros elementos materiales a este valioso patrimonio cultural que de manera irreversible, por desgracia, está condenado a desaparecer.

Fuentes visuales.

El material fotográfico es casi en su totalidad inédito, procede principalmente, de fondos privados, entre ellas destacan las obtenidas en el año 1976 por el artista e investigador Juan Fermín Valeriano Sosa Guillén, quien amablemente nos cedió parte de este importante material fotográfico. Así como las del fotógrafo de Santa María de Guía, tristemente desaparecido, Francisco Rivero, realizadas a finales de los años cincuenta del siglo XX, que las convierte (hasta este momento) en las primeras fotografías realizadas sobre este centro loco. Algunas de estas imágenes ilustran este libro sirviendo de apoyo visual a los relatos que los diferentes informantes hacen sobre la elaboración de la loza.

Otro aspecto que nos pareció interesante fue el de incorporar a las ilustraciones de este libro retratos fotográficos de antiguas loceras, rostros expresivos que nos hablan de tiempos de precariedad, fatiga y supervivencia. Estas fotografías han sido facilitadas por familiares de las artesanas, imágenes que queremos que sirvan junto al resto de la obra como un homenaje a todas estas mujeres y hombres que hemos rescatado en su mayoría del anonimato.

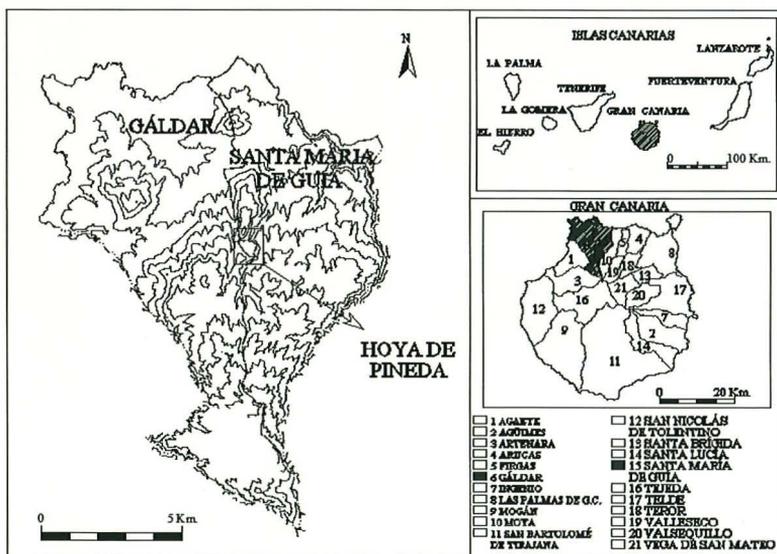
Al final de este proceso, hicimos un análisis de la información y documentación recopilada, se procedió a analizar y cotejar las distintas fuentes para obtener óptimos resultados, conformando un *corpus*. Toda esta documentación fue tratada por medio de la informática, realizando una base de datos de las fichas de campo, trasladando los dibujos, transcribiendo las entrevistas, etc.

El último capítulo es un anexo, que por su alto interés, hemos querido incluirlo en esta obra, corresponde a parte de un trabajo presentado en el *Simposio Internacional* “Etnoarqueología de la Prehistoria: más allá de la Analogía” celebrado en Barcelona en septiembre de 2004, que ha sido elaborado por la Dra. Amelia Rodríguez Rodríguez, del Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, en el que hemos colaborado junto al Dr. José Mangas Viñuela, del Departamento de Física de la citada Universidad. Este trabajo está dedicado al empleo de cantos rodados en la elaboración de la loza tradicional de la isla de Gran Canaria, y sus implicaciones etnoarqueológicas. En el citado trabajo se ha realizado, por primera vez, un análisis funcional de los instrumentos líticos utilizados en la elaboración de este tipo de cerámica.

El principal objetivo de este libro es dar a conocer la importancia de este valioso legado cultural. Su conocimiento, entendemos, es imprescindible para poder elaborar futuras estrategias enfocadas a su conservación y difusión. Creemos que la información no pertenece sólo a los autores, sino que forma parte del patrimonio de la memoria colectiva, documento del pasado, de la que debe ser su titular la sociedad del presente y del futuro.

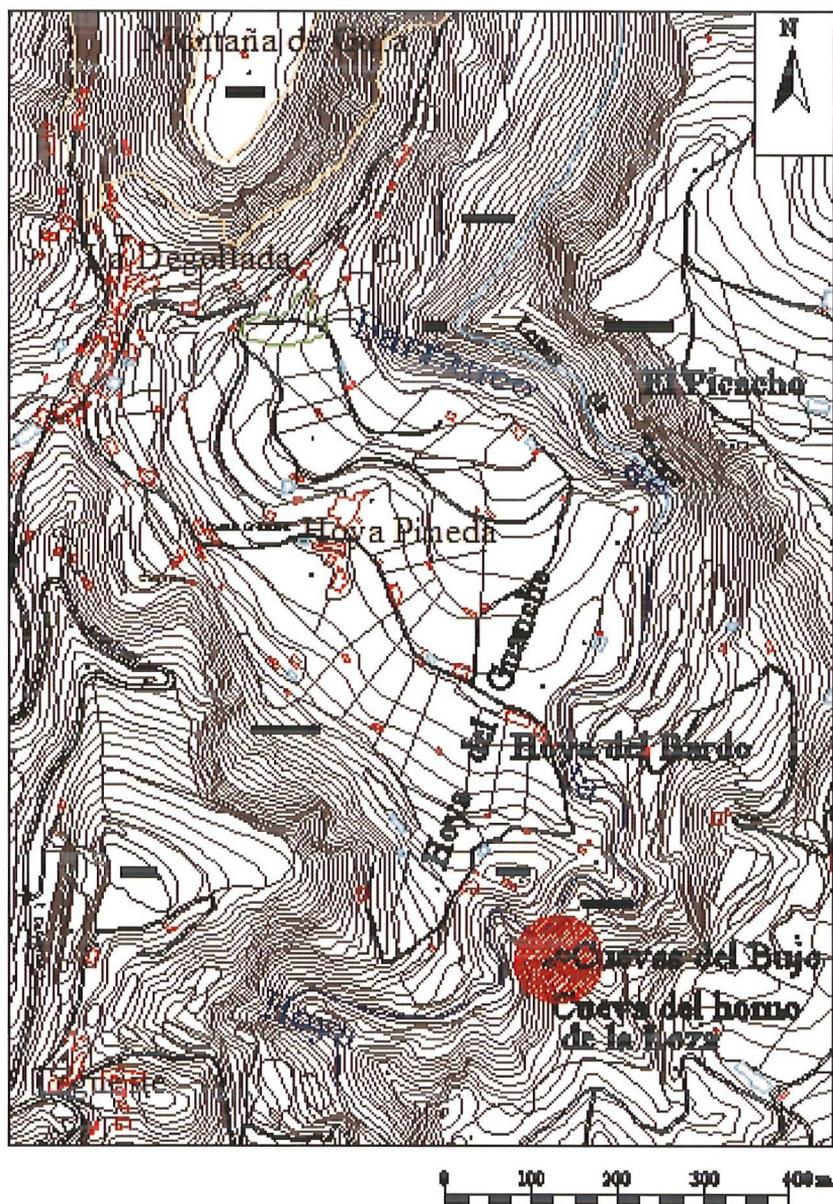
CAPÍTULO II EL CONOCIMIENTO DE HOYA DE PINEDA: GEOGRAFÍA Y ESTUDIOS CERÁMICOS

2.1. Espacio geográfico



Plano de situación de Hoya de Pineda. Elaboración: Margarita I. Jiménez Medina.

Hoya de Pineda, se ubica en el Noroeste de la isla de Gran Canaria, a unos 500 metros sobre el nivel del mar y se sitúa entre los términos municipales de Gáldar y Santa María de Guía. El límite municipal lo marca, en parte, la vía asfaltada que atraviesa dicho pago, así como el antiguo camino tradicional de Anzo y el Barranco de La Hoya. El



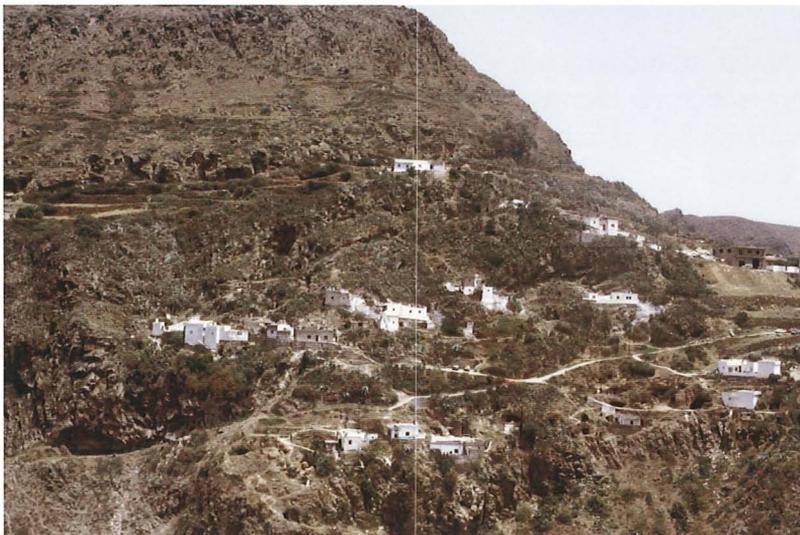
Planos de situación y emplazamiento de Hoya de Pineda. Elaboración: Margarita I. Jiménez Medina

hábitat tradicional de esta localidad se caracteriza por la presencia de cuevas artificiales excavadas en la roca, sin embargo, en la actualidad se localizan inmuebles construidos de obra.

Su origen se remonta al menos al proceso de colonización que siguió a la conquista de la isla, a finales del siglo XV, adoptándose como topónimo el del primer propietario que se benefició de aquellas tierras. Cerca de este lugar existen otros topónimos que aluden a la presencia indígena previa, como Hoya del Guanche o Tegueste, ambos curiosamente vinculados a la presencia de guanches de Tenerife, deportados y obligados a asentarse en ese territorio (según el Dr. Gabriel Betancor Quintana, comunicación personal). En todo caso, existen varios yacimientos arqueológicos que atestiguan la existencia previa de los antiguos canarios en este enclave territorial²:

(...) de los avencindados en Gran Canaria: Francisco de Güimar, Sebastián de Anaga, Juan de Tegueste...; o de las familias de canarios Juan Grande, Luis Pérez, Pedro González, Juan Maninidra, Francisco de Santiago (...) en sus asentamientos de Guayadeque, Tasautejo, Hoya de Pineda, Agaete, Guayedra, Timagada, Lugarejos (...) (Betancor Quintana, 2004 b: 44).

² Como así lo atestiguan el conjunto de cuevas artificiales localizadas en el Lomo Tirior, concretamente en el lugar conocido como El Picacho, en el que hay que destacar la existencia de un granero formado por un conjunto de silos a distintas alturas y de capacidades diferentes. Según lo observado en visitas efectuadas a este enclave, una parte de este yacimiento arqueológico ha sido reutilizado por pastores en épocas recientes.



Vista general de La Degollada, 1976. Foto: Juan F. V. Sosa Guillén.

El nombre de Hoya de Pineda, también es citado por el erudito ilustrado Joseph de Viera y Clavijo ([1783] 1967, II: 396) en 1783, como uno de los pagos pertenecientes a Santa María de Guía. Por otra parte, en la obra de Francisco Escolar y Serrano ([1806] 1983: 281), *Estadística de las Islas Canarias*, se recogen, entre 1793 y 1806, los distintos pagos de la jurisdicción de Santa María de Guía en Gran Canaria, entre los que se hallan “*Hoya de Pineda y del Guanche*”.

Hoya de Pineda y Hoya del Guanche, según los vecinos de la zona, son topónimos que hacen alusión al mismo lugar³. Si bien, Hoya de Pineda es el nombre por el

³Desconocemos si en el pasado ambos topónimos se situaban en lugares diferentes. La tradición oral recogida afirma que Hoya de Pineda es el nombre usado en la zona, mientras que la Administración Pública (especialmente el Ayuntamiento de Santa María de Guía), hasta comienzos del siglo XX, citaba este enclave como Hoya del Guanche. Algunos autores consultados (J. de Viera y Clavijo y P. de Olive) hablan de Hoya de Pineda y Hoya del Guanche, por separado.

cual es conocida actualmente toda la zona. Según el Cronista de Gáldar D. J. Sebastián López García:



Panorámica de La Hoya. Foto: Juan M. Zamora Maldonado

El topónimo de Hoya de Pineda tiene su origen en la combinación de un fenómeno natural (la hoya) con el posesional de una familia (Los Pineda). La casa de los Pineda aún se levanta en el centro de la hoya (López García, 1983: 571).

La construcción de esta casa al igual que la ermita de San Antonio de Padua ubicada también en la Hoya, mandada a edificar por el canónigo D. José Betancurt y Franchy, se relacionan con la familia de los Pinedas, a la que perteneció Jerónimo de Pineda, Regidor perpetuo del Cabildo Gran Canario. Ambas construcciones ya estaban erigidas en 1759. En la obra de Fray Juan Suárez de Quintana *Relación Genealógica* de mediados del siglo XVIII y recientemente publicada, transcrita por Pedro González Sosa, en la que podemos leer al respecto lo siguiente:

(...) y el dicho Don Joseph Vetancurt es al presente poseedor del vínculo de la Hoya de Pineda en la jurisdicción de la Villa de Guía, que fundaron Doña María Vetancurt y Jerónimo de Pineda, y es también el Patrono del convento de mi Padre San Antonio de Padua de las Villas de Gáldar y Guía, el que ha fabricado cassa muy buena en dicho vínculo y una hermosa Hermita en culto de dicho glorioso Santo, mi Padre y protector el Señor San Antonio (Suárez Quintana, 2006: 120).

Ya desde el siglo XVII se produce una ocupación de cierta relevancia de las zonas de medianías de personas venidas del casco de Guía como foráneos llegados de otras parroquias:

Desde mediados del siglo XVII la multiplicación de pagos en el término de Guía comenzará a convertirse en un hecho habitual, surgiendo, aunque gran parte de ellos conformados por viviendas diversas, agrupaciones de casas sin una estructuración de núcleo urbano o por unidades de casas, más o menos dispersas, (...) (Quintana Andrés, 2006: 53).

Según los datos que disponemos, este núcleo de población (Hoya de Pineda) ya existía, al menos, a mediados del siglo XVIII, aunque como hemos visto su ocupación sea muy anterior. En algunas partidas de nacimiento se constata lo siguiente:

Asunción hija legítima de Francisco Molina Jiménez y de Andrea Benítez, naturales y vecinos de esta villa en el pago de Hoya de Pineda (APSMG. Libro de bautismos. N.º 11, folio 135 v.º, 20-VIII-1785).

En el siglo XVIII sigue aumentando la población frenado este incremento puntualmente por epidemias y

hambrunas. En el Noroeste de Gran Canaria, se produce un fenómeno de concentración de población, en los núcleos de Gáldar (309 vecinos) y Guía (329 vecinos), mientras que las poblaciones del interior de la Parroquia de Guía oscilan entre 4 y 20 vecinos (Santana Santana, 2001: 207).

Antonio Riviere en su *Descripción Geográfica de las Islas Canarias de 1740-1743* plantea que el número de habitantes de Guía, por estos años, era de 2.533 habitantes, de los cuales al pago de Hoya de Pineda le corresponden, según este autor, 14 vecinos, es decir unos 56 habitantes (Aguilar Castellano, 2006: 5-6).

Por otra parte, en diversas obras encontramos datos demográficos y estadísticos de Hoya del Guanche y Hoya de Pineda, así Pedro de Olive (1865: 537 y 539), en su *Diccionario Estadístico Administrativo*, recoge que:

Hoya del Guanche: Aldea situada en el t.j. [término jurisdiccional] de Guía, p.j. [partido judicial] de idem., isla de Canaria. Dista de la c. [capital] del d.m. [distrito municipal] 3 Km., 900 m., y lo componen 2 edif. [edificaciones] de dos pisos y 10 choz. [chozas] ú hog. [hogares] habit [habitados]. 5 const. [constantamente] por 5 v. [vecinos] 23 a. [almas] y inhab. [inhabitados].

Hoya de Pineda: Casa de labranza situada en el t.j. de Gáldar, p.j. de Guía, isla de Gran Canaria. Dista de la c. del d.m. 4 Km., 670 m.: tiene dos pisos y está const. habit. por 1 v. 10 a.

En el *Nomenclátor de la Provincia de Las Palmas* de 1850, aparecen Las Cuevas de Pineda como un caserío con 5 vecinos, perteneciente al Ayuntamiento de Gáldar; en el de 1888, en la parte perteneciente al municipio de Gáldar, recoge la existencia de 1 casa de un piso y de 2 casas de dos pisos, siendo la población de 5 habitantes de hecho y 5 de

derecho. En la zona correspondiente al municipio de Guía tiene 5 casas de un piso y en el enunciado de albergues: cuevas, barracas y chozas aparecen 3, con una población de hecho 21 habitantes y de derecho 23. Por otra parte, según el *Libro de Matrícula o Padrón Parroquial* de Santa María de Guía (depositado en el APSMG), en el apéndice de familias pobres feligresas de la parroquia, del año 1920, se recoge la cantidad de más de 600 personas que habitaban la Hoya del Guanche.

Hoy en día, el término de Hoya del Guanche, según algunos informantes, se ha reducido a una pequeña zona ubicada al Este de Hoya de Pineda, en el margen derecho del barranco de La Hoya; de igual manera, este lugar es conocido, popularmente, como Hoya del Bardo⁴. Sin embargo, en el siglo XIX y comienzos del XX, Hoya del Bardo aparece como un lugar diferenciado.

Los nombres de Hoya del Guanche y Hoya de Pineda se hallan en distintas partidas de nacimiento de la Parroquia de Santa María de Guía, en habitantes de este lugar de los siglos XVIII, XIX y XX, abarcando (en el caso de Hoya del Guanche) una cronología que va desde el año de 1790 hasta el año de 1942 (APSMG. Libro Matrimonios. N.º 13, folio 110 v.º, 29-IV-1942). A partir de la década de los treinta del siglo XX, el topónimo de Hoya del Guanche entra en desuso y se pierde definitivamente como término administrativo, quedando recluido tan sólo en la memoria de las personas de mayor edad de Hoya de Pineda.

Estos son algunos ejemplos de los documentos consultados en el Archivo Parroquial de Santa María de Guía:

⁴ Según el *Diccionario Histórico del Español de Canarias* de Cristóbal Corrales y Dolores Corbella (2001), el significado de la palabra bardo es: *vallado espeso y enmarañado de tuneras [Opuntia sp.] y zarzas [Rubus sp.], o de otras plantas semejantes, que suele usarse para proteger del viento los sembrados* (Corrales y Corbella, 2001: 186-187).

(...) puse Óleo y Crisma a Sebastián Josef hijo legítimo de Josef Moreno y de Ana García, naturales y vecinos de esta villa en el pago de La Hoya del Guanche (APSMG. Libro de bautismos. N.º 12, bautizo N.º 397, folio 68 v.º, 24-I-1790).

(...) Bauticé puse Óleo y Crisma a Elena que nació el veinte y dos de febrero o a las cuatro de la madrugada, hija legítima de Juan Suárez y Catalina Santiago naturales y vecinos de esta villa en La Hoya del Guanche (APSMG. Libro de bautismos. N.º 19, bautizo N.º 837, folio 235 r.º, 22-II-1862).

También aparece el topónimo de Hoya del Guanche en la obra de D.A.M. Manrique y Saavedra, concretamente, cuando nos habla del número de habitantes de los distintos pagos del distrito de Guía: “*Hoya del Guanche, 30*” (Manrique y Saavedra, 1873: 28).

En el Padrón de la Iglesia Parroquial de Santa María de Guía del año 1885, volvemos encontrar entre los distintos pagos⁵ que pertenecían a esta Parroquia, el de Hoya del Guanche y el de Hoya del Bardo, este último topónimo, también lo hemos documentado en el año 1842 y fue recogido por el cura D. José Valdés en la partida de nacimiento de José A. Gutiérrez (ver locera, 6), que dice:

⁵ Esta es la relación de los pagos del *campo* que aparecen en el Padrón de la Iglesia Parroquial de Santa María de Guía del año 1885: *Atalaya, Llano Parras, Calvario, Zarazona, Garzas, Cuartas, Becerril, Laurel, San Juan, Gallego, Malpais, Gallinero, Hoya de Moreno, Montañeta, Dehesa, Ingenio Blanco, Barranquillo, Tamaragaldar, Abalos. Llano Alegre, Hoya del Guanche, Hoya del Bardo, Anzofe, Cañada y Conde, Montaña e Ingenio, Barranquillo Cardoso, Boticaria y Molinillo, Cuesta de Carballo, pasitos y Barrera, San Felipe, Calabaso y Paso, Palmital, Junquillo y Verdejo, Bascamao, Barranco del Pinar, Montaña Alta, Tres Palmas.*

En la Parroquia de Santa María de Guía a veinte y cinco de abril de mil ochocientos cuarenta y dos yo el Párroco infrascrito Bauticé puse Óleo y Crisma a José Antonio que nació a veinte y dos de dicho mes hijo legítimo de José Gutiérrez natural de Santa Brígida y catalina Almeida natural de La Aldea y residentes en La Hoya del Bardo abuelos paternos Fernando Gutiérrez y Catalina Barrios difuntos, maternos Domingo Almeida y Catalina González madrina María Gutiérrez su hermana advertida sus obligaciones y parentesco doy fe (APSMG. Libro Bautismos. N.º 16, folio 40 r.º, 25-X-1842).

De los diferentes topónimos existentes en Hoya de Pineda es el de La Degollada⁶, lugar de residencia de la mayoría de las loceras en la última fase de este Centro Locero, el documento más antiguo que hemos localizado que hace mención a La Degollada, es una partida de bautismo de 1856. El cura D. Francisco Bernardo Guerra, escribió:

(...) Ana hija legitima de José Antonio Suárez e Inés Moreno naturales y vecinos de esta villa en la Degollada de la Hoya de Pineda, abuelos paternos Matías Suárez y Juana Rodríguez, maternos Antonio Moreno y Catalina, todos de esta vecindad (...) (APSMG. Libro Bautismos. N.º 18, folio 204 r.º, 29-IV-1856).

A partir de mediados del siglo XIX, se produce un crecimiento en la población en Hoya de Pineda, que se confirma por el aumento de nacimientos. Esta circunstancia provocaría la expansión del hábitat en este lugar. Un documento oral de gran interés, que hace mención al probable origen de la construcción de las actuales cuevas

⁶ El significado de este topónimo sería, “desfiladero o garganta, depresión del terreno entre dos elevaciones, por donde se puede pasar con facilidad” (Corrales Zumbado y Corbella Díaz, 2001: 496).

viviendas en La Degollada, es el que nos relató el desaparecido locero D. Nicolás Godoy Vega:



Antigua cueva vivienda de La Degollada. Foto: Juan M. Zamora Maldonado

D. Clemente un señor rico, que tenía todo eso ahí enfrente esto aquí y la Joya eran de él. Esto por aquí se lo dio a los pobres, dio permiso a nosotros no a los antiguos y todo el que quiso hacer cuevas hizo cuevas y todo el mundo hizo cuevas. Esa historia ha venido desde siempre (D. Nicolás Godoy Vega, 86 años, Hoya de Pineda, Gáldar, XI-2000).

También dentro de lo que es Hoya de Pineda, hay que destacar el nombre de Las Cuevas de San Antonio ubicadas en la zona de la Ermita al Este de La Degollada. Las Cuevas de La Majadilla, localizadas a unos 500 m. lineales de la mencionada Ermita, en el Camino de San Antonio.

Las comunicaciones con Hoya de Pineda estaban aseguradas por cuatro caminos principales de uso tradicional, tres de ellos partían desde las vegas costeras y a su paso por

Hoya de Pineda, conflúan en uno sólo que sigue su curso hacia las Cumbres e la isla, son los caminos de Anzo que transcurre por el margen derecho del Barranco de Anzofe, el segundo parte de Santa María de Guía⁷ siguiendo el Barranco de Guía, conocido con el nombre de camino de San Antonio o de Las Boticarias y el tercero, el camino de La Montaña, que atraviesa la Montaña de Guía y el cuarto partía de de La Hoya del Bardo hacia el Este y medianías.

2.2. La cerámica histórica de Canarias: algunos apuntes y reflexiones.

Los diversos investigadores que han abordado el tema de la cerámica tradicional o popular en las Islas Canarias, encuentran extremadamente complicado el conocer los orígenes de esta actividad. Muchos la consideran de clara filiación preeuropea, ya que las producciones cerámicas indígenas son de una gran calidad y en ocasiones puede observarse ciertas reminiscencias en formas y decoraciones. Asimismo, muchos autores consideran que el trabajo de la loza local pudo sobrevivir abasteciendo a las clases más populares, conviviendo con las importaciones de cerámica de lujo (Navarro Mederos, 1999). Sin embargo, otros investigadores piensan que las cadenas operativas que conocemos pudieron ser influidas, además de por el mundo indígena, por esclavos o libertos, moriscos y/o negros. También, argumentan que fueron otras circunstancias sociales y económicas las que propiciaron la pervivencia de

⁷ Los principales caminos del municipio de Santa María de Guía a finales del siglo XIX, según constan en el Archivo Municipal, concretamente del año 1879, eran : de Tarazona y Cuesta de Silva, de Cuesta de Caraballo, de San Juan y Dehesa, de Las Boticarias y Hoya de Pineda, de los Callejones, de los Llanetes, de la Vega, de Crucero de Tarazona, de Llano Parras y del Río, de la Atalaya y del Mar, de las Tres Palmas, del Ingenio y Montaña de Guía, y de travesía del Palmital (Aguiar Castellano, 2007: 10).

una forma tan arcaizante de trabajar la alfarería (Zamora Maldonado y Jiménez Medina, 2004: 229-261), como pudo haber sido la exportación de loza elaborada en estas islas (Jiménez Medina, Zamora Maldonado y Hernández Marrero, 2008).

Para el siglo XVI la información que disponemos sobre la existencia de una alfarería hecha a mano, sin torno, es actualmente escasa y confusa, existen documentos de este siglo que mencionan la existencia de *ollas canarias* y *loza canaria* (Lobo Cabrera, Santana Pérez y Rodríguez Padilla, 2007: 91). Pudiera ser, que con el estudio de las fuentes documentales que se conservan de este siglo, así como de los materiales cerámicos localizados en los yacimientos arqueológicos, entre otros, de La Cueva Pintada en Gáldar y de Las Candelarias en Agaete, aportarán sin duda nuevos datos que ayudarán de alguna manera, a comprender que sucedió con la cerámica en esta nueva sociedad que se estaba gestando en Canarias. Algunos autores sostienen que en esta centuria se seguía elaborando loza de factura aborigen (Betancor Quintana, 2003 y 2004 a).

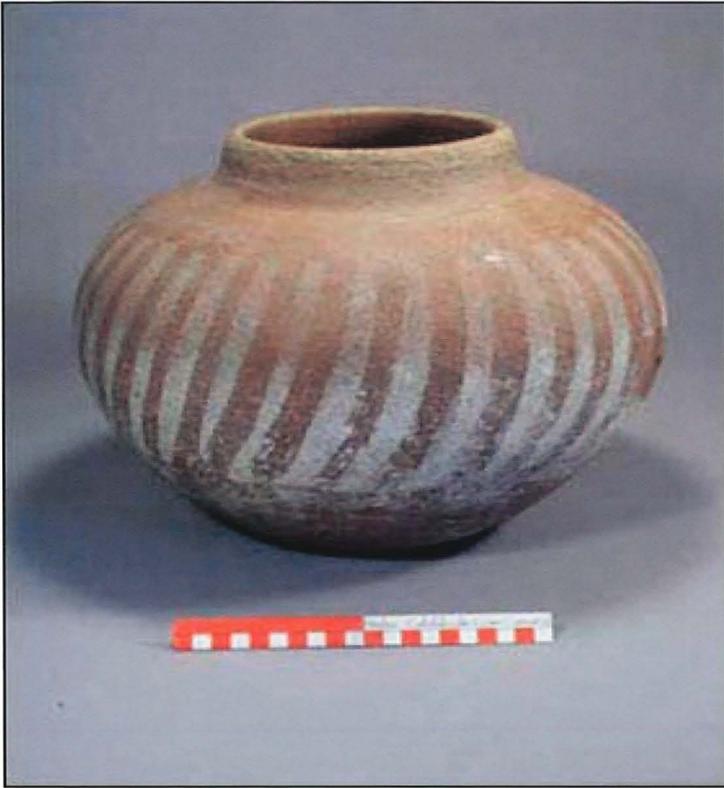
Las primeras referencias sobre la elaboración de loza tradicional las aporta en el siglo XVII, el fraile Joseph de Sosa ([1676]1994: 297-298), en alusión a la cerámica de los habitantes prehispánicos de Gran Canaria, en ese sentido, indica su pervivencia, su uso común por parte de la población, así como su exportación (Zamora Maldonado y Jiménez Medina, 2004: 237).

La fabricación de loza en el Archipiélago Canario tuvo una cierta importancia económica, al menos durante los siglos XVII, XVIII y XIX (Jiménez Medina, Zamora Maldonado y Hernández Marrero, 2008), ya que gran parte de la producción cerámica llegó a exportarse entre las islas del Archipiélago, a la Península Ibérica, América (Argentina, Cuba, Puerto Rico y Venezuela) y África (Sierra Leona), tal y

como lo han citado diversos autores, como José de Sosa ([1678] 1994: 297-298), Joseph de Viera y Clavijo ([1772-1783] 1967, II: 417), Francisco Escolar y Serrano ([1793-1806] 1983, III: 34-35) y José Agustín Álvarez Rixo ([1841], 1955: 46) y lo ha estudiado el alfarero José Ángel Hernández Marrero en diversos documentos del siglo XIX (Zamora y Jiménez, 2004: 250-256).

En este sentido los resultados obtenidos en diversas excavaciones arqueológicas están poniendo de manifiesto que la cerámica tradicional adquiere verdadera importancia a partir de los siglos arriba mencionados (XVII al XIX). Éste es el caso de los trabajos de investigación arqueológicos llevados a cabo en La Fortaleza de Las Isletas, en los años 2001-2002, que apuntan la importancia de la cerámica de importación hasta el siglo XVII.:

Por último, hemos de mencionar la aparición de cerámicas realizadas a mano procedente de alfares canarios, que muestran un comportamiento que nos parece sumamente interesante. Si bien la presencia es minoritaria en el periodo que va de finales del siglo XV a fines del XVII, es a partir de esta fecha cuando su presencia aumenta hasta llegar a ser superior a los materiales de importación (Cuenca Sanabria, Guillén Medina y Tous Mellá, 2005: 104).



Antiguo bernegal de Hoya de Pineda, colección fondos FEDAC. Foto: FEDAC.

Para la isla de Gran Canaria existieron tres grandes centros alfareros o loceros, que, según varios autores, desde la tradición indígena habían perdurado hasta hoy día, tales fueron los casos de La Atalaya (Santa Brígida), Hoya de Pineda (Santa María de Guía y Gáldar) y Lugarejos (Artenara). Además de estas tres entidades productoras de cerámica, se sabía de la existencia de dos centros loceros más, el de Tunte (hasta la década de los cincuenta del siglo XX), en San Bartolomé de Tirajana (Jiménez Sánchez, S., 1958: 213 y Cuenca Sanabria, J., 1981: 13) y el de La Aldea de San Nicolás, hasta finales del siglo XIX (Cuenca Sanabria, J., 1981: 13). Sin embargo, gracias a la documentación histórica se sabe que los primeros olleros que se asentaron,

durante el siglo XVI y XVII, en la isla, lo hicieron en localidades como Telde (1525), Arucas (1532) y Las Palmas de Gran Canaria (1680) (Navarro Mederos, 1999: 61-118. Zamora Maldonado y Jiménez Medina, 2004: 45-46 y 232). Asimismo, se ha podido constatar la presencia de otros enclaves en los que se llegaron a fabricar lozas en siglos pasados (Zamora Maldonado y Jiménez Medina, 2004: 46-67), como fueron los casos de La Ollería de El Dragonal (Las Palmas de Gran Canaria), documentado al menos entre 1608 y 1623; Telde, en 1678 (Sosa, 1994: 297-298); Santa Lucía de Tirajana, que estuvo en producción en 1834 y Moya (Escolar y Serrano, 1983, I: 287), entre 1806 y 1834; además de otros pequeños enclaves poblacionales en los que, de forma coyuntural o esporádica, se llegaron también a fabricar cerámicas, como en Tasarte (La Aldea) y Los Altabacales (Arucas), ambos a comienzos y mediados del siglo XX (Zamora Maldonado y Jiménez Medina, 2004: 68-69).

Observamos que, durante el siglo XVIII, en Gran Canaria el centro locero más importante se establecía en el Pago de Las Cuevas en la actual La Atalaya de Santa Brígida.

Sobre este topónimo de Las Cuevas y a raíz de las consultas realizadas en el Archivo Parroquial de Santa Brígida, hemos observado que, al menos, a mediados de este siglo XVIII, parece ser que en esta zona se distinguían dos pagos definidos: el primero el pago de *La Atalaya* situado en la parte alta de dicha montaña. Y el segundo, es el pago denominado *Las Cuevas*, que corresponde al núcleo habitacional de cuevas excavadas en la pared natural. Esta denominación desaparece por completo a partir del siglo XIX, donde todo este paraje pasa a denominarse La Atalaya.

En el citado Archivo Parroquial de Santa Brígida existe un documento de gran valor para el conocimiento de la cerámica producida en este lugar, en el que al nombre de *Las*

Cuevas, se le añade el de *Las Loceras*, precisando, aún más, la actividad que se desarrollaba en este lugar:

En este lugar de la Vega a once de septiembre de mil setecientos cincuenta y dos yo Matheo Ojeda cura de este lugar...casé...a Joseph Ramírez hijo legítimo de Gregorio Ramírez y de Josefa de Vega con Anna María hija legítima de Pedro de Vera y Catalina Matta, ya difuntos, todos vecinos de este lugar en Las Cuevas de Las Loceras...(APSB. Libro de Matrimonios. N.º 4, folio 169 v.º, 11-IX-1752).

Como ya hemos apuntado en otras ocasiones, de este texto se pueden extraer algunos datos de interés: en el año de 1752 se hacía loza en el pago de *Las Cuevas*, por lo tanto es la fecha más antigua que, en estos momentos, tenemos sobre la elaboración de loza en La Atalaya; ya en 1752 eran conocidas las mujeres que desarrollaban dicho oficio como *loceras*; era un oficio generalmente desarrollado por mujeres y, por último, este oficio se practicaba en cuevas artificiales (en relación a la actividad en cuevas de este oficio vid. Jiménez Medina y Zamora Maldonado, 2008).

La Atalaya, a partir (sobre todo) de la primera década del siglo XIX (1806-1834), se convierte en un foco difusor de esta artesanía. Se ha podido documentar que en momentos determinados se producían movimientos de *loceras* que se establecían en nuevas localidades e inclusive que se desplazaban a otras islas, llevando su oficio y tradiciones, buscando mejorar su calidad de vida (Cuenca Sanabria, 1983: 28; Navarro Mederos, 1992: 137; Fariña González, 1998: 58 y Zamora Maldonado y Jiménez Medina, 2004: 116).

Es curioso señalar que en este pago de La Atalaya los británicos, a mediados del siglo XIX, inician en Canarias el turismo organizado, convirtiéndose en uno de los lugares de visita obligada en estos primeros itinerarios (Santana Santana

y Rodríguez Socorro, 2006: 29), como así lo atestiguan los diferentes relatos e imágenes fotográficas de distintos viajeros que visitaron Gran Canaria. Los restantes centros loceros quedaron fuera de estos itinerarios (probablemente debido, entre otras circunstancias, a la lejanía de la Ciudad de Las Palmas y, sobre todo, al difícil acceso que presenta la incipiente red de caminos y carreteras de esos momentos). Este hecho podría explicar la razón de que exista tan poca información publicada sobre los mismos para estos años decimonónicos.

2.3. Los estudios cerámicos en Hoya de Pineda.

Para el Dr. Gabriel Betancor Quintana (2003 y 2004 a: 15) en 1524 Doña Catalina de Guzmán (la princesa indígena *Masequera*, bautizada luego con el nombre de Catalina de Guzmán, sobrina del que fuera rey o Guanarteme de *Agáldar*, *Tenosor Semidán*, Don Fernando Guanarteme, fue la principal hacendada indígena de Gran Canaria después de la Conquista) recogía, de manera esporádica, algunas piezas de loza que le eran entregadas por las entenadas (hijastras) de María de Betancor (Inventario del ingenio de Taya, redactado por el Mayordomo de Doña Catalina de Guzmán, 1535. Archivo Histórico Provincial de Las Palmas, sección de Protocolos Notariales, legajo N.º 2.319, s/f. Betancor Quintana, 2003: 275-279). Por tanto, para este autor la primera referencia que alude a la fabricación de lozas en este lugar data de comienzos del siglo XVI.

Es curioso señalar que en diversas obras de viajeros e investigadores de los siglos XVIII y XIX (entre otros: Glas [1764], 1982; González Lemus, 1998; Stone [1887], 1995; Grau Bassas y Más [1888], 1980; Verneau [1891], 1981), no encontramos ningún aspecto que aborde la fabricación de loza en esta localidad. Asimismo, también hay una carencia de noticias sobre la fabricación de loza en este pago, en la

“Relación del estado de la Agricultura, Industria y Comercio...”, que llevó a cabo la Secretaría de Balanza de Comercio en 1790 (según se constata en el Archivo Alcázar), donde si se cita la fabricación de loza ordinaria, (se desconoce si también hace alusión a la elaboración de tejas) es en Artenara, Tejeda y Tirajana (Santana Pérez y Santana Pérez, 2000: 607-622)⁸. Y de la misma manera, existe una falta de documentación, en general, para los centros loceros de la isla, así como la propia actividad locera e, inclusive, para el oficio de ollero/a, locero/a o alfarero/a, en las fuentes escritas anteriores al siglo XIX, especialmente en los protocolos notariales.

Asimismo, en los diferentes diccionarios geográficos, estadísticos, administrativos o históricos publicados en el siglo XIX (Escolar y Serrano [1806], 1983; Madoz [1850], 1986; Olive, 1865) no encontramos ninguna mención a esta actividad en el pago de Hoya de Pineda.

Las primeras referencias a la existencia de este Centro Locero como tal las vemos en *El Padrón de la Población de Santa María de Guía* del año 1834, en el que se citan una serie de personas que desarrollaban esta artesanía.

Es en el año de 1898 en *El Diario España* editado en Las Palmas de Gran Canaria, cuando por primera vez sale publicado la existencia de esta actividad artesanal en Hoya de Pineda, en el número 189 que estaba dedicado a la ciudad de Gáldar, concretamente en el artículo sin firmar que lleva como título: “La comarca de Gáldar”, cuando habla de la industria en esta Ciudad, dice lo siguiente:

⁸Agradecemos la información al Dr. Germán Santana Pérez, profesor de Historia Moderna de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, quien, amablemente, nos ha cedido un trabajo antes de su publicación, sobre la industria rural en Gran Canaria a fines del siglo XVIII.

La industria está adelantada. Hay una fábrica de azucarera donde se elaboran miel y azúcar; máquinas para hacer manteca y quesos. Tejidos de algodón, hilo y lana, bastos y finos. Fábricas de loza basta de esteras y escobas, de ladrillos (...) (Diario España. No se cita el autor del artículo. Ciudad de Gáldar, 1898: 6).

Tenemos que esperar hasta el año 1900 en el que se vuelve a citar la fabricación de loza en este lugar, esta vez se debe al farmacéutico Cipriano Arribas Sánchez (1900: 268), quien en su obra *A través de las Islas Canarias*, hace mención a esta actividad “industrial” en Gáldar:

La industria de la población es fabricación de azúcar, miel, manteca de vacas (Bos tauros), quesos exquisitos, tejidos del país y fabricación de loza basta, ladrillos, tejas, escobas, esteras y muebles finos.

Sin embargo, los primeros investigadores que mencionan el centro locero de Hoya de Pineda como tal, son autores del siglo XX. El primero de ellos fue Sebastián Jiménez Sánchez en el año 1927 en su obra *Descripción geográfica de Canarias y en especial del grupo oriental*, en la que nos describe la industria de los municipios de Santa María de Guía y Gáldar:

La industria principal consiste en la elaboración de azúcar de caña, quesos de gran fama, llamados de flor, manteca, loza basta, mantas de abrigo, etc.

Entre su industria cuenta la confección de mantas, tejidos, colchas, loza basta, queso, azúcar, etc.

En la costa se encuentra el puerto de Sardina, por donde exporta sus ricos productos (Jiménez Sánchez, 1927: 85-86).

Sebastián Jiménez Sánchez ocupó los cargos de Comisario y, posteriormente, Delegado Provincial de Excavaciones Arqueológicas en la Provincia de Las Palmas, 1939-1969 (Ramírez Sánchez, 2000: 417-429). Este investigador, en un trabajo sobre la cerámica prehispánica de la isla de Gran Canaria, vuelve a citar en 1958 a esta localidad como uno de los centros herederos de la etapa prehistórica. Según sus propias palabras, los centros loceros que habían pervivido eran:

El Hornillo y Lugarejo, en Agaete; los de Hoya de Pineda y La Degollada, en Guía; el de La Atalaya, en Santa Brígida, y el propio de Tunte, en San Bartolomé de Tirajana (Jiménez Sánchez, 1958: 213).

Según hemos podido averiguar (comunicación personal del alfarero José Ángel Hernández Marrero), parece ser que en la década de los sesenta del siglo XX, un antropólogo de nacionalidad estadounidense realiza una investigación sobre este centro locero. Tal vez, ésta sea la primera vez que se lleva a cabo un estudio antropológico y etnográfico de este centro productor de loza. Esta investigación se ve plasmada en la publicación de un pequeño artículo, a modo de reseña, en una revista norteamericana (por desgracia, hasta el día de hoy no hemos podido documentar el artículo reseñado, pues a pesar de intentar averiguar el título del artículo citado y el autor, todavía desconocemos ambos datos).

En el año 1968, según el Dr. Rafael González Antón (1977: 84, nota 31), se elaboró un trabajo inédito por parte del Dr. Celso Martín de Guzmán, titulado *Un taller de alfarería en Gran Canaria: Hoya de Pineda, Gáldar*. Sin embargo, consultado el archivo privado de los herederos del citado Dr. Celso Martín de Guzmán, tras diversas búsquedas, no se ha podido hallar dicho trabajo. Asimismo, consultado al Dr. González Antón se nos informa que dicho estudio podría

haber formado parte de un trabajo de curso que redactó C. Martín de Guzmán durante su etapa universitaria lagunera (1965-1970). Por su parte, el citado artista ceramista Juan F. V. Sosa Guillén, nos comentó que la primera vez que tuvo constancia que el Dr. Celso Martín de Guzmán visitara el centro locero de Hoya de Pineda, con carácter de investigación, fue en el año 1976 (si bien podría haberlo visitado con anterioridad). En todo caso, dicho trabajo no ha podido ser consultado.

A mediados de la década de los setenta y principios de los años ochenta del siglo XX, surgen los primeros estudios etnográficos sobre este centro locero. Estos estudios se caracterizan por ser pequeños trabajos en los que, sobre todo, se tratan algunos aspectos técnicos sobre la loza producida en esta localidad.

En el año 1976 el citado artista galdense Juan F. V. Sosa Guillén dibuja y fotografía durante tres meses el proceso de elaboración de la loza que producía la conocida alfarera *Julianita*, adquiriendo para el Ayuntamiento de Gáldar cinco colecciones de cerámicas, compuestas por diferentes tipologías que en esta época seguían elaborándose en Hoya de Pineda, en total unas 200 piezas. El propio artista estuvo viviendo en este enclave durante todo el proceso de investigación. Por desgracia, todo este material (cerámicas, notas, dibujos y fotografías) se ha perdido y sólo quedan algunas diapositivas propiedad del citado artista galdense. Todo ese material formaba parte de un proyecto inicial de carácter multidisciplinar, el cual nunca se llevó a cabo por diferentes razones (Vid. Talavera Alemán, 1976: 2-3).



La locera Julianita, bruñendo una tapa, 1976. Foto: Juan F. V. Sosa Guillén.

En 1977 se publica el libro *La alfarería popular en Canarias* del Dr. Rafael González Antón, en el que dedica un apartado al Centro Locero de Hoya de Pineda (1977: 84-85). Hasta ese momento, dicho trabajo se presentaría como la investigación realizada con más profundidad de este centro

locero. En dicha investigación comenta, entre otros, que es un trabajo exclusivamente femenino, que no conoce el torno y que las alfareras trabajan de rodilla. Desconoce el lugar exacto en el que se produce la extracción del barro y comenta la existencia del goro (al que denomina poseta), como lugar en el que se produce el esponjado del barro y en el que se prepara sólo aquel barro que va a ser empleado. También nos comenta la aplicación de aceite durante el bruñido y el tipo de decoración de retícula bruñida. Entre la tipología cerámica nos habla de bernegales (con o sin asas), gánigos para el ordeño, macetas, ganiguetes para fregar loza, frigueras y tostaderas para tostar castañas y millo, borsolanas para amasar caldo, pilones para el agua, porrones y lebrillos para agua de los animales de corral. Por otra parte nos comenta un centro alfarero que se ubica muy próximo a Hoya de Pineda, La Degollada, que en esos momentos se encontraba casi extinguido, además de los recipientes y elementos cerámicos citados, para La Degollada nombra los braseros y los sahumeros. El citado Dr. González Antón enumera, finalmente, las características de la cerámica de este centro alfarero, que son el trabajo exclusivo de mujeres, cerámica hecha a mano a través del urdido, el trabajo en cuclillas o sentado en el suelo, la trituración del barro con piedras, la mezcla del barro con arena volcánica y de barranco, el amadado con los pies y manos, el almagrado y bruñido con petróleo para obtener más brillo y la cocción en horno de cámara, que también la hacen los hombres (González Antón, 1977: 84-85).

En 1981 el arqueólogo miembro de la Comisión de Arqueología de El Museo Canario y, posteriormente, Director Conservador de dicho Museo Canario, Julio Cuenca Sanabria, a raíz de un trabajo de campo de índole etnográfico que versaba sobre los centros loceros de La Atalaya de Santa Brígida, de Lugarejos de Artenara y de Hoya de Pineda de Gáldar (hasta el momento inédito), redacta un artículo titulado “Las cuevas de Pineda: un centro alfarero de

tradición aborígen en el Noroeste de Gran Canaria” (Cuenca Sanabaria, 1981). En dicho trabajo, además de otras cuestiones (como la de relacionar este centro locero con la tradición prehispánica grancanaria), da a conocer a la alfarera Juliana Suárez Vega y documenta el proceso de fabricación de la cerámica, así como la comercialización de las piezas. Este autor, asimismo, publica una serie de artículos en la *Revista Aguayro*, en los que cita los distintos centros loceros de la isla de Gran Canaria y de otras islas (como fue el caso de El Cercado en La Gomera).

En 1983 el Dr. J. Sebastián López García publica un artículo en el N.º 29 del *Anuario de Estudios Atlánticos* titulado “Cerámica popular canaria: taller de Hoya de Pineda de Gáldar”. En dicho trabajo, entre otros, se estudia el origen toponímico de este centro locero, el proceso de preparado del barro y la modelación de la pasta hasta conseguir las piezas cerámicas. También se abordan las formas de los recipientes, así como los tipos de asas, la coloración, etc. (López García, 1983: 567-576).

En 1984 el Dr. Celso Martín de Guzmán, en la publicación de su Tesis Doctoral, titulada *Las culturas prehistóricas de Gran Canaria*, cita la existencia del centro locero de Hoya de Pineda, como uno de los centros alfareros herederos del mundo indígena de Gran Canaria (Martín de Guzmán, 1984: 363). En ese sentido, repite el planteamiento de Sebastián Jiménez Sánchez, de que este centro locero es uno de los centros herederos de la etapa prehistórica.

En el archivo personal del citado autor, hemos localizado, entre sus papeles, un pequeño, pero interesante trabajo, el que este gran investigador hace una reflexión sobre el mundo alfarero canario y su relación con la alfarería preeuropea. Así, nos comenta que:

Está por determinar la genealogía de este mundo alfarero y su supervivencia o no en las

tradiciones ceramistas isleñas...La comarca de Gáldar, la ancestral Agáldar, ha mantenido milagrosamente uno de estos alfares, emplazados a la entrada del Valle de los Guanartemes, allá, en la Degollada de Pineda (...) Nuestra infancia, y sus infinitas tardes estivales están llenas de aquellas fumatas, localizadas desde el pueblo, allá arriba en los roquedales de la Degollada. Eran las misteriosas "hornadas", los humos espesos y ligeros, según el viento, que en los largos ponientes de junio constituían para nosotros un enigmático lenguaje, lejano y ceremonial. De allí procedían los bernegales, las tallas, las macetas, los platos que con nuestras madres íbamos a comprar en el mercado, con los berros frescos y el queso tierno. Después con los años, en las caminatas quinceañeras conocimos a su artífice. A aquella mujer, heredera de las claves, conocedora de su oficio, y como una sacerdotisa, oficiaba con los cuatro elementos, allí en aquel paraje insólito, en sus cuevas y en sus hornos, en la estrecha vereda, en las secretas arcillas, en la leña, en el orear las piezas (...) (Archivo privado, Dr. Celso Martín de Guzmán)

De estos trabajos y estudios que abordan el conocimiento de la loza en Hoya de Pineda, la mayoría son artículos que describen algunos de los aspectos técnicos (búsqueda del barro, proceso de fabricación de la loza, secado, guisado, algunas de las herramientas usadas en su elaboración, etc.). Asimismo, en todas estas investigaciones se plantea la atribución de un origen prehispánico de este centro locero.

A partir del año 2000 comenzamos a indagar sobre este centro locero. En el año 2003 se publica un artículo en el N.º 5 de la revista Tenique, en el que abordan el origen de este centro locero, las causas que condujeron a su fundación

por parte de loceros y loceras procedentes de La Atalaya (en torno a 1815). Asimismo, en dicho trabajo se documenta un alfar inédito, las Cuevas del Bujo, así como una cueva artificial en la que se llegó guisar loza, la Cueva del Horno de la Loza (Zamora Maldonado y Jiménez Medina, 2003: .17-58).

Por otra parte, en el año 2004, dentro de la obra sobre *El centro locero de Tunte, San Bartolomé de Tirajana*, abordamos algunos datos sobre el origen de este centro locero, haciendo hincapié, sobre todo, en el estudio genealógico de las familias de loceros y loceras citados en el Padrón General de la Población de Santa María de Guía del año 1834 (Zamora Maldonado y Jiménez Medina, 2004: 60-64).

Ese mismo año iniciamos, conjuntamente con la Dra. Amelia del Carmen Rodríguez Rodríguez, un estudio que versa sobre el instrumental lítico en el trabajo de la loza tradicional. Este estudio se plasmó en dos comunicaciones, una presentada en la edición del *XVI Coloquio de Historia Canario Americana* (Rodríguez Rodríguez, Jiménez Medina y Zamora Maldonado, 2006: 419-436) y otra en el *Simposio Internacional Etnoarqueología de la Prehistoria: más allá de la analogía* (Rodríguez Rodríguez, Jiménez Medina, Zamora Maldonado y Mangas Viñuela, 2006: 209-225), en ambas se abordaron el análisis funcional de los instrumentos líticos utilizados (lisaderas, rasponas y bruñidores) en la elaboración de la cerámica tradicional de Hoya de Pineda, asimismo se acometió un pequeño estudio de la característica decoración pictórica de los bernegales de este centro locero.

Durante el transcurso del verano de 2005, a través del Excmo. Ayuntamiento de Santa María de Guía, se desarrolló un campo de trabajo para jóvenes, destinado a la introducción de la fabricación tradicional de loza en Hoya de Pineda. La locera Rafaela Santiago Suárez, hija de la conocida Julianita,

fue la encargada de enseñar esta labor artesanal. Ese mismo año, se publica un artículo de prensa en el que se expone que se ha documentado un alfar inédito en la zona de La Montaña, en Guía, próxima a Hoya de Pineda, que fue llevado por la locera Marcelina Suárez y su marido Juan Manuel Suárez (Bolaños, 2005: 9).

CAPITULO III

ETAPAS DE LA ACTIVIDAD LOCERA EN HOYA DE PINEDA SEGÚN LA DOCUMENTACIÓN ETNOGRÁFICA E HISTÓRICA

En este capítulo analizaremos el origen, desarrollo y evolución de la actividad locera en Hoya de Pineda a lo largo de su historia, según las diferentes fuentes históricas escritas y orales.

3.1. Fase fundacional. En busca de un origen.

Como ya hemos apuntado, según los estudios realizados por el Dr. Gabriel Betancor Quintana (2004 a: 15), parece ser que en 1524 Catalina de Guzmán adquiría loza, de tradición indígena, producida en Hoya de Pineda a las hijastras de María de Betancor.

Este autor considera que:

La presencia de los descendientes de los naturales en la zona [Hoya de Pineda, Guía y Gáldar y Lugarejos, Artenara] quedó atestiguada por topónimos como Tegueste, las cuevas de Anaga, y Maninidra; así como por el registro etnohistórico que sitúa en ambos extremos de esta zona dos importantes centros alfareros históricos, en los que las mujeres canarias, descendientes de los naturales de la isla, aportaron en el proceso de aculturación su técnica de urdido para la confección de loza: en la zona más

próxima a la costa la Hoya de Pineda, en la zona cumbreira los Lugarejos de Artenara (Betancor Quintana, 2003: 217).

Asimismo, plantea que:

Los asentamientos indígenas en Gran Canaria: La Atalaya, Tunte, Lugarejos y Hoya de Pineda fueron zonas de poblamiento indígena en la primera mitad del siglo XVI. Casualmente esas zonas se corresponden con los cuatro centros loceros históricos de la isla de Gran Canaria. ¿Significa esto una continuidad temporal en la producción de loza en esos centros alfareros desde el período prehispánico hasta la actualidad? No necesariamente. Significa, entre otras cosas, que las técnicas alfareras de los indígenas de Gran Canaria –particularmente las técnicas de urdimbre de las piezas resultaron socialmente competitivas en las nuevas condiciones - contribuyendo a satisfacer la demanda de los ingenios azucareros cuando la importación era insuficiente, cubriendo los estratos más bajos del mercado doméstico de loza,... - y por ello esas habilidades fueron transmitidas a las siguientes generaciones, fundiéndose y mestizándose con lo aportado por moriscos, portugueses y castellanos (Betancor Quintana, 2003: 449).

Por tanto, defiende, de manera clara, la presencia de loceras en Hoya de Pineda durante los comienzos del siglo XVI:

Difícilmente encontraremos un documento que, a modo de certificado notarial, nos acredite que las mujeres indígenas asentadas en Hoya Pineda siguieron haciendo loza, tanto para el consumo doméstico de sus familias como para, eventualmente, surtir los ingenios galdenses ante las faltas de la cerámica de importación. Sí, va a ser difícil encontrar

una fotografía documental de las criadas de Doña Catalina de Guzmán recogiendo en el barranquillo del cañaveral de Taya la loza que sus connaturales – asentadas en la Hoya de Pineda al amparo de María de Lugo- produjeron para su Señora; sí, va a ser difícil encontrar documentación de los esclavos de Doña Catalina cargando en las carretas de los almocrebes piezas de loza, junto a las cañas para su transporte hasta el ingenio de los genoveses, para suplir la falta de cerámica importada. Pobre concepción historiográfica la que pretenda reconstruir sólo documentalmente el legado de los indígenas a la Canarias moderna (Betancor Quintana, 2003: 450-451).

En nuestra opinión, pudiera ser que en este pago se elaboraba loza de influencia indígena hasta comienzos del siglo XVI y que, luego, desapareciera esta actividad (por diferentes causas), hasta que en el siglo XIX comenzara, nuevamente, la producción de cerámica. Creemos que la etapa fundacional de este centro locero se corresponde con la llegada y adaptación a este lugar, en la segunda década del siglo XIX, de las primeras loceras/os, procedentes de La Atalaya de Santa Brígida. Este hecho parece que no fue aislado, sino que, por el contrario, se repite durante la misma época (1806-1834) en otros puntos de Gran Canaria, en donde artesanos/as de La Atalaya especializados en la elaboración de loza se establecen en Santa Lucía de Tirajana, Tunte en San Bartolomé de Tirajana, La Aldea de San Nicolás de Tolentino y en Moya (Zamora Maldonado y Jiménez Medina, 2004: 48-69).

3.1.1. Las loceras y loceros en El Padrón de Población de Santa María de Guía de 1834, en busca de un origen.

Basándonos en el citado Padrón General de Población del municipio de Santa María de Guía del año 1834 y, así como en diversa documentación depositada en los Archivos Parroquiales de Santa María de Guía, Santiago Apóstol de Gáldar y Santa Brígida, hemos desarrollado nuestra teoría sobre el origen de la alfarería en Hoya de Pineda. Es en el citado Padrón donde, por primera vez, aparece una relación de personas con el oficio de loceras o de alfareros, así como la edad aproximada de los mismos, documento de gran valor para el conocimiento de la génesis de la actividad locera en este pago de Hoya de Pineda. En esta documentación se menciona a los siguientes artesanos del barro, que habitaron en esta localidad: Brígida Sánchez, de 50 años de edad, que es viuda y sus hijos (Brígida de 18 años, Antonio de 14 años, Juan de 10 años y María de 9 años), Matías Suárez de 28 años, casado con Juana de 24 años y sus hijos (María de 8 años, Sebastián de 4 años y Juan de 2 años); Josefa Machín de 32 años viuda; Francisco Rodríguez de 38 años, su mujer Josefa de 39 años y los hijos de estos (Francisco de 10 años, María de 8 años, José de 4 años, Antonio de 2 años y María de 1 año) y María Manuela de 60 años que es viuda.

El siguiente paso fue localizar a estas personas en los Archivos Parroquiales para cumplimentar sus nombres y el de sus antecedentes familiares. Cual fue nuestra sorpresa, al comprobar que aquí se repetía lo mismo que habíamos documentado para otros centros loceros de Gran Canaria. Gracias a los datos obtenidos, observamos que la relación de estos artesanos, que aparecen en el Padrón General Población del año 1834, todos a excepción de Matías Suárez, eran originarios de La Atalaya de Santa Brígida.

Una vez cotejadas y analizadas todas las fuentes documentales obtuvimos una serie de datos biográficos de estas personas, que hemos ordenado siguiendo los criterios de edad y de lazos de parentesco. Para una mejor comprensión y seguimiento por parte del lector a estas personas que aparecen en el citado Padrón de Población les hemos asignado la palabra “locera” seguida de un número:

María Manuela Suárez Ramírez (locera 1). Es la más anciana que aparece en este grupo de loceras, comprobamos que nació en 1761 en La Vega de Santa Brígida. Un dato anecdótico es que esta persona ya había fallecido en 1830 por lo tanto desconocemos cuáles son las causas que hacen que María Manuela aparezca en el Padrón de 1834. Su partida de nacimiento reza lo siguiente:

En la Parroquia del lugar de la Vega a veinte y cuatro de junio de mil setecientos sesenta y uno yo Fray Cayetano Rodríguez (...) con licencia de D. Mateo Ojeda cura del lugar bauticé puse Óleo y Crisma a María Manuela hija legítima de Francisco Suárez y Ana Ramírez su legítima mujer nació a diez y siete de dicho mes fue su padrino Antonio de Vega fue advertido el parentesco espiritual son todos vecinos del lugar y en fe de ello lo firmé (APSB. Libro Bautismos. N.º 9, folio 301 v.º, 24-VI-1761).

Esta locera contrajo matrimonio en la parroquia de Santa Brígida el 28 de julio de 1783 con Juan Rodríguez Tejera (APSB. *Libro Matrimonios*. N.º 5, folio 125 v.º, 27-VII-1783). Concretamente sabemos tras consultar los Archivos Parroquiales de Santa Brígida, que vivían en el lugar conocido como las Cuevas (Atalaya de Santa Brígida), como comprobamos en las partidas de bautismo de sus hijas (Juana Antonia y Juliana de La Concepción): (...) *vecinos de este lugar en el pago de Las Cuevas* (APSB. *Libro Bautismos*. N.º 12, folio 47 v.º, 19-VI-1786).

También dicha procedencia aparece en la partida de defunción de su marido, que dice:

Juan Rodríguez marido de María Manuela Suárez vecinos de este lugar en Las Cuevas fue sepultado a primero de agosto... (APSB. Libro Defunciones. N.º 4, folio 325 r.º, 1-VIII-1818).

María Manuela, viuda de Juan Rodríguez e hija de Francisco Suárez y Ana Ramírez, fallece en Hoya de Pineda en el año 1830, como habíamos comentado. Su partida de defunción redactada por el párroco D. José Valdés, reza lo siguiente:

A dos de noviembre de mil ochocientos treinta fue sepultada María Suárez natural de la Vega de Santa Brígida hija legítima de Francisco Suárez y Ana Ramírez viuda de Juan Rodríguez. De edad setenta y nueve años. No testó por ser pobre recibió los santos sacramentos. Doy fe (APSMG. Libro Defunciones. N.º 6, folio 31 v.º, 2-XI-1830).

Plácida Josefa Antonia Machín Rivero (locera 2). Se bautizó en la parroquia de Santa Brígida el 10 de octubre de 1802 y era hija de José Machín, natural de Fuerteventura y María Antonia Rivero (APSB, *Libro Bautismos*. N.º 13, folio 221 v.º, 10-X-1802):

(...) en la Parroquia del lugar de La Vega a diez de octubre de mil ochocientos y dos. Yo Don Gregorio Alberto Medina puse Óleo y Chrisma a Placida Josefa Antonia que nació el día cinco de dicho mes hija legítima de Josef Machín natural de Fuerteventura y María Antonia Rivero; abuelos paternos Juan Machín y Josefa Encarnación naturales de la isla de Fuerteventura, maternos Antonio Rivero y María Antonia Pérez naturales y vecinos de este lugar...(APSB. Libro Bautismos. N.º 13, folio 221 v.º, 10-X-1802).

Placida Josefa, se casó en 1821 en la Parroquia de Santa Brígida con José Antonio Rodríguez (APSB. *Libro Matrimonios*. N.º 6, folio 221 v.º, 27-VIII-1821), que este era hijo de María Manuela Suárez y Juan Rodríguez (Locera 1).

También sabemos que en 1822, fueron padres de una niña que se llamó María del Pino y que bautizaron en la Parroquia de Santa Brígida. En dicha partida de bautismo podemos leer el lugar en el que vivían en esas fechas: (...) *vecinos de este lugar en las cuevas* (...) (APSB. *Libro Bautismos*. N.º 14, folio 108 v.º, 30-V-1822).

Sabemos que en 1834, ya vivía en la Hoya del Guanche (Hoya de Pineda) en Guía, según el Padrón General de Población era viuda y ese mismo año, comprobamos que volvió a contraer matrimonio en la Parroquia de Santa María de Guía con Isidoro Guillén (APSMG. *Libro Matrimonios*. N.º 8, folio, 54 r.º, 14-V-1834) contaba 32 años. Muere en Hoya de Pineda el año 1886 (APSMG. *Libro Defunciones*. N.º 9, folio, 189 v.º, 25-I-1886).



La locera *Juanita la de San Antonio*, delante de su cueva taller, en los años sesenta. Foto: familia Castellano.

Francisco Antonio Rodríguez (locera 3). Francisco contrajo matrimonio en la Parroquia de Santa Brígida en 1816 con Josefa Rodríguez Mirabal (APSB. Libro de Matrimonios. N.º 6, folio 201 v.º, 26-XII-1816). Por otra parte, averiguamos que Francisco, también era hijo de María Manuela Suárez y Juan Rodríguez y eran vecinos de Las Cuevas según reza la partida de bautismo de su hija María del Pino: (...) *todos vecinos del lugar de Las Cuevas* (APSB. *Libro Bautismos*. N.º 14, folio, 41 r.º, 27-XII-1818).

De la relación de los hijos de este matrimonio que aparecen en el Padrón General de Población, comprobamos que sólo uno de ellos, Francisco Antonio Santiago había nacido en Santa Brígida (APSB. Libro Bautismos. N.º 14, folio 8, 11-V-1823) el resto María Encarnación (APSMG. *Libro Bautismos*. N.º 15, folio 36 v.º, 14-IV-1828), José María (APSMG. *Libro Bautismos*. N.º 15, folio 70 r.º, 29-XI-1829), Antonio (APSMG. *Libro Bautismos*. N.º 15, folio 115 v.º, 8-XII-1831) y María (APSMG. *Libro Bautismos*. N.º 15, folio 154 v.º, 15-VI-1833) nacieron en Hoya del Guanche, Parroquia de Santa María de Guía.

Matías Suárez Guillén (locera 4). Natural de Gáldar se casó con Juana Rodríguez en la Parroquia de Santa María de Guía (APSMG. *Libro Matrimonios*. N.º 7, folio 196 v.º, 9-V-1825). Cuando cotejamos la información que disponíamos sobre esta locera, descubrimos que la madre de ésta no es otra que María Manuela (locera 1). Dato que también se confirma en las partidas de bautismo de sus hijos Sebastián (APSMG. *Libro Bautismos*. N.º 15, folio 54 r.º, 27-II-1829), Juan (APSMG. *Libro Bautismos*. N.º 15, folio 115 r.º, 30-XI-1831). Juana Rodríguez que era natural de La Vega de Santa Brígida murió en Hoya de Pineda en 1868 *de enfermedad común* según su partida de defunción (APSMG. *Libro Defunciones*. N.º 8, folio 43 r.º, 14-I-1868). Matías Suárez fallece a los 65

años en Hoya del Guanche (APSMG. *Libro de Defunciones*. N.º 7, folio 91 r.º, 1859).

Brígida Antonia Sánchez Moreno (locera 5). Fue bautizada en la parroquia de Santa Brígida en el año de 1782 (APSB. *Libro Bautismos*. N.º 13, folio 169 v.º, 5-X-1782), se casó en esta misma Parroquia en 1799 con Juan Antonio de Vega Ramírez (APSB. *Libro Matrimonios*. N.º 6, folio 119 r.º, 20-V-1799). De la relación de sus hijos que aparecen en el Padrón General de Población de Guía de 1834, comprobamos en los Archivos Parroquiales, que tres de ellos nacieron en Las Cuevas el último fue Juan Felipe Santiago en 1817 (APSB. *Libro Bautismos*. N.º 14, folio 9 r.º, 8-VIII-1817) y María de Guía la última que aparece en esta relación nace en Hoya de Pineda en el año 1825 (APSMG. *Libro Bautismos*. N.º 14, folio 146 r.º, 18-IV-1825). Su óbito tiene lugar en Hoya de Pineda en 1841 (APSG. *Libro Defunciones*. N.º 9, folio 2 r.º, 18-III-1841).

Durante los trabajos de investigación en el Archivo Parroquial de Santa María de Guía localizamos a otra hija de este matrimonio que se llamó Margarita, en la partida de bautismo de su hija María Encarnación (APSMG. *Libro Bautismos*. N.º 15, folio 189 r.º, 11-10-1834), probablemente también nacida en Santa Brígida.

José Gutiérrez y Ana María Suárez (locera 6). En el citado Padrón de 1834 no aparece reflejado este matrimonio *talayero* que habitó en Hoya de Pineda, según hemos podido documentar. Ana, nació en el pago de Las Cuevas en el año de 1796 (APSB. *Libro Bautismos*. N.º 13, folio 90 v.º, 23-III-1796). Hija del segundo matrimonio de su padre, Francisco Suárez viudo de Ana Ramírez, se casó en este nuevo enlace con Juliana Tejera Moreno en 1790, eran (...) *vecinos en el pago de Las Cuevas* (APSB. *Libro Matrimonios*. N.º 5, folio 222 v.º, 19-IV-1790). Ana Suárez,

era por lo tanto hermana por parte de padre de María Manuela Suárez Ramírez (locera 1).

José Gutiérrez y Ana María Suárez, contrajeron matrimonio en la parroquia de Santa Brígida en julio de 1815 (APSB. *Libro Matrimonios*. N.º 6, folio 191v.º, 10-VI-1815), bautizaron a un hijo llamado, Antonio Francisco en dicha Parroquia en 1816 (APSB. *Libro Bautismos*. N.º 13, folio 397 r.º, 17-VI-1816). Este matrimonio lo localizamos casi tres años después en la parroquia de Santa María de Guía en el año 1819, en el bautizo de un nuevo hijo que pusieron por nombre Juan del Pino, en su partida de bautismo reza lo siguiente:

A diez y nueve de abril de mil ochocientos diez y nueve, yo D. Francisco de Quintana Presbítero con licencia de D. Juan Suárez...de la Parroquia de Santa María de Guía, bauticé puse Óleo y Crisma a Juan del Pino, que nació el diez y seis del mismo, hijo legítimo de José Gutiérrez y Ana Suárez naturales de la Vega de Santa Brígida vecinos de esta villa abuelos paternos José Fernando Gutiérrez y Francisca Barrios, difuntos, maternos Francisco Suárez y Juliana Moreno, también difuntos fue su padrino Francisco Jiménez a quien advertí parentesco y obligaciones (APSMG. Libro Bautismos. N.º 13, folio 210 r.º, 19-IV-1819).

En 1820, fallece Ana María, esposa de José Gutiérrez un año después del nacimiento de su hijo, Juan del Pino, tan sólo tenía 24 años. Su partida de defunción dice:

A cinco de abril de mil ochocientos veinte fue sepultada Ana hija de Francisco Suárez y Juliana Moreno y mujer de José Gutiérrez naturales de La Vega de Santa Brígida recibió los Santos Sacramentos y firmé Juan Suárez de Aguilar (APSMG. Libro Defunciones. N.º 5, folio 84 r.º, 5-IV- 1820).

Con el paso del tiempo, el citado José Gutiérrez contrae matrimonio con Catalina Almeida natural de La Aldea de San Nicolás (APSMG, *Libro Bautismos*. N.º 15, folio 186 r.º, 14-IX-1834). José Gutiérrez fallece en 1859 (APSMG, *Libro Defunciones*. N.º 7, folio 79 v.º, 1-XI-1859).

Un hecho que tenemos que destacar, es que por estas mismas fechas y según hemos podido averiguar se establecen en Santa Lucía de Tirajana la locera (según el Padrón General de Población de 1834), María Rivero Dorta, como pudimos comprobar también procedía de La Atalaya de Santa Brígida, viuda de Antonio Gutiérrez (APSB. *Libro Matrimonios*. N.º 6, folio 121 v.º, 29- VIII-1799), hermano del citado locero asentado en Hoya de Pineda José Gutiérrez. Esto no hace más que confirmar nuestras tesis de la Atalaya como foco difusor locero.

María José de León Suárez (locera 7). Esta mujer también procedía de Santa Brígida, que por estas fechas decimonónicas habitaba en Hoya de Pineda y por motivos que desconocemos tampoco aparece en el citado Padrón de Población. Sobre ella y su descendencia hablaremos con mucho más detenimiento en el siguiente apartado de este capítulo.

3.1.2. Las Cuevas del Bujo un alfar del siglo XIX.

Según la tradición oral en el lugar conocido como Las Cuevas del Bujo y la Cueva del Horno de la Loza en Hoya del Guancho se realizó esta labor artesanal. Sobre este sitio nos decía la tristemente desaparecida locera Juliana Suárez Vega, vecina de La Degollada, que cuando niña iba con su madre a vender loza a las partes altas de Guía y Moya, cuando pasaban por delante de estas cuevas, su madre le

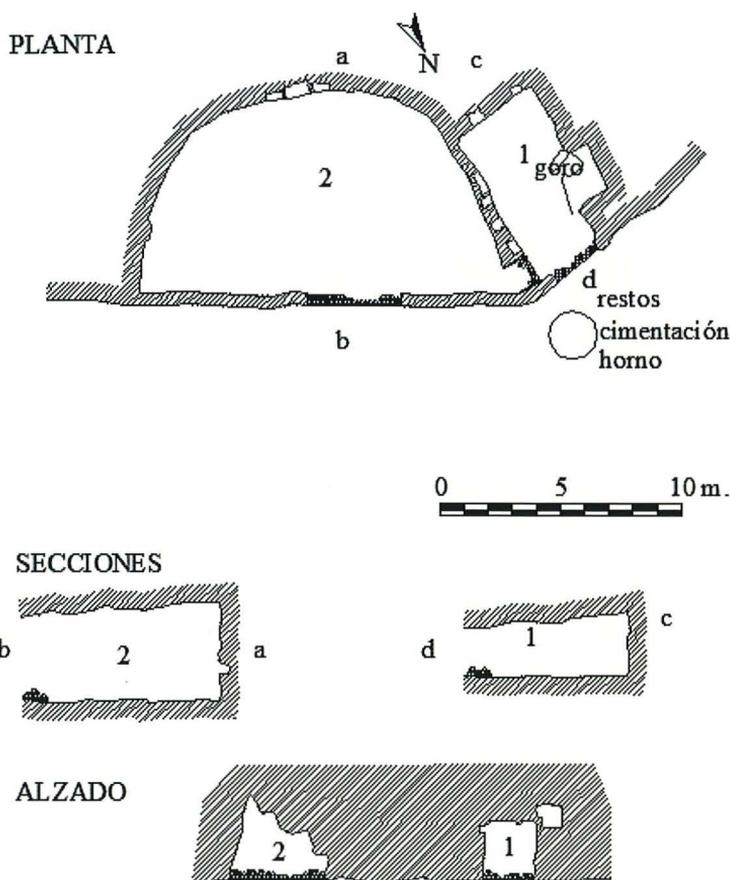
decía que en ese lugar llegaron a guisar loza una gente, que no eran de la zona:

Donde dicen que se jacía mucha loza, me contaba mi madre, no se si fueron los primeros que vinieron aquí a jacerla, barranco arriba cerca del camino que va a San Bartolomé, a Piedra Molino a todos esos sitios, le decimos Las Cuevas del Bujo y allí jacían loza y guisaban una vez al año, la loza era buena, me decía mi madre el cuento, ellas trabajaban en aquellas cuevas y enfrente estaba el horno si no lo tiraron y una cueva para meter la loza (D.^a Juliana María Suárez Vega, 83 años, Hoya de Pineda, Gáldar, X-2000).

Respecto a ¿quiénes eran las personas que habitaron e hicieron loza en este lugar?, este interrogante se nos presentaba como un reto de gran interés para el conocimiento de este enclave locero. Partíamos con alguna referencias de gran valor aportadas por los hermanos Molina, vecinos de esta zona, sobre los antiguos habitantes de Las Cuevas del Bujo, esta información fue obtenida en una entrevista realizada en noviembre del año 2000. Estos hermanos nos decían entre otras cosas lo siguiente:

Yo le cuento estas historias que las contaba un viejo que se llamaba Cho Pablo Moreno, casado con Pilar Silva. Ante los viejos cuando pasaban de cincuenta le decían Cho. Esto era cuando el Movimiento [1936], estábamos trabajando en unas calabaceras [Curcubita maxima] que estaban en la orilla de este barranco, ese que baja que pasaba agua, él nos ayudaba y se quedo mirando pa allí y dice que él estuvo viviendo allí cuando pequeño haciendo loza con la madrastra que es quien por lo visto hacía la loza (D. Manuel

y D. Santiago Molina Moreno, 82 años y 72 años respectivamente, Hoya de Pineda, Gáldar, XI-2000).



Planta y sección de las Cuevas del Bujo, Barranco de La Hoya. Elaboración: Margarita I. Jiménez Medina.

Con estos datos comenzamos a desarrollar diversas consultas en el Archivo Parroquial de Santa María de Guía, así como a realizar nuevas entrevistas en Hoya de Pineda, de esta manera pudimos averiguar que *Cho Pablo Moreno*, era Pablo Moreno García, antiguo propietario del Horno del

Bujo, en La Degollada, que contrajo matrimonio con María del Pilar Silva en Gáldar en julio de 1894, *vecinos en Hoya de Pineda* (APSG. *Libro de Matrimonios*. N.º 9, folio 265 r.º, 9-VII-1894).

Así mismo, comprobamos la existencia de esta pareja matrimonio en el *Libro de Matricula Padrón Parroquial de Santa María de Guía Diócesis de Canarias del año de 1920*, que por estas fechas tenía cinco hijos, Juana de 20 años, Teodora de 18 años, Juan de 8 años, Concepción de 4 años y Nicolasa de 3 años. El lugar de residencia según el citado documento era en La Hoya del Guanche.

Según su partida de matrimonio, Pablo Moreno era hijo de Cristóbal Moreno y Juana García, esta pareja se casó en 1857, en su partida de matrimonio, recogía el Párroco, D. Francisco Bernardo Guerra, dice lo siguiente:

En la Iglesia Parroquial de María Santísima de Guía, a dos de septiembre de mil ochocientos cincuenta y siete años (...) a las 9 de la mañana a Cristóbal de estado soltero, hijo legítimo de Santiago Moreno y María Soco natural y vecino de esta villa en Montaña Alta con Juana también soltera hija legítima de Juan García difunto y María León natural y vecino de esta villa en La Hoya del Guanche (...) (APSMG. Libro de Matrimonios. N.º 10, folio 78 r.º, 2-IX-1857).

La muerte sorprendió a Juana García, en Hoya del Guanche, en 1875, dieciocho años después de su matrimonio, el cura D. Francisco Bernardo Guerra escribió lo siguiente, en su partida de defunción:

(...) mandé a dar sepultura eclesiástica al cadáver de Juana García natural y vecina de esta Ciudad en La Hoya del Guanche; legítima consorte de Cristóbal Moreno de edad cuarenta y dos años (...)

(APSMG. Libro de Defunciones. N.º 8, folio 212 v.º,
22-VIII-1875)

Juan de León (M. PSB.) María Suárez
Juan García Torres (M. PG. 1825) María José de León Suárez (Locera, 7)
Cristóbal Moreno Soco (M. PSMG. 1857) Juana García León
Pablo Moreno García (M. PG. 1894) María del Pilar Silva
Juana Moreno Silva (MPSMG. 1917) Isidoro Santiago Ramos (BPSMG 1897 DPSMG 1988)
Antecedentes familiares de Pablo Moreno García (Propietario del horno de loza del Bujo)
Símbolos:
B. Bautismo
D. Defunción
M. Matrimonio
PSB. Parroquia Santa Brígida
PG. Parroquia Gáldar
PSMG Parroquia Santa María de Guía

Antecedentes familiares de Pablo Moreno García (propietario del horno de loza del Bujo). Elaboración propia. [

También pudimos comprobar, que efectivamente Cristóbal Moreno contrajo matrimonio por segunda vez con María de Los Ángeles (APSMG. *Libro de Matrimonios*. N.º 11, folio 119 v.º, 10-VII-1876) hermana de su anterior esposa, casi un año después del óbito de Juana García.

Juana había nacido en 1833 (APSMG. *Libro de Bautismos*. N.º 15, folio 145 v.º, 1-II-1833) pero es en la partida de nacimiento de María de Los Ángeles, donde descubrimos que su madre María León (esta locera tampoco aparecen en el citado padrón de 1834) procedía de La Vega de Santa Brígida. En la partida de bautismo, que redactó el cura D. Francisco de Quintana Amaral, se puede leer:

En la Iglesia Parroquial de María santísima de Guía a ocho de octubre de mil ochocientos treinta y cinco, yo el infrascrito coadjutor en ella Bauticé puse Óleo y Crisma a maría de Los Ángeles, que

nació el primero del mismo, hija legítima de Juan García y María León esta natural de La Vega, y aquel de esta Villa de donde son vecinos. Abuelos paternos José García difunto y Josefa de la Torre. Abuelos maternos Juan de León y María Suárez, fue su madrina Encarnación Moreno de esta vecindad, advertirla del parentesco y obligaciones. De que certifico (APSMG. Libro de Bautismos. N.º 15, folio 26 r.º, 8-X-1835).

Siguiendo la línea materna, vemos que en junio de 1825, contraen matrimonio María de León y Juan García en la Parroquia de Santiago Apóstol de Gáldar, en su partida de matrimonio queda bien clara la procedencia de María José, el cura D. Ramón Antonio de Medina y Aguilar, escribió lo siguiente en esta partida:

En esta Iglesia Parroquial del Apóstol Santiago de la Villa de Gáldar a trece de junio de mil ochocientos veinte y cinco yo el infrascrito sacerdote...casé infacie por palabras de presente según orden de Nuestra Santa Madre Iglesia, y velé a Juan García Torres, viudo en segundas nupcias de María del Pino Vega, vecinos que fueron de Guía y aquel del lugar de Moya, hijo legítimo de José García y de Josefa Torres, vecinos y naturales del referido Guía y a María José de León hija legítima de Juan de León y de María Suárez, todos naturales de La vega de Santa Brígida y vecinos en dicha villa de Gáldar, en el pago de Hoya de Pineda (...) (APSG. Libro de Matrimonios. N.º 7, folio 20 v.º, 13-VI-1825).

Hallamos, igualmente, en el Archivo Parroquial de Santa Brígida, que María José había sido bautizada en esta Parroquia en 1805. En su partida de nacimiento podemos leer:

En la Parroquia de Santa Brígida en el lugar de La Vega a veinte y cinco de noviembre de mil

ochocientos y cinco...puse Óleo y Crisma a María Josefa que nació el día veinte y dos de dicho mes hija legítima de Juan de León y María Suárez abuelos paternos Antonio de León y Josefa Rivero abuelos maternos Josef Suárez Y María Ramírez...(APSB. Libro de Bautismos. N.º 13, folio 252 r.º, 25-XI-1805).

También encontramos en el referido Archivo Parroquial el lugar de procedencia de esta locera, asentada años después en Hoya de Pineda, gracias a sus abuelos paternos Antonio León Sánchez y Josefa Antonia Rivero (APSB. *Libro Matrimonios*. N.º 5, folio 29 r.º, 24-XII-1775). En la partida de matrimonio de una hija de éstos, llamada Luisa, podemos leer *vecinos en el lugar del pago de Las Cuevas* (APSB. *Libro Matrimonios*. N.º 5, folio 228 v.º, 16-VIII-1790).

De la misma manera, localizamos en distintos documentos pertenecientes al Archivo Parroquial de Santa María de Guía a dos hermanos de María Josefa León, nos referimos concretamente a José de León (APSMG. *Libro Bautismos*. N.º 16, folio 47 v.º, 21-I-1842) y Manuel de León (APSMG. *Libro Bautismos*. N.º 16, folio 124 v.º, 1-V-1848).

Otros vecinos de Hoya de Pineda procedentes de Santa Brígida que hemos localizado en el Archivo Parroquial de Santa María de Guía son: Agustín Rodríguez que es también hijo de María Manuela Suárez y Juan Rodríguez (APSMG. *Libro Bautismos*. N.º 16, folio 40 r.º, 21-IV-1842), que contrajo matrimonio con María Benítez Godoy en esta Parroquia en el año 1825 (APSMG. *Libro Matrimonios*. N.º 7, folio 196 v.º, 25-IV-1825) y José Hernández (APSMG. *Libro Bautismos*. N.º 16, folio 39 r.º, 20-III-1843).

Las Cuevas del Bujo y la Cueva del Horno de La Loza (ver locera 7) se localizan dentro del antiguo centro

locero de Hoya de Pineda, habría que destacar el gran valor etnográfico e histórico, ya que es uno de los primeros talleres alfareros que se instalaron en esta zona, en el primer tercio del siglo XIX, conservándose en un óptimo estado. También hemos podido documentar las personas que aquí moraron y realizaron esta actividad artesanal. Este hecho convierte a este en un enclave único y sin parangón para el conocimiento de un alfar en el siglo XIX.

Se trata de un conjunto de dos cuevas artificiales, conocidas como cuevas del Bujo y una tercera conocida como Cueva del Horno de La Loza, lugar donde se guisaba la loza. Junto a éstas aparecen pequeñas cuevas de muy escasas dimensiones, algunas ocultas tras un desprendimiento, cuya utilidad nos es desconocida, quizás servían para guardar animales.

Estos elementos etnográficos formaban parte del antiguo centro locero de Hoya del Guanche y Hoya de Pineda, se encuentran excavado en la toba volcánica y se ubican en la vertiente de umbría, en la margen derecha del Barranco de la Hoya (término municipal de Santa María de Guía), o Barranco de Gáldar, a unos 510 metros sobre el nivel del mar.

Este topónimo conocido como Cuevas y Laderas del Bujo, según la información oral, hace alusión a un agujero (bujo, bujero, *abujero*). Sin embargo, este término podría tener otro significado que aparece recogido en el *Diccionario diferencial del español de Canarias*, como:

Bojo: (Del port.) m. L. P. y Tf. Parte convexa de algunas cosas especialmente de toneles y piezas de cerámica. Var. Bujo (Corrales Zumbado, Corbella Díaz y Álvarez Martínez, 1996: 202).

También se denomina Horno del Bujo⁹, al horno más antiguo de La Degollada en Hoya de Pineda, perteneciente al municipio de Gáldar. Este horno en el pasado fue reconstruido para su uso en varias ocasiones y en la actualidad se encuentra en ruina.

Toda la zona de las Cuevas y laderas del Bujo se encuentra rodeada de vegetación, donde predominan el tajinaste (*Echium* ssp.), la tabaiba amarga o salvaje (*Euphorbia obtusifolia*), el verode (*Klenia neriifolia*), cerraja de risco (*Sonchus* spp.) y la zarza (*Rubus* ssp.).

Las dos cuevas del Bujo a las que hemos denominado cueva 1 y cueva 2, según dirección de Oeste a Este, presentan muro de cierre elaborado con la técnica de piedra seca, aunque algunas piedras se encuentran agarradas con argamasa fabricada de barro y pasto. En ambas se observa la presencia en el techo de una especie de película de brea que, probablemente, actuaría de aislante para impermeabilizar los techos, puesto que la humedad reinante es palpable.

Asimismo, estas cuevas se encuentran comunicadas por una puerta excavada y adintelada. Y ambas, presentan diversas oquedades horadadas, a modo de alacenas, así como numerosos agujeros perforados (de unos 7 a 15 cm. de diámetro y de 15 cm. de profundidad), algunos de los cuales, todavía conservan restos lígneos (¿palos para sujetar objetos, como recipientes cerámicos?).

Justo en la boca de la denominada cueva 1, se hallan los restos de lo que parece un horno de loza (según la información oral), de dicho horno se ha conservado sólo la cimentación, siendo sus medidas generales: diámetro: 2,20 m;

⁹ El horno del Bujo posee, bajo nuestro punto de vista, un gran interés arqueológico, ya que presenta una probable escombrera con secuencia estratigráfica de restos cerámicos.

ancho del muro (máximo): 0,50 m. y alto del muro (máximo): 0,60 m.

Pasamos, a continuación, a describir las Cuevas del Bujo y la Cueva del Horno de la Loza.

Cueva 1: Presenta planta irregular, con cierta tendencia rectangular, si bien en conjunto es en forma de L, puesto que en el lateral izquierdo (mirando del interior al exterior) se anexa una planta (de menores dimensiones), también rectangular. Su estado de conservación podría considerarse bueno.

Posee la peculiaridad de hallarse muy próxima a la boca una especie de pila excavada en la roca, denominada goro, con relleno (de 10 cm. de espesor) de barro seco. Así como dos alturas perfectamente excavadas.



Detalle del goro excavado en la roca. Cuevas del Bujo. Foto: Juan M. Zamora Maldonado

Sus medidas generales son: largo (fondo): 6,80 m.; ancho (máximo): 5,80 m. y alto: 2,70 m. (máximo 1.^a altura) y 2,00 m. (máximo 2.^a altura). Mientras que la boca posee:

largo (fondo): 0,60 m.; ancho: 2,50 m.; alto: 2,25 m. y orientación: 60° (Noreste).

Por otra parte, el goro o pila para el barro (planta tendencia rectangular) presenta las siguientes medidas: largo: 1,05 m. y 0,90 m.; ancho: 0,68 m. y 0,57 m.; alto: 0,20 m.; largo boca salida de agua: 0,31 m.; ancho boca de salida de agua: 0,28 m. y orientación boca: 90° (Este).

En esta cueva se localizan algunos agujeros sellados con barro y otros con restos lígneos en su interior. También se observan restos de barro en superficie. Presenta hasta 9 alacenas, distribuidas de la siguiente forma, 6 en la pared derecha (de interior a exterior) y 3 en la pared del fondo.

Presenta un muro de piedra seca en la boca (con una altura variable, de hasta 0,50 m. y más), si bien en algunas zonas posee argamasa de barro y paja. Dicho muro tiene hasta 3 hiladas y 6 hileras (máximo). Probablemente este muro sea mucho más reciente, pues según la información oral, esta cueva después de abandonarse, fue usada como alpendre para guardar ganado, por lo que se procedió a instalar muros de cierre en las bocas, así como en la puerta.

La puerta que comunica las dos cuevas presenta dos niveles de dinteles, uno más bajo en la cueva 1 y otro más alto en la cueva 2. Sus medidas generales son: largo (fondo): 1 m.; ancho: 1,20 m. y alto: 2 m. (máximo).

Cueva 2: Al igual que la anterior su planta es de tendencia rectangular. Sus medidas generales son: largo (fondo): 8,60 m.; ancho: 9,30 m. y alto: 4,10 m.

Boca: largo (fondo): 0,30 m., ancho: 3,70 m.; alto: 3,50 m. y orientación: 30° (Noreste).

En la superficie de esta cueva se observa la presencia de numerosos fragmentos de cerámica tradicional. Asimismo, presenta una gran acanaladura excavada en la boca, probablemente un sistema de sujeción para el entramado vegetal que actuaría de parapeto o cierre de la cueva. Por otra parte, presenta hasta 7 alacenas, distribuidas 3 en el fondo y 4 en el lateral izquierdo (desde el interior al exterior). La mayor de las alacenas mide de largo (fondo) 0,60 m (máximo), por 1 m. de ancho (máximo) y por 0,65 m. de alto (máximo). Su estado de conservación también es bueno.

Una característica que llama la atención es la presencia en el fondo de la cueva de una repisa encima de las alacenas, con agujeros excavados para poder acceder (a modo de peldaños), así como de una especie de banco. Así como tres zonas excavadas en una de las repisas que parecen ser apoyos para vasijas de barro.

La denominación de Cueva del Horno viene dada por la costumbre de guisar loza en el interior de esta cueva, directamente, según nos comentaron Manuel y Santiago Molina Moreno, vecinos del lugar, de 82 y 72 años, respectivamente:

La loza la guisaban en aquella cueva, allí se hacía loza y se guisaba en una parte pequeña de esta cueva que se ve todavía negra. Yo iba a coger comida para los animales y me encontraba muchos trozos de lebrillos, tostadores que al sacarlos del horno se les rompían y los tiraban pa fuera, por aquellos riscos pa bajo (D. Manuel y D. Santiago Molina Moreno, 82 años y 72 años, Hoya de Pineda, Gáldar, XI-2000).

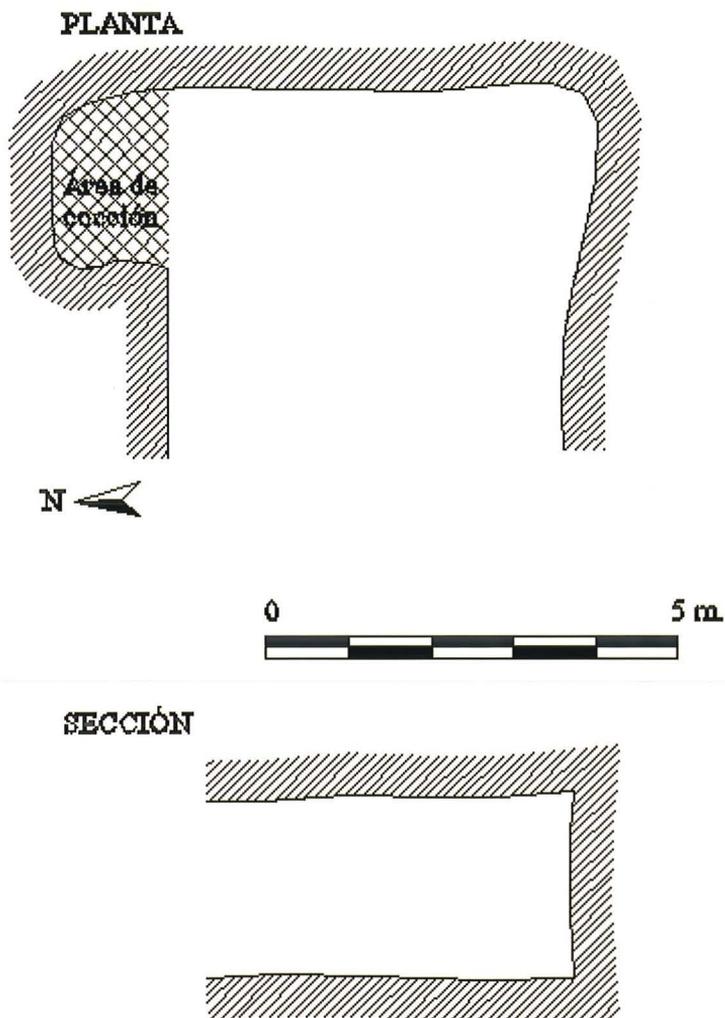


Zona de combustión en el interior de la Cueva del Horno de la Loza. Foto: Juan M. Zamora Maldonado

Las medidas generales de la cueva del Horno de la Loza son: largo (fondo): 5,30 m. (máximo); ancho: 6,60 m. (máximo), alto: 2,20 m. (máximo) y orientación de la boca: 320° (Noroeste).

Las paredes circundantes del lugar donde se guisaba la loza se encuentran recubiertas de una película cristalizada (de aspecto similar al vidrio volcánico), al haber sido afectadas por grandes temperaturas. Los hallazgos de fragmentos de loza tradicional, a lo largo de las laderas adyacentes, estarían relacionados con la actividad locera en esta zona.

Las medidas de la zona donde se produciría la cocción en esta cueva son: largo: 1,20 m.; ancho: 2,00 m.; alto: 2,10 m. y orientación boca: 200° (Suroeste).



Planta y sección de la Cueva del Horno de La Loza. Elaboración: Margarita I. Jiménez Medina.

Según la Carta Etnográfica de Ardenara (Rodríguez Pérez Galdós y Grandío de Fraga, 1998) este tipo de guisaderos en el interior de cuevas artificiales sólo se ha

podido documentar en el centro locero de lugarejos, donde todavía se pueden observar, aunque modificadas, algunas de estas estructuras (en relación al centro locero de Lugarejos, vid. Luján Henríquez, 2006).

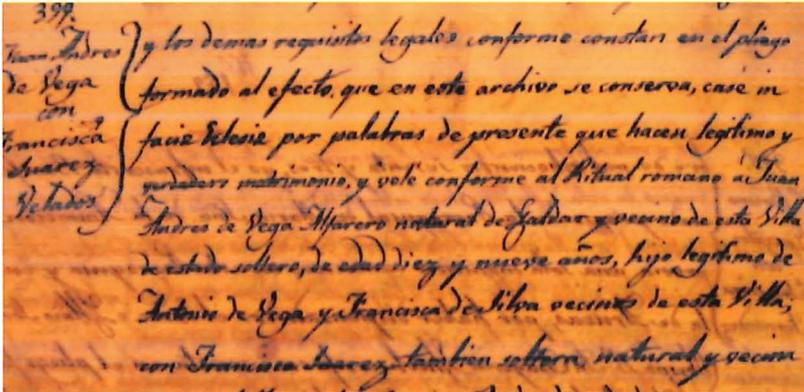
3.2. Los términos: Alfarero, locera y locero en Hoya de Pineda, entre los años 1863 y 1910, según los Archivos Parroquiales.

En los diferentes libros parroquiales de Gáldar y Santa María de Guía a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, se recogen las distintas profesiones, entre ellas figuran la de alfarero y locero/s. Otros oficios que aparecen son en este orden: jornalero, labrador, artesano, arriero, marinero, comerciante, etc.

3.2.1. Archivo Parroquial de Santa María de Guía.

Así vemos que en el Archivo Parroquial de Santa María de Guía, en el año de 1863, el párroco D. Francisco Bernardo Guerra, recoge en la partida de matrimonio de Francisca Suárez y Juan Andrés Vega, este oficio del barro, en esta ocasión el término empleado fue el de alfarero, siendo este el único caso hasta el momento, donde se mencionó esta profesión en la documentación consultada en esta parroquia. Dicha partida dice lo siguiente:

(...) casé infacie ecclesie por palabras de presente que hacen legítimo y verdadero matrimonio, y velé conforme al Ritual romano a Juan Andrés Vega Alfarero natural de Gáldar y vecino de esta Villa de estado soltero, de edad diez y nueve años, hijo legítimo de Antonio de Vega y Francisca de Silva



Detalle del documento fechado en 1863, en el que aparece el término alfarero.
APSMG. Foto: Juan M. Zamora Maldonado.

vecinos de esta Villa, con Francisca Suárez también soltera, natural y vecina de esta Villa en La Hoya de Pineda de edad diez i nueve años, hija legítima de Matías Suárez y Juana Manuela Rodríguez de esta misma naturaleza...(APSMG. Libro Matrimonios. N.º 10, folio 159 r.º, 16-XI-1863).

Ahora bien, en el término artesano, estaban englobados todos trabajos manuales como sombrereros, cesteros entre otros. Creemos que en este grupo estaban incluidos los loceros y las loceras, prueba de este argumento lo encontramos en la partida de matrimonio de José Antonio Gutiérrez hijo de José Gutiérrez (locera 6), que dice:

En la Villa de Guía de la Diócesis de Canarias a veinte y cinco de octubre de mil ochocientos sesenta y nueve, yo el infrascrito cura propio de esta Parroquia de María Santísima de Asunción casé y velé por palabras de presente a José Gutiérrez natural y vecino de esta villa de estado soltero, artesano de edad veinte y siete años, hijo legítimo de José Gutiérrez difunto y de Catalina Almeida naturales de esta Villa, con María Dolores Martín también soltera natural de Agaete y vecina de

esta Villa en la Calle del Clavel, de edad treinta y dos años, hija legítima de Lorenzo Martín difunto y de Seferina de Armas naturales de Agaete (APSMG. Libro de Matrimonios. N.º 11, folio 46 v.º, 25-X-1869).

3.2.2. Archivo Parroquial de Santiago Apóstol de Gáldar.

La primera ocasión en la que aparece reflejado este empleo en el Archivo Parroquial de Santiago Apóstol de Gáldar es en 1880 y corresponde a una partida de nacimiento redactada por el Párroco, D. José Romero, veintisiete años después que en la Parroquia de Santa María de Guía. Sin embargo es en este Archivo, donde en diversas partidas de nacimiento aparece reflejado este oficio, ahora con el nombre tradicional de *locero o loceros*:

Ecolastiana Santiago Suárez, hija legítima de Santiago Suárez González natural de Guía y Rita Ramos Vega que lo es de Gáldar, de la que son vecinos en Hoya de Pineda y en la que fueron casados, loceros abuelos paternos Blas de Gáldar y maría de Gáldar maternos Jerónimo y María del Pino de Gáldar (APSG. Libro de Bautismos. N.º 17, folio 85 v.º, 1880).

En este sentido, hemos observado que en ocasiones sólo aparece el marido con el oficio de locero, en otras es el matrimonio el que aparece como loceros. Este es el caso de la anterior pareja Juan Andrés Vega y Francisca Suárez que bautizaron a sus hijos en la Parroquia de Santiago de Gáldar:

(...) Félix hijo legítimo de Santiago García y Elena Suárez, loceros y vecinos en La Hoya de Pineda abuelos paternos Juan García Sosa y María Viera; maternos Juan Suárez y Catalina Santiago

(APSG. *Libro Bautismos*. N.º 18, folio 71 v.º, 30-XI-1885).

(...) *María San Pedro hija legítima de Juan Andrés Vega y Francisca Suárez casados en Guía loceros, vecinos en La Hoya de Pineda* (APSG. *Libro Bautismos*. N.º 18, folio 149 r.º, 6-VII-1887).

(...) *Primitiva hija legítima de Juan Andrés Vega, locero y Francisca Suárez naturales de Guía y vecinos de esta Villa en La Hoya de Pineda* (APSG. *Libro Bautismos*. N.º 18, folio 210 v.º, 24-X-1888).

Estos son los diversos matrimonios que hemos localizado en las diferentes partidas de bautismos de esta parroquia, en la que aparece recogido este oficio, ordenados cronológicamente:

Félix García Suárez hijo legítimo de Santiago García y Elena Suárez, loceros (APSG. *Libro de Bautismos*. N.º 18, folio 71r.º, 30-XI-1885), *Juan hijo legítimo de Juan del Pino Suárez y María del Pino Santiago, loceros y vecinos en Hoya de Pineda* (APSG. *Libro de Bautismos*. N.º 18, folio 105 v.º, 1-VIII-1886), *Hilaria Suárez Vega hija legítima de Antonio Suárez locero y Agustina Vega, vecinos en La Hoya de Pineda* (APSG. *Libro de Bautismos*. N.º 18, folio 124 r.º, 20-I-1887), *Froilana Santiago Ramos hija legítima de Joaquín Santiago y Rita Ramos, loceros y vecinos en La Hoya de Pineda* (APSG. *Libro de Bautismos*. N.º 18, folio 131 v.º, 24-II-1887), *Marcos Suárez Ramos hijo legítimo de José Suárez e Isidora Ramos vecino en La Hoya de Pineda, loceros* (APSG. *Libro de Bautismos*. N.º 18, folio 139 v.º, 11-IV-1887), *Gregoria Vega Suárez hija legítima de Bartolomé Vega y Eloisa Suárez, loceros* (APSG. *Libro de Bautismos*. N.º 18, folio 233 r.º, 2-III-1889), *el matrimonio de Juan Vega Suárez, locero y María del Carmen Godoy Bolaños* (APSG. *Libro de Matrimonios*. N.º 9, folio 208 v.º, 27-III-1889),

Victoriano Suárez Vega hijo legítimo de Antonio Suárez y Agustina Vega loceros (APSG. *Libro de Bautismos*. N.º 18, folio 238 v.º, 1-IV-1889) Lucía Godoy Monzón hija legítima de Bartolomé Godoy, locero y María Candelaria Monzón (APSG. *Libro de Bautismos*. N.º 18, folio 290 r.º, 7-VI-1890), Catalina Suárez Ramos hija legítima de José Suárez, locero e Isidoro Ramos, vecinos en Hoya de Pineda (APSG. *Libro de Bautismos*. N.º 19, folio 121 r.º, 21-I-1893), Victoriana hija de Antonio Suárez, locero y Juana Vega (APSG. *Libro de Bautismos*. N.º 20, folio 57 r.º, 16-IX-1897), Juan Suárez Vega hijo de Nicolás Suárez, locero y Francisca Vega (APSG. *Libro de Bautismos*. N.º 22, folio 26 r.º, 5-VI-1910), Agustina Suárez Suárez hija de Victoriano Suárez, locero y Dominga Suárez (APSG. *Libro de Bautismos*. N.º 22, folio 44 r.º, 24-X-1910), Valentín Godoy Vega hijo legítimo de Juan Godoy, locero y Eloisa Vega, vecinos en Hoya de Pineda (APSG. *Libro de Bautismos*. N.º 22, folio 45 v.º, 13-XI-1910).

También tenemos que destacar, que estas mismas personas aparecen en otros documentos parroquiales de la misma época como jornaleros, denominación que a partir de principios de 1911 se generaliza para definir la ocupación laboral de los habitantes de Hoya de Pineda, desapareciendo la denominación de locero o loceros, definitivamente, de la documentación parroquial.

Es en el mes de febrero del año 1911, cuando documentamos por última vez este vocablo de locero en el bautizo de Andrés Suárez Vega:

Hijo legítimo de Antonio Suárez, locero y Juana Vega casados en Guía natural de Guía vecinos de esta en Gáldar en La Hoya de Pineda, abuelos paternos Juan del Pino Suárez Rodríguez y Catalina Santiago, maternos Juan Andrés Vega Silva y Francisca Suárez Rodríguez (APSG. Libro Bautismos. N.º 22, folio 63 r.º, 9-II-1911).



Antiguo plato elaborado en Hoya de Pineda, colección fondos FEDAC. Foto: FEDAC.

Fruto de la casualidad, es como podemos observar que los abuelos maternos son las mismas personas que en 1863, contraen matrimonio en la parroquia de Santa María de Guía, siendo esta fecha la más antigua que disponemos en la que se refleja esta profesión en la documentación de ambas parroquias.

3.3. Otros alfares.

Un aspecto relacionado con la comercialización del producto elaborado, fue el traslado de loceras a otras entidades, donde se asentaron, alcanzando un nuevo mercado que demandaba su mercancía y de esta manera pudieron lograr mejorar su precaria calidad de vida. Este es el caso de loceras de Hoya de Pineda que, a comienzos del siglo XX, se trasladaron a vivir a La Aldea de San Nicolás de Tolentino y a Tasarte.

3.3.1. El alfar de La Aldea.

En los primeros años del siglo XX se establecen en La Aldea de San Nicolás de Tolentino loceras de Hoya de Pineda, este es el caso de los padres de Nicolás Godoy María Guía Vega y Martín Godoy, que fijaron su residencia en El Barrio, lugar situado en el mismo Valle y que en la actualidad está integrado en el casco urbano de La Aldea.

Yo chico, mi madre y mi padre se fueron pa la Aldea a un sitio que le dicen El Barrio, mi padre hizo el horno, el barro se cogía en el mismo Inagua, mi madre y mis hermanas hacían la loza en La Aldea y mi padre con mis hermanos iban a venderla sobre todo a Mogán, yo llegue a venderla en Mogán poco después de La Guerra de España. En La Aldea murió mi madre y dos de mis hermanas. (D. Nicolás Godoy Vega, 86 años, Hoya de Pineda, Gáldar, XI-2000).

3.3.2. El alfar de Tasarte.

Pero además documentamos por primera vez que loceros de Hoya de Pineda se establecieron también en Tasarte (San Nicolás de Tolentino), estos fueron Victoriano Suárez Vega y su esposa Dominga Santiago Moreno, aunque la experiencia no duro más de un año.

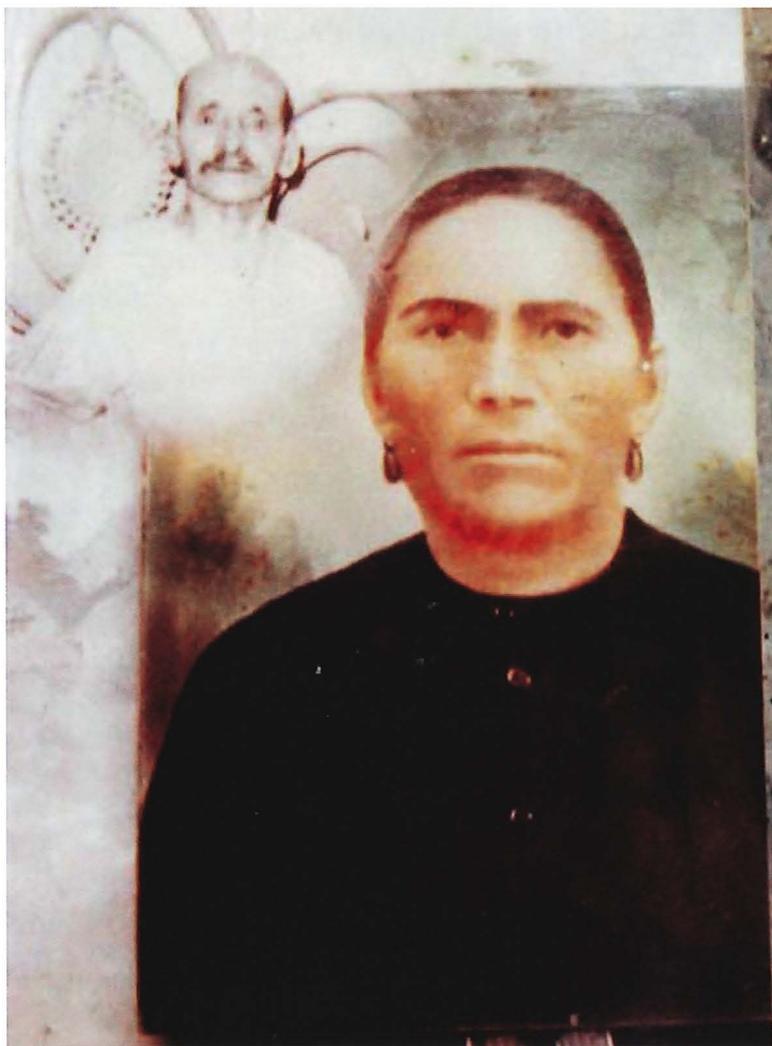
Éste es el interesante testimonio que sobre este hecho nos informó Santiago Suárez hijo de este matrimonio:

Mi padre se llama Victoriano Suárez Vega y mi madre Dominga Santiago Moreno, tuvieron que pedir dinero, no sé si fueron tres duros emprestaos para ir pa Tasarte, tenían muchos chiquillos chicos y no teníamos que comer. Yo tenía cuatro años cuando fuimos pa allá, recuerdo que me llevaron al hombro, esto fue cuando la Guerra Mundial Primera, por el año catorce [1914].

En Tasarte vivíamos en una casa de tejas, los viejos dormían en una cama y nosotros, que éramos cuatro, nos acostábamos en el suelo sobre sacos, la cocina fuera, tres piedras pa guisar la comía y cerca había un horno (de pan) que mi padre lo reparó para guisar la loza. El barro y la leña la cogíamos por aquellas montañas, la arena no gustaba mucho porque la arena la cogíamos en los barrancos, pero tuvimos que remediarnos, porque pa la loza tiene que ser una arena muerta que no sea viva, pa que no estalle, nosotros estábamos acostumbrados a sacar la arena de la tosca. Y así pegamos a hacer loza allí, mis padres fueron a Tasarte para matar el hambre, hacíamos loza en Hoya de Pineda y no se ganaba que comer y nos marchamos pa allí, después los vecinos nos traían cebollas, nos daban tabefe que yo iba a buscarlo, papas y así nos daban comía.

No llegó al año lo que estuvimos allí, desde que mi padre mató el hambre nos vinimos otra vez a Hoya de Pineda, yo después me quedé rascao de que mi padre se halla marchao pa acá con lo bien que estábamos, vendía la loza allí mismo, la poníamos fuera de la casa y los vecinos venían comprarla, venían a buscarla, pocas veces fuimos a Mogán a vender loza. (D. Santiago Suárez Santiago, 88 años, Hoya de Pineda, Gáldar, VII-2001).

Dominga nació en Hoya de Pineda en el año 1886, hija de Blas Santiago y Juliana Moreno (APSMG, *Libro de Bautismos*. N.º 24, folio 299 v.º, 25-XII-1886). Victoriano, nació en el año 1889 y como vemos en su partida de nacimiento sus padres ya aparecen como loceros y su bisabuela paterna y materna era Juana M. Rodríguez (ver locera 4):



Los loceros, Victoriano Suárez Vega y su esposa Dominga Santiago Moreno.
Foto: familia Suárez.

(...) Victoriano hijo legítimo de Antonio Suárez y Agustina Vega, loceros; abuelos paternos Juan Suárez Rodríguez y Catalina Santiago; maternos Juan Vega Silva y Francisca Suárez (APSG, Libro de Bautismos. N.º 18, folio 238 v.º, 1-IV-1889).

3.3.3. El alfar de La Majadilla.

Los padres de la anterior locera mencionada, Dominga Santiago fueron los moradores de este alfar. Éstos eran Juliana Moreno García y su marido Blas Santiago Suárez, contrajeron matrimonio en la parroquia de Guía, en marzo de 1886 (APSMG. *Libro Matrimonios*. N.º 11, folio 259 r.º, 29-III- 1886). Gracias a la información oral pudimos fijar cual era su residencia. El alfar estaba situado a unos 500 m. de la Ermita de San Antonio, formado por un grupo de cuevas, junto al camino de San Antonio.

También se hizo loza en la Cruz de La Majadilla allí vivía Cho Blas con su mujer Cha Juliana que era hermana de Cho Pablo, ellos de abajo traían la loza aquí.. pa guisarla (D. Manuel y D. Santiago Molina Moreno, 82 años y 72 años, Hoya de Pineda, Gáldar, XI-2000).

Cuando documentamos el Alfar del Bujo pudimos comprobar la veracidad e importancia de las fuentes orales. La madre de Dominga Santiago era hermana de Pablo Moreno, por lo tanto era descendiente de la locera María José de León Suárez (ver locera 7).

En el *Libro de Matricula de Las Familias Pobres de la Parroquia de Santa María de Guía* del 25 de mayo de 1920 aparece este matrimonio con sus hijos/as: Blas Santiago Suárez de 56 años, esposa Juliana Moreno García de 52 años, sus hijos; María de 28 años, Juana de 21, Santiago de 16, Pino de 19 y Blas de 14.

3.3.4. El alfar de La Montaña.

Este alfar se encontraba ubicado en el lado norte de la Montaña de Guía, es decir en la parte opuesta al que ocupa el Centro Locero de Hoya de Pineda, esta zona es conocida con

el topónimo de La Montaña. Este alfar fue fundado por D.^a Marcelina Suárez Suárez, natural de Hoya de Pineda y su marido D. Juan Manuel Suárez Suárez natural de La Montaña (Santa María de Guía), a finales de los años cuarenta del siglo XX, que es cuando se desplazan de Hoya de Pineda este matrimonio con sus hijos, fijando su nuevo domicilio en este lugar, donde siguieron elaborando loza aproximadamente doce años después de su fundación.



Vista general del patio y el horno del alfar de La Montaña. Foto: Juan M. Zamora Maldonado.

Fue construido por el marido de Marcelina, Juan Manuel Suárez, esta elaborado con piedra y barro de la zona, donde podemos apreciar tres zonas definidas, la primera de ellas el horno, la segunda el patio que tenía varias utilidades, y por último el taller de trabajo. La conservación de estos inmuebles es aceptable, aunque hay que decir que es muy frágil debido a los materiales que se emplearon en su elaboración y a su abandono.



Planta del alfar de La Montaña. Elaboración: Margarita I. Jiménez Medina.



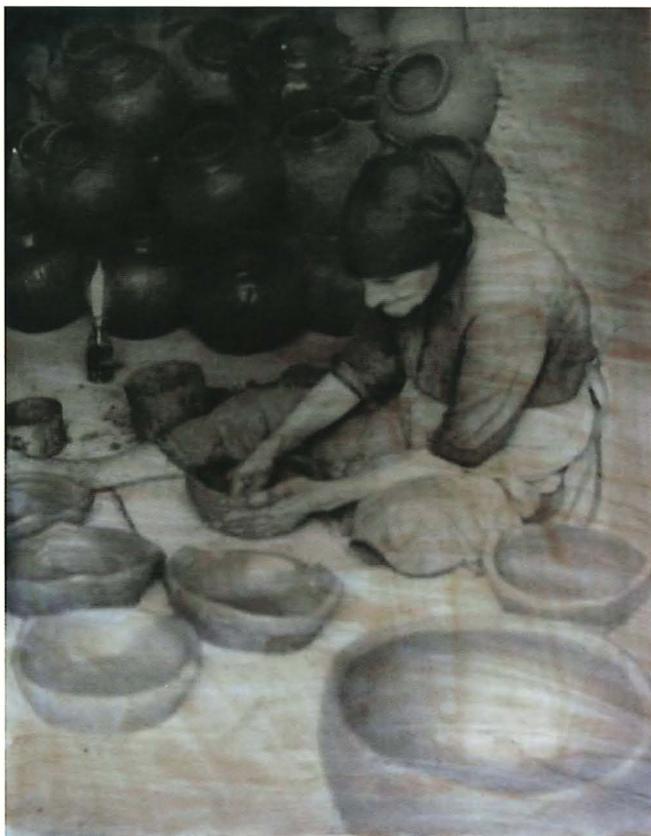
Sección del alfar de La Montaña. Elaboración: Margarita I. Jiménez Medina.

Marcelina era hija de una prestigiosa locera Francisca Suárez García y hermana de las loceras Inés y Alejandra. Nació en Hoya de Pineda en 1922 (APSG. *Libro Bautismos*. N.º 24, folio 133 r.º, 11-VI-1922). Contrae matrimonio con Juan Manuel, en 1942, vecinos en Hoya del Guanche:

(...) *domicilio Hoya del Guanche* (APSG. *Libro Matrimonios*. N.º 13, folio 110 v.º, 29-IV-1942).

Esta locera aprendió el oficio de su madre Francisca Suárez García y los padres de esta figuran en el Archivo Parroquial de Santiago de Gáldar en varias partidas con el

oficio de loceros. En la partida de Bautismo de Matías de 1893 reza lo siguiente:



La locera Francisca Suárez García en La Montaña trabajando en el interior del taller con la luz de un *mechón*. Foto: Francisco Rivero.

(...) hijo legítimo de Andrés Suárez y María García, loceros y vecinos en la Hoya de Pineda; abuelos paternos Juan del Pino Suárez Rodríguez y Catalina Santiago difunta; maternos Juan García Sosa y María Viera...son naturales de Guía el padre y abuelos paternos, de Agaete la madre y maternos (APSG. Libro de Bautismos. N.º 19, folio 176 v.º, 22-XI-1893).

HISTORIA DE LA ALFARERÍA TRADICIONAL EN HOYA DE PINEDA

Juan M. Zamora Maldonado y Antonio M. Jiménez Medina

Estudiado los antecedentes familiares de Marcelina Suárez Suárez, comprobamos que sus abuelos paternos eran primos hermanos, lo mismo que su abuelo materno que también era primo hermano de los anteriores. Asimismo, su abuela materna era natural de Agaete, al igual que sus abuelos maternos, por lo tanto deducimos que su abuela materna aprendería el oficio de la familia de su abuelo materno. Así vemos que sus tatarabuelos maternos y paternos eran los mismos, estos eran los ya estudiados en la fase inicial, Matías Suárez Guillén y Juana Rodríguez (locera 4), esta última es hija de María Manuela Suárez Ramírez (locera 1)

Matías Suárez (M. 1825) Juana Rodríguez
(Locera, 4)

Matías Suárez (M. 1825) Juana Rodríguez
(Locera, 4)

Juan del Pino Suárez (M. 1852) Catalina Santiago

Blas Santiago Silva (M 1849) María Suárez Rodríguez

Juan del Pino Suárez Rodríguez (M. 1852) Catalina Santiago

Juan Suárez Santiago (M. 1874) María del Pino Santiago Suárez

Andrés Suárez Santiago (M) María García Viera

Manuel Suárez Santiago (M) Francisca Suárez García

Marcelina Suárez Suárez (M. 1942) Juan Manuel Suárez Suárez

Antecedentes familiares de Marcelina Suárez Suárez (Alfar de La Montaña)

Símbolos:

M. Matrimonio

PSB. Parroquia Santa Brígida

PG. Parroquia Gáldar

PSMG Parroquia Santa María de Guía

Antecedentes familiares de Marcelina Suárez Suárez (alfar de La Montaña).
Elaboración propia.

3.4. Fase final. Las últimas loceras en Hoya de Pineda y su relación con las primeras sagas alfareras.

Siguiendo la evolución temporal de este Centro Locero es obligado mencionar a otras loceras y loceros relevantes que desempeñaron su trabajo en Hoya de Pineda a lo largo del siglo XX, y su vínculo con las primeras artesanas asentadas en este lugar, rescatando de la memoria colectiva una parte importante de la historia reciente de Hoya de Pineda. La relación de loceras que a continuación se presenta sigue un orden cronológico:

Sebastiana Ildelfonso Vega Suárez. Según la información oral esta era una de las cuatro alfareras que destacaron por la calidad de sus cerámicas. Fue bautizada en



La locera, Sebastiana Ildefonso Vega Suárez. Foto: familia Vega.

Gáldar el 26 de enero de 1876 (APSG. *Libro de Bautismos*. N.º 16, folio 154 v.º, -155 r.º, 26-I-1876) era hija de Juan Andrés Vega Silva y Francisca Suárez Rodríguez, su padre como ya hemos visto anteriormente es la primera persona que en la documentación parroquial consultada aparece con el oficio de alfarero (APSMG. *Libro Matrimonios*. N.º 10, folio 159 r.º, 16-XI-1863). Por lo tanto descendiente de las primeras loceras asentadas en Hoya de Pineda (ver locera 1 y locera 5). Casada con José Ramos Vega, fallece en 1969 a la edad de 93 años (APSMG. *Libro de Defunciones*. N.º 15, folio 39 v.º, 22-I-1969).

Juana Moreno Silva. Nacida en Hoya de Pineda el 22 de abril de 1897 y bautizada el 1 de mayo del mismo año (APSG. *Libro Bautismos*. N.º 27, folio 82 r.º, 1- V-1897). Conocida por sus vecinos como *Juanita la de San Antonio*.



La locera, Juana Moreno Silva. Foto: familia Castellano.

Se casó con Isidoro Santiago Ramos en 1917, quedando viuda veinte años después (APSG. *Libro Defunciones*. N.º 14, folio 117 v.º, 4-VIII-1937). Sus padres eran Pablo Moreno (propietario del Horno del Bujo) y María del Pilar Silva, por lo tanto es descendiente directa de la locera 6. Desarrollaba su labor artesanal en San Antonio y el Bujo. Fallece en 1988 a los 90 años en Hoya de Pineda (APSG. *Libro Defunciones*. N.º 16, folio 120 v.º, 26-III-1988).

Catalina Suárez Ramos. Fue una de las loceras que en esta última etapa daba una mayor calidad a sus piezas, *mana* Catalina, era conocida por esta cualidad, destacando sobre las demás loceras y loceros, hecho que hemos podido cotejar por la observación de parte de su obra que aún se conserva. Catalina nació el día 30 de diciembre de 1892, hija de José Suárez e Isidora Ramos, también loceros según reflejan algunos documentos parroquiales, como en su partida de bautismo:

(...) a quien puse por nombre Catalina hija legítima de José Suárez, locero e Isidora Ramos, Vecinos en Hoya de Pineda... padrinos Juan Andrés Vega y su hija Sebastiana Vega...(APSG. *Libro de Bautismos*. N.º 19, folio 121 r.º, 21-I-1893).

Contrajo matrimonio con Juan Suárez Ramos, en Gáldar en 1908 hijo este de los loceros Joaquín Suárez y Rita Ramos (APSG. *Libro de Bautismos*. N.º 17, folio 85 v.º, 1880). Este oficio también queda reflejado en su partida de matrimonio, donde escribe el cura D. José Romero:

(...) a veinte y seis de diciembre de mil novecientos ocho yo el Párroco de la misma casé a Juan Suárez Ramos soltero locero, de diez y ocho años hijo legítimo de Joaquín Suárez Santiago y Rita Ramos Vega con Catalina Suárez Ramos soltera de quince años hija legítima de José Suárez e Isidora

Ramos, vecinos en Hoya de Pineda (APSG. Libro de Matrimonios. N.º 10, folio 110 r.º, 26-XII-1908).

Catalina dejó de elaborar loza a finales de los años sesenta del siglo XX y es descendiente directa de la locera 2.

Patricia Vega Suárez. Bautizada en Gáldar el 24 de marzo de 1893, es otra de las loceras que destacaban por su habilidad en la alfarería. Hija de Bartolomé Vega Silva y Eloisa Suárez Santiago, sus padres ya aparecen como loceros en su partida de bautismo y anteriormente en la de su hermana Gregoria. El párroco D. José Romero recoge lo siguiente:

(...) Patricia hija legítima de Bartolomé Vega y Eloisa Suárez, loceros vecinos en Hoya de Pineda (APSG. Libro de Bautismos. N.º 19, folio 136 r.º, 24-III-1893).

(...) Gregoria, hija legítima de Bartolomé Vega y Eloisa Suárez vecinos de esta villa en la Hoya de Pineda, Loceros; abuelos paternos Antonio Vega difunto y Francisca Silva; Juan del Pino Suárez Rodríguez y Catalina Santiago González (APSG. Libro de Bautismos. N.º 18, folio 233 r.º, 2-III-1889).

Por parte materna es descendiente de la locera 1 y de la locera 5. Contrajo matrimonio con Joaquín Santiago Moreno en mayo de 1911, éste era hijo de Blas Santiago Suárez y Juliana Moreno García, por lo tanto era descendiente de la locera 6. En la partida de bautismo de su hija Rosalía, aparece con el oficio de pastor (APSG. *Libro de Bautismos*. N.º 22, folio 139 r.º, 8-IX-1912).



Detalle de la lisadera que perteneció a la locera Patricia Vega Suárez. Propiedad de la familia Monzón. Foto: Juan M. Zamora Maldonado.

Francisco Godoy Monzón y Simona Suárez Suárez. Matrimonio de alfareros que desarrollaron su oficio hasta finales de los años cincuenta del siglo XX, nacidos a principios del siglo XX (1905 y 1900), contrajeron matrimonio en Guía en 1923 (APSG. *Libro de Matrimonios*.

N.º 14, folio 14 v.º, 28-V-1923). Simona es descendiente de la locera 1.



Guisandero y Locera, el matrimonio formado por Francisco Godoy Monzón y Simona Suárez Suárez. Foto: familia Suárez.

Juana Ramos García y su marido Juan Suárez Vega.

Juana nació el 22 de enero de 1911, fue bautizada el 25 del mismo mes en la Parroquia de Santa María de Guía (APSMG. *Libro Bautismos*. N.º 30, folio, 208 v.º, 25-I-1908).

Era hija de Antonia García natural de Agaete y de Bartolomé Ramos. Se casó en 1928 con Juan Suárez conocido guisandero, este nació en Gáldar en 1910 (APSG. *Libro de Bautismos*. N.º 22, folio 26 r.º, 5-VI-1910) era hijo de los loceros Nicolás Suárez y Francisca Vega descendiente de las (locera 1) y (locera 5). Juana junto con Julianita a la que la unía una gran amistad participó en numerosos eventos relacionados con esta actividad artesanal, incluso llegaron a

viajar juntas a la isla de Tenerife. La muerte le sorprendió con 67 años (APSMG. *Libro de Defunciones*. N.º 16, folio



La locera, Juana Ramos García. Foto: familia Suárez.

34, 23-VII-1979), cuando realizaba una demostración de bailes canarios en un homenaje que se realizó a los ancianos en Gáldar. Dos meses después de su muerte El Pueblo de Las Medianías del Norte, publicó un pasquín en señal de homenaje, donde aparece una fotografía y algunos datos biográficos de Juana Ramos.

Nicolás Godoy Vega y Juana Suárez Suárez. Nicolás fue locero y también guisandero, hombre emblemático que tuvimos la oportunidad de conocer y entrevistar en varias ocasiones.

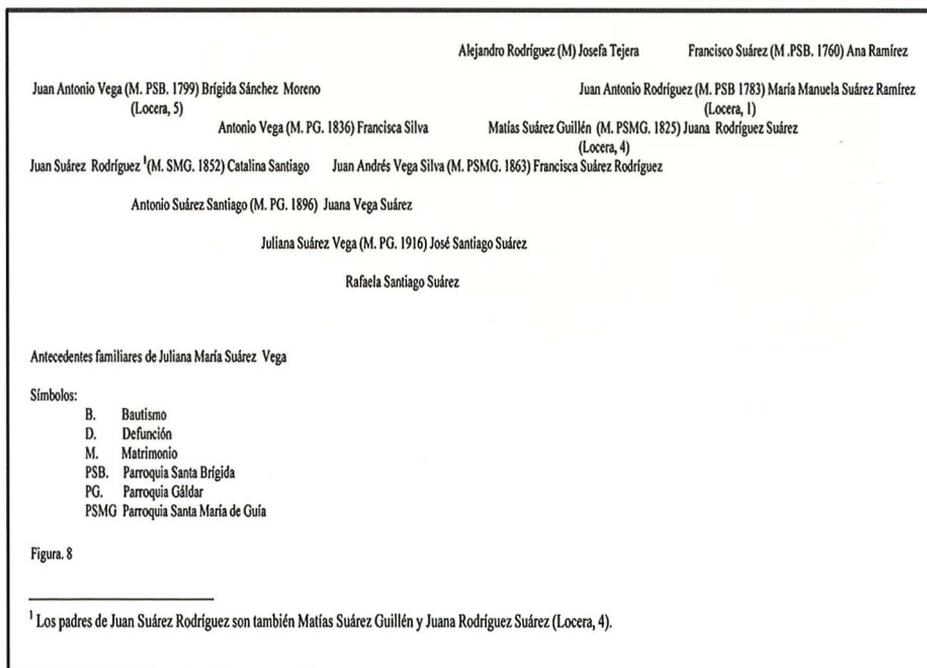


Los loceros, el matrimonio, Nicolás Godoy Vega y Juana Suárez Suárez. Foto: *Diario Las Palmas*, 1982.

Nació en 1914, hijo de los loceros Bartolomé Godoy Monzón y María Guía Vega Gil (APSMG, *Libro Bautismos*. N.º 11, folio 288 v.º, 10-XII-1914), descendiente de la locera 5, que contrajo matrimonio en 1933 con la también locera Juana Suárez Suárez, esta última era hija de otra alfarera

Antonia Suárez García, descendientes por vía materna y paterna de la locera 1.

Juliana María Suárez Vega. Esta mujer entrañable fue, sin duda, la más conocida de las loceras que vivió en Hoya de Pineda. Gracias a ella se pudo conocer la existencia de este centro locero en los años setenta del siglo XX, que es cuando hubo un interés general en conocer esta tradición. Juliana abre los ojos por primera vez en el año de 1916, fruto del matrimonio de Juana Vega y Antonio Suárez (APSG. *Libro Matrimonios*. N.º 12, folio 76 v.º, 10-VI-1896), su padre se había casado en un primer matrimonio con Agustina Vega hermana de su segunda esposa.



Antecedentes familiares de Juliana María Suárez Vega. Elaboración propia.

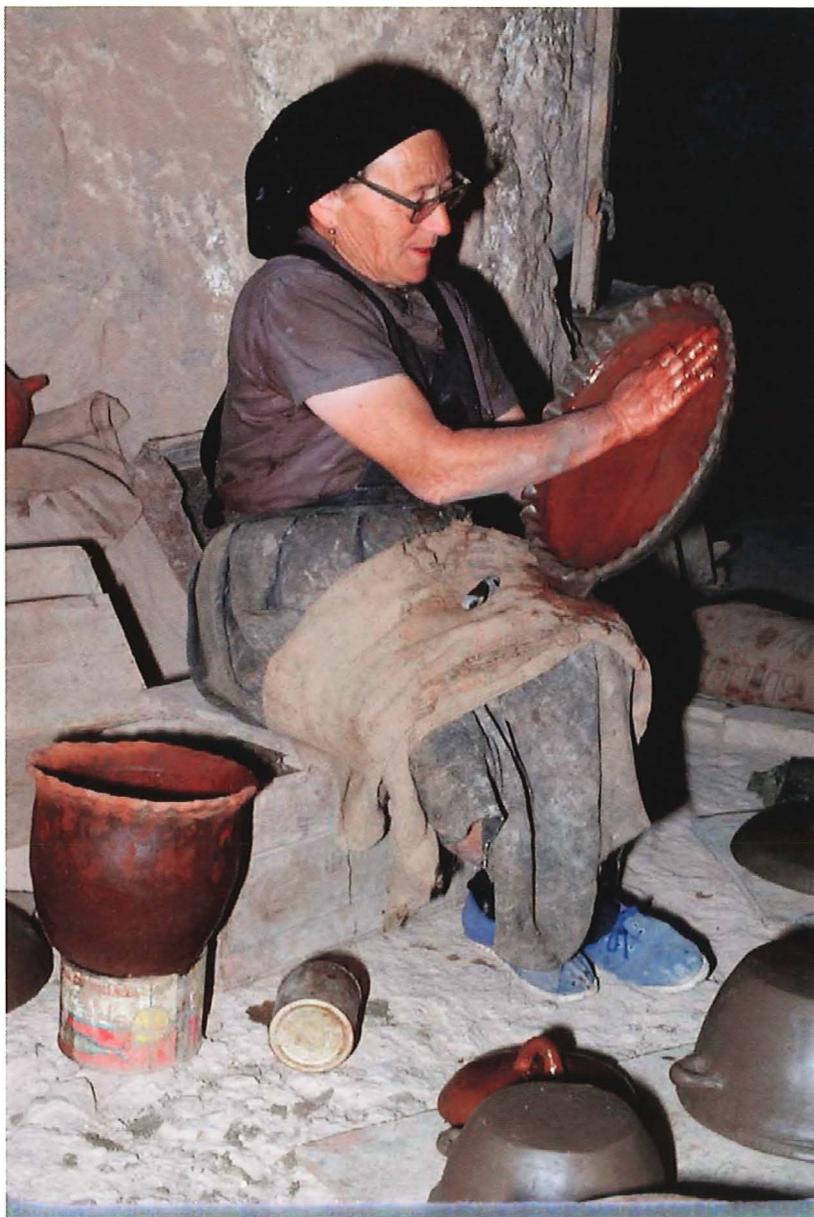
Como hemos visto a lo largo de este capítulo en Hoya de Pineda existió una fuerte endogamia entre sus habitantes, así vemos como la abuela materna de Julianita era hermana de su abuelo paterno, estos lazos de parentesco entre las distintas familias son una constante.

(...) bautizó solemnemente con los nombres de Juliana María, a una niña que nació en La Hoya de Pineda el día quince de este mes a las cinco de la tarde, hija legítima de Antonio y Juana jornaleros casados en esta abuelos paternos Juan Suárez y Catalina Santiago difuntos maternos Juan Andrés Vega y Francisca Suárez (...) (APSG. Libro Bautismos. N.º 23, folio 77 v.º, 23-III-1916).

En este sentido vemos, que la relación familiar que Julianita tenía con los primeros loceros y loceras que aparecen en el Padrón de Población General de Guía es muy estrecha, en sus antecedentes familiares por parte materna y paterna su tatarabuela es María Manuela Suárez Ramírez (locera 1), y también por parte materna es tataranieta de Brígida Antonia Sánchez Moreno y Juan Antonio Vega (locera 5), por lo tanto *Julianita*, estaba relacionada familiarmente con todas y todos los loceros y loceras que aparecen en el Padrón General de Población de Guía de 1834.

Juliana María, esta popular locera maestra de este oficio que no dudó en enseñar sus conocimientos a todo el que se acercó por su taller, participó en numerosas ferias y eventos culturales, tanto en esta Isla como fuera de ella, fue la única locera que de manera continua hasta casi su muerte en el año 2002, practicó en esta localidad esta tradición alfarera. Hoy en día una calle de Hoya de Pineda lleva su nombre. Tuvimos la suerte de entrevistarla en varias ocasiones, recordamos su voz dulce, su mirada cansina de tanta vida, sus manos firmes que levantaron tantos *vasijos*, *esas manos* que guardaban y atesoraban al menos 300 años de tradición locera

familiar. Sus hijas Josefa y Rafaela aprendieron el oficio pero es esta última quien sigue con esta labor.



La locera, *Julianita*, dando almagre a una bandeja, 1976. Foto: Juan F. V. Sosa Guillén.

Rafaela Santiago Suárez. Hija de Julianita y de José Santiago Suárez. Ella es la última locera de esta saga familiar y si nadie lo remedia, cuando ella abandone esta labor será el final de este ancestral oficio en Hoya de Pineda. Bautizada en la Parroquia de Gáldar el 29 de octubre de 1942 (APSG. *Libro Bautismos*. N.º 33, folio 77 v.º, 29-X-1942). Contrajo matrimonio con Paulino Godoy Castellano el 17 de junio de 1960 en Gáldar.



La locera, Juliana Suárez Vega con sus hijas. Foto: familia Santiago.

Diferentes autores (R. González Antón, J. Cuenca Sanabria, S. López García, C. Martín de Guzmán, etc.) mantienen el origen prehispánico del centro locero de Hoya de Pineda, pero la realidad es la que hemos intentado demostrar, a lo largo de este capítulo, con todos los datos

aportados, pruebas evidentes que establecerían la procedencia del pago de Las Cuevas (La Atalaya), como ya hemos apuntado, de todos estos artesanos que aparecen citados en el *Padrón General de la Población de Guía* del año 1834, a excepción de Matías Suárez que procedía de Gáldar.

Por lo tanto, estamos en disposición de afirmar que la actividad locera en Hoya de Pineda (al menos a partir del siglo XIX) fue traída por estas personas procedentes de Las Cuevas de La Atalaya de Santa Brígida, que de manera gradual se fueron estableciendo en este lugar (desde 1806-1808). Incluso podemos observar, a través de la información escrita, cómo se van integrando, contrayendo matrimonios con gentes de Hoya de Pineda, extendiéndose con el transcurso del tiempo la práctica de esta artesanía entre sus habitantes. Sus descendientes actuales, como pudimos comprobar, desconocían esta realidad sobre sus antepasados.

CAPÍTULO IV

EL MARCO HISTÓRICO Y SOCIOLÓGICO

Creemos que es sumamente importante comprender el marco histórico en el que surge la actividad locera en Hoya de Pineda para poder entender las causas y razones que motivaron a las familias de las alfareras a desplazarse desde La Atalaya (foco difusor) a diferentes localidades de la isla (La Aldea de San Nicolás de Tolentino, Moya, Santa Lucía de Tirajana, Tunte (San Bartolomé de Tirajana) y Hoya de Pineda (Gáldar y Santa María de Guía), hecho que sucede como ya indicamos por las mismas fechas. En ese sentido, también es importante comprender la relación que existe entre los procesos tecnológicos y las mentalidades, así según Xuaco López Álvarez:

Ahora bien, como se sabe, la cultura, en un sentido etnográfico amplio, es un sistema organizado, integrado por tres subsistemas o niveles: tecno-económico, sociológico e ideológico, que, aunque el papel principal corresponda al primero, se hallan relacionados entre sí; cada uno de ellos reacciona sobre los otros y es a su vez afectado por ellos (López Álvarez, 1994: 12)

4.1. El marco económico e histórico del siglo XIX.

El marco económico e histórico del siglo XIX en Gran Canaria fue fluctuante, en una sociedad básicamente rural, analfabeta y fuertemente jerarquizada y al igual que el resto del Archipiélago Canario, se vio envuelta en una crisis

económica, social y política que abarca casi toda la primera mitad del siglo XIX.

Este período de comienzos de siglo, lleno de convulsiones, agitaciones y crisis generalizada, se caracteriza por la influencia de cuatro aspectos históricos fundamentales (Brito González, O., 1989: 12) como son:

1. La Guerra de la Independencia (1808-1814). Que supuso un estado y economía de guerra, con movilizaciones de hombres para el abastecimiento de tropas interiores y exteriores, un estado de inquietud y preocupación generalizada en la población canaria por el peligro de invasión napoleónica e incluso británica.

2. El cambio político, a partir de las Cortes de Cádiz (1812), que crea una profunda confusión y convulsión político-institucional, agravada por la crisis financiera y presupuestaria y un caos hacendístico.

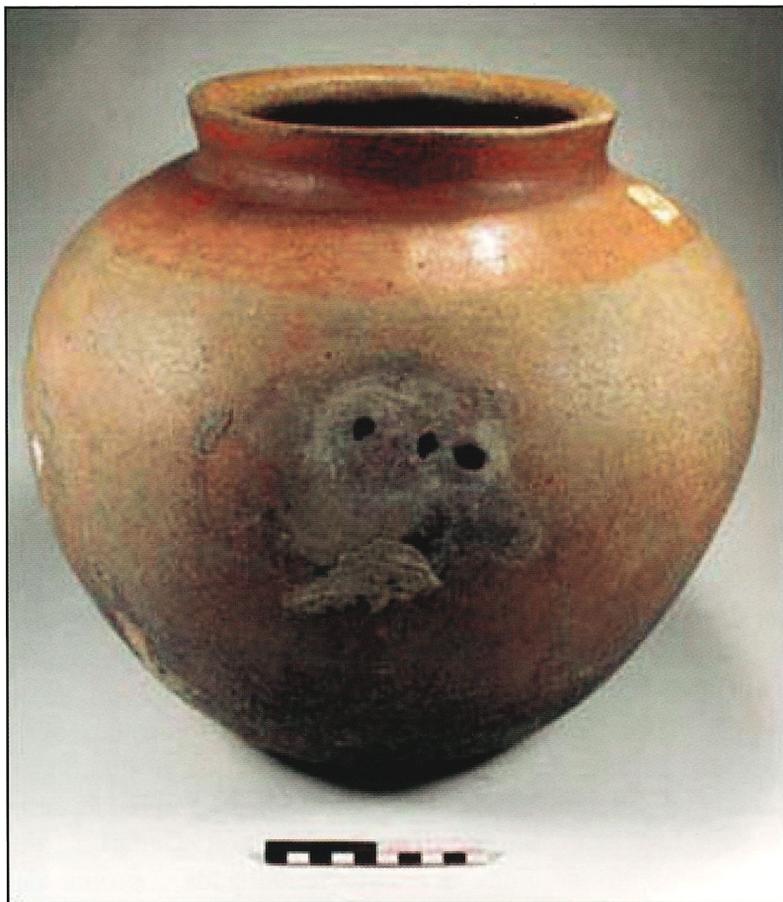
3. La caída del comercio del vino (1814). Que tuvo como consecuencia más inmediata el abandono de este cultivo, la falta de dinero (sin dinero no se puede comprar mercancías y productos necesarios, que obligatoriamente, venían del exterior), de poder adquisitivo y la necesidad emergente de buscar otro producto que sustituyese a la vid (*Vitis vinifera*). En este sentido, hay que recordar que la zona de Santa Brígida fue una gran productora de vino y que la caída de este producto, conllevó, entre otras cuestiones, el abandono de áreas de cultivo, el desempleo de buena parte de la mano de obra (jornaleros) y, consecuentemente, la falta de dinero, la emigración, la dedicación a otras labores, etc. Tal vez, por esta causa, algunas familias de loceras tuvieron que salir forzosamente del pago de La Atalaya al no tener mercado donde vender sus productos, por la crisis generalizada, la fuerte competencia entre muchos talleres, que no encontraban demanda a las piezas fabricadas; etc.

4. El proceso de emancipación americana (a partir de 1811). Que, entre otras cosas, supone el reclutamiento de tropas, lo que deja sin hombres para cultivar la tierra, la imposibilidad de emigrar (oficialmente) a América, así como la falta de llegada y salida de productos. Por lo que, probablemente, los habitantes de los pagos más pobres se vieron obligados a realizar movimientos migratorios en el interior de la Isla, hacia otras entidades donde existieran más posibilidades de subsistencia.

Todos estos aspectos, unidos a una serie de hechos y sus respectivas consecuencias marcaron, indudablemente, una etapa conflictiva y precaria en la isla de Gran Canaria.

Según el Dr. Oswaldo Brito González (1989) el Archipiélago Canario, desde 1800 a 1845 y hasta el siglo XIX, estaba supeditado a un control económico impuesto por la influencia ideológica de los grupos sociales dominantes (que desarrollaban un caciquismo total y absoluto) y religiosa de la Iglesia Católica y dependiente de la jerarquía social local (oligarquía terrateniente y clero) que ejercía un control social y político absoluto, así como sobre la propiedad de la tierra. En este sentido se habla para Canarias del mantenimiento de una sociedad “feudalizada”, propia del Antiguo Régimen”. A su vez, estas características del control social se vieron posteriormente agravadas a partir de las Cortes de Cádiz (1812), con las luchas de poder entre monárquicos absolutistas y constitucionalistas y, más tarde, entre conservadores y liberales, que hacían aún más, potenciar una gran inestabilidad política.

Siguiendo con los planteamientos que, para este siglo, apunta O. Brito González (1989), podemos hablar de dos períodos económicos para el último cuarto del siglo XVIII y el primer tercio del siglo XIX: la etapa que va desde 1770 hasta 1823 y desde 1824 a 1830.



Antiguo Bernegal de Hoya de Pineda, colección fondos FEDAC. Foto: FEDAC.

La primera etapa (1770-1820) se puede considerar como de cierta expansión y mantenimiento del comercio exterior debido, principalmente a la demanda de vinos y barrilla (*Mesembryanthemum sp.* y *Salsola sp.*).

• Mientras que la segunda etapa, de 1820 a 1830, se caracteriza por un fuerte retroceso en el comercio, debido a la bajada de los precios del vino (por la apertura de nuevo de los mercados exportadores europeos, tras las guerras

napoleónicas) y la barrilla, para la fabricación de sosa cáustica. Que, a su vez, se agrava por el mantenimiento de fuertes aranceles, tanto de manufacturas, como de elementos básicos e imprescindibles para la subsistencia.

La primera mitad del siglo XIX presenta una serie de años específicos que nos van a explicar el continuo trasiego y emigración interior que se produce en la isla de Gran Canaria, provocada por los siguientes hechos:

a) Epidemias: que son provocadas, principalmente, por el tráfico de personas y mercancías del Puerto de Las Palmas, así como por la falta de higiene, la mala nutrición y alimentación, la escasez de infraestructuras sanitarias, etc. Entre las epidemias que se desarrollaron en Gran Canaria destacan (Brito González, 1989: 12): 1810-1811; 1840-1841 y 1862-1863 (fiebre amarilla), 1820-1821 (gripe), 1825 (viruela) y 1851 (cólera morbo).

Las consecuencias inmediatas de estas epidemias fueron además de la alta mortandad, la falta de producción de alimentos y la imposibilidad de entrada de mercancías, la prohibición de salir de los pueblos y entidades poblacionales, decretada por la cuarentena, así como el cierre de la emigración hacia América. Lo que supone que la población de Gran Canaria ha de permanecer en el interior de la Isla. Pero una vez que se rebasan las epidemias, la población se mueve y se desplaza a otros puntos insulares.

La epidemia de fiebre amarilla fue especialmente virulenta en la zona de Hoya de Pineda, puesto que según se refleja en el *Libro de bautismos* N.º 13, del Archivo Parroquial de Santa María de Guía, en esta zona hubo que utilizar la ermita, bajo la advocación de San Antonio, para poder bautizar a los niños y niñas, dado la imposibilidad de salir de este pago, por efecto de la cuarentena decretada.

b) Hambrunas: las hambrunas padecidas en esta época fueron consecuencia de las carestías que sufría la isla de Gran Canaria, especialmente por el descenso de la producción de trigo (*Triticum aestivum* L.), (1802-1804) y cebada (*Hordeum vulgare* L.), 1813, lo que incrementa su precio y la reducción de la cabaña ganadera, así como por el descenso de entradas de mercancías, debido a la crisis exportadora e importadora que se padeció entre 1820 y 1830.

De especial relevancia fue el año de 1826, donde el estado de pobreza era generalizada y la crisis económica provocó una situación muy grave, enfatizada, aún más con la continúa y sistemática presión contributiva (se estima como ya se ha expresado, *grosso modo*, en el 33%).

La explicación de este proceso vendría dada por la destrucción del medio ambiente, la continua y sistemática deforestación del monte, la degradación del suelo (con pérdida de suelo agrícola, a pesar del uso de terrazas de cultivo), la escasez de suelo cultivable, el cambio climático que ya se empezaba a notar, la gran presión demográfica (debido al exceso de población), la falta de nuevas técnicas y sistemas agrícolas, la falta de modernidad de las estructuras agrarias, la relativa escasez de hombres (que cultivaran la tierra y pastaran al ganado) fallecidos en las epidemias o destinados a las tropas que lucharon en América y la casi inexistencia de entrada de mercancías. De hecho, gracias a la ayuda de la América inglesa, expresada en harina, millo (*Zea mays* L.), etc., una parte de la población canaria pudo sobrevivir esta penosa y dura etapa.

Este proceso de pobreza generalizada y estancamiento económico se ve reflejado en varios informes emitidos por la Real Sociedad Económica de Amigos del País, así como por el propio *Foring Office* británico (Brito González, 1989).

Otro hecho destacado es la propia dinámica y evolución de la población canaria, en general y grancanaria, en particular. Así tenemos que:

- Durante casi todo el siglo XIX, el 90% de la población era analfabeta. Este dato plantea que Canarias era la región de todo el Estado Español y del Occidente Europeo con más bajo nivel cultural.

- En 1860, según el Censo de población, el 70% de la población activa era eminentemente agraria, predominando los jornaleros (mayoritarios) y medianeros (en segundo lugar), frente a otros grupos (agricultores, pastores, artesanos, pescadores, marineros, etc.). De este porcentaje, a su vez, la mayor parte de la población (se desconocen las cifras exactas) estaría sumida en una gran marginalidad económica y social.

- En 1860, según el Censo de población, el 45% de la población era menor de 20 años, siendo por tanto una población muy joven, donde predominaba una alta tasa de natalidad (45-50 por 1.000, máximo biológico, es decir una media de 5 ó más hijos por mujer casada o viuda, además de los hijos ilegítimos o expósitos), a pesar de la alta tasa de mortalidad infantil propia de esta época (200 por 1.000) (Brito González, 1989: 68).

- Aproximadamente menos de un 25% de la población vivía en ciudades o villas (como Las Palmas de Gran Canaria, Telde, Santa María de Guía, Gáldar o Arucas), por tanto predominaba la residencia en núcleos de población rurales.

- En 1805 el censo de Canarias revela una población que ronda los 194.510 habitantes, en 1860 pasa a ser de 237.036 habitantes (Jiménez Romera, 1868: 8), lo que constituye, para la época, un alto número de habitantes.

Por otra parte, existe en el Archipiélago un control rígido absoluto de la propiedad de la tierra, en manos de la “burguesía rural”, que adquiere la titularidad de la tierra mediante unas relaciones matrimoniales fuertemente endogámicas, tendente a evitar los procesos de fraccionamiento de los patrimonios históricos, en respuesta a la eliminación jurídica de los mayorazgos y vinculaciones (Vid Suárez Grimón, 1987). De hecho, se calcula que los trece mayores contribuyentes del Archipiélago controlan más del 80% de la propiedad agraria de las islas (Brito González, 1989: 74).



El locero Nicolás Godoy mostrando su obra, años setenta. Foto: familia Castellano.

A todo esto habría que añadirle la serie de motines, algaradas y enfrentamientos, especialmente por el control de la tierra y la falta de alimentos, que se desarrollaron en Gran Canaria, donde sobresalen los motines de 1800, en Arucas,

según el Dr. Ramón Díaz Hernández (1990), de 1808, en La Aldea y desde 1808, 1810, 1814, hasta 1820 y 1823, en la Montaña de Doramas. De todos estos, hay que destacar el conocido motín de la Montaña de Doramas, protagonizado por vecinos de los pueblos de Guía, Teror, Arucas, Firgas y Moya (Suárez Grimón, 1987 y 1991: 504-505) motín relacionado con la masiva ocupación del monte público grancanario, originado por la gran presión demográfica, debido al exceso de población provocado, por un lado, por el alto número de habitantes propios de la isla y también a la llegada masiva de emigrantes de las islas periféricas.

La ocupación de los montes, especialmente de la Montaña de Doramas, el Monte Lentiscal y el Pinar de San Bartolomé de Tirajana, se debe a la búsqueda de tierras de cultivo, la necesidad de obtener leña e inclusive, la búsqueda de un asentamiento para construir una vivienda, generalmente en cueva, o bien en superficie.

Además, con los procesos desamortizadores de 1836 (Mendizábal) y 1855 (Madoz), los montes públicos se verán afectados gravemente, al favorecer los incendios de talas, para evitar, así, la previsión legal que los excluía de la venta.

En palabras del Dr. José Miguel Pérez García:

La estructura de la población activa reflejará también durante muchos decenios la existencia de una economía predominantemente agraria y sometida a fases de dificultad que tienen en el hambre, la alta mortalidad, los elevados índices de analfabetismo y la pervivencia de epidemias graves, sus más negativas secuelas (en Lobo Cabrera, 1994: 367- 368).

Como muy bien ha planteado el Dr. Pedro Quintana para esta época:

La primera mitad del siglo XIX en Gran Canaria no fue un período propicio para su

expansión demográfica y económica. Las graves epidemias de 1811-1813 de fiebre amarilla o la de 1851 de cólera morbo, amés de otras relacionadas con el tabardillo, se unieron a las drásticas hambrunas como la de 1843-1844 o la reiterada presencia de langosta berberisca [Schistocerca gregaria]. A estos males se sumaron el devenir sociopolítico de la nación y el creciente proceso de degradación económica de los grupos medios y bajos de la población de la isla. La galopante inflación registrada a fines del Setecientos y en las dos primeras décadas de la siguiente centuria se unieron a la caída de las exportaciones, a la creciente dependencia del exterior y a la falta de alternativas económicas válidas para mejorar el panorama general. El policultivo de abastecimiento al mercado interno y regional fueron los principales pilares productivos en Gran Canaria, aunque no evitó una importante sangría de sus vecinos que emigraron hacia América. La presión del sector propietario sobre el campesino generó una sensible caída de su poder adquisitivo y un empeoramiento de sus condiciones económicas, al estar obligados los aparceros y medianeros a entregar más rentas, realizar mayor número de horas de trabajo y tener peores condiciones contractuales. El empobrecimiento de los pequeños propietarios, jornaleros y braceros dio lugar a un incremento de la precariedad en las condiciones higiénico-sanitarias, educacionales y de la propia vivienda. A comienzos del siglo el hábitat en cuevas debio aumentar, recogiendo parte del incremento de los efectivos demográficos, los pobres de solemnidad, los emigrantes forzosos y los desplazados de los núcleos principales hacia las áreas de cultivos marginales o de subsistencia. (...) en Guía de los 485 vecinos registrados en las zonas rurales del extrarradio el

82,4% eran trogloditas, representando éstos el 52% del vecindario registrado en el término; (...) En las zonas rurales la tendencia al trogloditismo se incrementará desde inicios del Ochocientos hasta el último tercio de la centuria, cuando la situación económica y la estructura productiva comienzan a modificarse con la progresiva atracción laboral de las áreas urbanas. (Quintana Andrés, 2008: 120-121).

Todos estos aspectos inciden en plantear y reafirmar que, sin dudas, el período de tiempo que va desde comienzos hasta mediados de siglo se presenta como el más importante momento de carestía y crisis generalizada de todo el siglo XIX, alcanzando las primeras décadas del siglo XX.

Sólo con la introducción del cultivo masivo de la tunera (*Opuntia ficus indica*), para la obtención de la cochinilla o grana (*Coccus cacti*) de la cual se obtiene un tinte carmesí intenso, utilizado como colorante textil, a partir de 1845, con el posterior desarrollo económico que suscitó, hasta 1876, la economía canaria no se ve relanzada y, poco a poco, se va superando una crisis, que aún no siendo la única del siglo XIX, puesto que a partir de 1876 se desarrolla una nueva crisis por la caída de los precios de la cochinilla (por la introducción de colorantes sintéticos, entre otras razones), si bien a finales de siglo comienza a cultivarse de nuevo la caña dulce o caña de azúcar (*Saccharum officinarum*) y, posteriormente, hace su aparición el cultivo de la platanera (*Musa acuminata cavendishii*) y del tomatero (*Lycopersicum esculentum* Mill.), éstos últimos verdaderos impulsores de la economía canaria hasta casi el último cuarto del siglo XX.

Sin embargo, distintos estudios demuestran que todas estas crisis no afectaron a la demografía del Noroeste grancañario, que se vio incrementada por gentes venidas, sobre todo, de otros puntos de la isla. Durante un siglo la población se duplica de 3.336 habitantes en 1688, a 6.868 en

1787, llegando en el siglo XIX a los 8.015 habitantes (Macías Hernández en Bethencourt Massieu y otros, 2003: 229).

Otra realidad más era el alto grado de mortalidad infantil que se mantenía en Canarias hasta los años cuarenta del siglo XX, con unas tasas del 122 por mil debido principalmente al escaso nivel higiénico, sanitario y además al acentuado retraso socioeconómico (Guigou y Acosta, 2004: 15).

Salir de las islas fue la alternativa que muchos canarios eligieron a lo largo de nuestra historia. El fenómeno de la emigración a la isla de Cuba también se dejó sentir en Hoya de Pineda:

El marido de una tía mía que se llamaba Eloisa se marchó pa Cuba y se que tanta gente se marchó, me decía los cuentos mi madre. También se fueron Teodoro y Cecilio que eran hijos de una tía mía (D.^a Juliana María Suárez Vega, 83 años, Hoya de Pineda, Gáldar, X- 2000).

4.2. Las condiciones sociales y económicas las loceras.

Todos estos argumentos explican la precariedad en que vivían las familias de las loceras debido a las condiciones sociales y económicas, como así lo atestiguan los *Libros de Matrícula o Padrones Parroquiales* de Santa María de Guía, donde aparece un apéndice de familias pobres feligresas de la misma, entre las que se encuentran casi todos los habitantes de La Hoya del Guanche.

También en algunas de las partidas de defunción, queda reflejado de manera clara las condiciones económicas de estas personas. Como ejemplo de lo reseñado leemos en los siguientes documentos:

(...) Juana Rodríguez natural de La Vega de Santa Brígida (locera, 4) vecina de La Hoya de Pineda, viuda de Matías Suárez, 64 años de edad hija de Juan Ramírez y María Ramírez murió de enfermedad común, no testó por ser pobre... (APSMG. Libro de Defunciones. N.º 8, folio 43 r.º, 14-I-1868).

En el cementerio parroquial de María Santísima de Guía en la isla de Canaria a primero de noviembre de mil ochocientos cincuenta y nueve fue sepultado José Gutiérrez (locero 6) legítimo marido de Catalina Almeida que falleció a las ocho de la noche de edad setenta y dos años, hijo legítimo de Fernando Gutiérrez y Francisca Barrios naturales de la Vega de Santa Brígida y vecinos de esta Villa en la Hoya del Guancho, recibió los Santos Sacramentos, no testó por ser pobre y para que conste lo firme Francisco Bernardo Guerra (APSMG. Libro de Defunciones. N.º 7, folio 90 v.º, 1-XI-1859).

En el cementerio de Santísima María de Guía a diez y ocho de marzo de mil ochocientos cuarenta y uno fue sepultada Brígida Sánchez viuda de Juan de Vega hija legítima de José Sánchez y Antonia Tejera difuntos naturales de santa Brígida, residentes en La Hoya de Pineda no recibió los Santos Sacramentos ni testó y se enterró como pobre y era de edad de sesenta años doy fe (APSG. Libro Defunciones. N.º 9, folio 2 r.º, 18-III-1841).

A lo largo de las primeras décadas del siglo XX, las mujeres y hombres de Hoya de Pineda, también desarrollaron otras actividades económicas (búsqueda de estiércol, de leña, pozos de agua, la agricultura, servicio doméstico...) que les obligaba a abandonar la loza o a compaginarla con esta nueva actividad temporal. Con el tiempo se fue abandonando el

trabajo de la loza definitivamente, cuando ellas o sus cónyuges encontraban trabajos mejor remunerados:



La locera Inés Suárez Suárez, 2005 La Degollada en Hoya de Pineda. Foto: Juan M. Zamora Maldonado.

Mi marido se fue a trabajar a Las Palmas y abandonamos la loza. Las mujeres de aquí trabajamos mucho en plataneras, en los tomates, acarreando estiércol y tierra, y de todo, ¡ mi hijo!, cuando estábamos en la zafra seis, siete meses no se hacía loza (D.^a Inés Suárez Suárez, 80 años, Hoya de Pineda, 1-VII-2005).

Yo llegué a ir a Gádar y Guía más de veinte mil veces con un manajo de pasto a venderla pa estiércol, me daban, 5 perras o 3 perras, según lo que llevara. También juntábamos la paja de la gamona en La Montaña de Guía, apañarla, jacer manojos, cargala como Dios nos encaminaba y después ir a Fuerte Becerril a venderla a perra el kilo. Eso si lo pido a Dios porque era mucha el hambrita que se pasaba, mi marido se pegaba toda la semana

trabajando pa ganar seis duros que se iban en nada. Y mi padre dice que trabajaba en la Joya en aquella casa grande pa ganar medio almud de mill (D.^a Inés Suárez Suárez, 80 años, Hoya de Pineda, 1-VII-2005).

Yo estuve trabajando en esto de la loza hasta los doce o trece años y después fui a trabajar a los tomateros y después con dieciocho años me fui a trabajar a las Palmas hasta la fecha (D. Juan Godoy Suárez, 65 años, Hoya de Pineda, VIII-2006).

Deseando que mi marido tuviera trabajo, teníamos, los niños chicos y siempre pegada a la loza y guisábamos a lo mejor a los dos meses o tres y cuando íbamos a pagar en la tienda no teníamos con que pagar algunas veces (D.^a María Santiago Moreno, 79 años, Hoya de Pineda, 29-VIII-2006).

Los habitantes de Hoya de Pineda tenían pequeñas huertas donde cultivaban entre otros productos papas (*Solanum tuberosum*) y millo (*Zea mays*). También poseían animales domésticos cabras (*Capra hircus*), gallinas (*Gallus*) y alguna que otra familia disponía de alguna vaca (*Bos taurus*):

Antes todo el mundo tenía sus cabras [Capra hircus], me acuerdo mi padre tener un huerto aquí arriba encima de las cuevas donde trabajaban la loza, allí tenía las cabras, eso se ha enterrado todo (D. Antonio Suárez Santiago, 80 años, Hoya de Pineda, 13-X-2006).

*Mi padre llegó a tener buenísimas cabras y ordeñaba dos veces al día, cabras que daban hasta tres litros de leche, mi padre les echaba de ración habas [*Vicia faba*, *Broad bean* f.] que se compraban secas y las ponía de remojo se engofaban con aceite y gofio y eso era la ración de los animales, el canto*

de la nata ¡Madre mía! (D.^a Carmen Monzón Suárez, 75 años, Hoya de Pineda, 30-IX-2006).

En los años más difíciles, en los tiempos de crisis económica, gracias a la loza muchas familias de Hoya de Pineda pudieron seguir adelante en la lucha por la vida, hecho que demuestra el porqué esta labor artesanal sobrevivió durante siglos, hasta que dejó de ser rentable por distintas razones económicas y culturales, sobre todo por la aparición de nuevos recipientes elaborados con materiales que son más económicos y duraderos (plástico y distintos metales) y sin olvidar las mejoras en la vida laboral, que producen un cambio de mentalidad que destierra definitivamente esta forma de vida:

Usted sabe que en un tiempo no hubo trabajo, después de la Guerra [1939], mi marido trabajaba en pozos y galerías y nos pusimos todo a la loza, el traía la leña y el barro y también aliñaba la loza de agua y de almagria lo que no hacía era rasparla y alargarla porque eso no lo sabía hacer él (D.^a Inés Suárez Suárez, 80 años, Hoya de Pineda, 1-VII-2005)

Mi madre se quedó viuda con treinta años y con seis hijos, yo tenía ocho años cuando mi padre murió y detrás de mi habían tres más y delante dos, gracias a mi abuela ¡la pobre!, recuerdo que íbamos caminando a Gáldar y Marmolejo con la loza a pela, para vender la locita. Y le decía la gente a mi abuelita - ¿Cuánto es mana Sebastiana?- Y ella decía -Yo no quiero dinero sino comida para mis nietos - Y la gente nos daba millo [Zea mays] y papas [Solanum tuberosum]- (D.^a M.^a Carmen Rodríguez Ramos, 70 años, Hoya de Pineda, 21-X-2006).

En los años sesenta muchos de sus habitantes se van a vivir a otras poblaciones con más identidad económica como Gáldar, Guía y Las Palmas de Gran Canaria. En agosto

1982 el desaparecido periódico *Diario de Las Palmas*, publica una pequeña entrevista titulada ¿Se terminan los artesanos? realizada por Carmen Corredor a los alfareros de Hoya de Pineda, Juliana Suárez y Nicolás Godoy, que concluye con las siguientes palabras:

Hace unos sesenta años la población se dividía entre la alfarería y los cultivos de secano. Pero poco a poco los jóvenes fueron emigrando a Las Palmas rompiéndose así la tradición de seguir con la cerámica. Hoy sólo dos personas la continúan (Corredor, 1982:10).

4.3. Algunos aspectos lúdicos y culturales.

Dentro de toda esta lucha por la existencia, los habitantes de Hoya de Pineda, al igual que el resto de la población rural de Gran Canaria, buscaban tiempo para el baile y otras formas lúdicas de relacionarse. En este pago casi todos los domingos se organizaban bailes, en el lugar conocido como La Cueva del Baile.

Los cantares y otras composiciones tradicionales también se practicaron por parte de los habitantes de Hoya de Pineda, cuya temática hacía alusión a su forma de vida alfarera.

Según el investigador y profesor de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria J. Yeray Rodríguez Quintana, los textos recopilados en Hoya de Pineda podrían denominarse cantares, puesto que quizá, a excepción de un romancillo, todos son textos cantables (incluso el propio romancillo lo podría llegar a ser).

Recuerdo que mi madre me contaba que a mana Sebastiana en un baile un hombre que estuvo preguntando de donde era, le cantó y ella le contestó:

*Toda mi vida apenado
por una novia locera,
pa donde quieran que van,
van a la buena carrera*

*Preguntaste si supiste,
donde era mi proceder
y yo sin preguntar supe,
donde era el tuyo también*

(D.^a María Santiago Moreno, 79 años, Hoya de Pineda, 29-VIII-2006).

Estos dos cantares, según el citado Dr. Yeray Rodríguez, son exactamente dos coplas, cuatro versos octosílabos, cuyos pares riman en asonante, pese a que el primero tenga rima consonante, puede denominarse copla a ambas composiciones.

*Allí cerca del Bujo hacía loza una que se
llamaba María Basilia y recuerdo de oírle cantar:
A la muerte que no venga
Que yo no le doy regalo
Cuando yo me quiera ir
Yo le mandaré el recado.*

(D.^a Carmen Monzón Suárez, 75 años, Hoya de Pineda, 30 – IX-2006).

Al igual que los anteriores, se trata de una copla, según el citado Dr. Yeray Rodríguez, pues riman los pares en asonancia.

*Otro cantar de la gente de Hoya de Pineda
que recuerdo y que habla de la loza es este:*

*De la Degollada soy señores
Talayero soy y vendo tallas*

*A la una estuve en Guía
A las dos en La Atalaya.*

(D.^a Carmen Monzón Suárez, 75 años, Hoya de Pineda, 30 – IX-2006).

Este cantar, para el Dr. Yeray Rodríguez, en principio es también una copla, si bien los dos primeros versos no guardan regularidad métrica, esperable, puesto que no tienen ocho sílabas, sino más. Hay que tener en cuenta que los cantares, como testimonio oral que son, perviven en variantes que, en ocasiones, se alejan de las pautas métricas que los rigen. Es probable que el contenido sea el original, pero no la forma, o que haya sido un cantar adaptado a otra realidad y dicha adaptación haya alterado la necesaria regularidad métrica.

*En Telde hice un cigarro,
en Las Palmas lo cerré,
en Arucas le di fuego,
y en Guía me lo fumé.*

(D.^a María Santiago Moreno, 79 años, Hoya de Pineda, 29-VIII-2006).

Para el citado Dr. Yeray Rodríguez, este cantar es otra copla. Puede parecer, a priori, que el primer verso es heptasílabo, con lo que le faltaría una sílaba, pero hay que tener en cuenta la pronunciación de “hice” que, todavía, se advierte en algunos casos en Canarias y que no es otra que la de una aspiración -“jice”- que rompe la posibilidad de sinalefa y con ello permite al verso alcanzar las ocho sílabas.

Vemos que una constante de estos cantares es la alusión a la premura y movilidad que por lo general requería la venta de la loza.

En relación con estos cantares, en diciembre del año 1973 se publicaba en el desaparecido *Eco de Canarias* un

pequeño artículo sobre el centro locero de Lugarejos (Artenara) firmado por D. Ervigio Díaz Bertrana, este autor recoge de Zaragoza Cabrera, una vecina del lugar, algunos cantares que hacen alusión a la loza.

*Caminito de las Nieves
llevo a vender mis porrones,
bajando terraplenes
del Hornillo a los Ancones.*

Esta estrofa, para el Dr. Yeray Rodríguez, aunque podría denominarse cuarteta, puesto que no sólo riman los versos pares, sino también los impares, puede considerarse también copla, puesto que en ocasiones la rima de los versos impares en la poesía popular corresponde no a un deliberado intento de alcanzarla, sino a una casualidad y hay autores que prefieren referirse a la cuarteta únicamente cuando ofrece rima consonante. Se advierte, no obstante, que el verso número tres tiene siete sílabas y puede deberse, entiende el Dr. Yeray Rodríguez, a un error de transcripción de D. Ervigio, o una errata del periódico, más que a un error original o de doña Zaragoza. Entiende el Dr. Yeray Rodríguez que debe decir “bajando los terraplenes”, o “voy bajando terraplenes”.

*Con el barro de Tamadaba
hago lebrillos.
Donde el pan amasaba
para mis niños.*

Esta estrofa, continúa apuntando el Dr. Yeray Rodríguez, aunque presenta ciertos desajustes métricos, en el primer verso, podría ser “con barro en Tamadaba”, que se atribuiría o bien a un error de transcripción o una errata tipográfica, corresponde en principio al esquema de una

seguidilla: heptasílabo + pentasílabo + heptasílabo + pentasílabo, con rima en los versos pares, aunque en esta ocasión, también riman los impares.

*Para Teror me voy
a vender tallas.
Aligera el camino
Virgen canaria.
Son veredas estrechas
y puede que caiga.*

Esta estructura estrófica, para el Dr. Yeray Rodríguez, sigue nuevamente con desajustes con desajustes métricos en el primer verso y en el último, sigue el esquema, aunque le falta un verso que vuelve a plantearnos dudas acerca de la transcripción o de la naturaleza de la versión conocida por la informante, de la seguidilla compuesta. Al esquema de la seguidilla simple se suman otros tres versos: pentasílabo, heptasílabo y pentasílabo. Los dos pentasílabos riman en asonante. En esta ocasión faltaría el primer pentasílabo, el verso número cinco, si damos por buena la estructura de la seguidilla compuesta.

*À las de Guía les traigo
tallas de agua.
Para que amasen el trigo
y limpien el alma.*

Esta estructura, sigue apuntando el Dr. Yeray Rodríguez, plantea dudas, puesto que en principio parece, nuevamente una seguidilla, pero los dos versos que deberían ser heptasílabos, el primero y el tercero, son octosílabos y el último no es pentasílabo sino hexasílabo. Se decanta el Dr.

Yeray Rodríguez por pensar que se trata de una seguidilla, puesto que entiende, por ejemplo, que el “para” del tercer verso bien pudo pronunciarse en su forma apocopada: “pa”.

*A los de Artenara
que están más cerquita.
Palmatorias llevo
para la Cuevita.
Con velas de barro
que el sol no marchita.*

Esta estructura, concluye el citado Dr. Yeray Rodríguez, aunque breve, puede considerarse un romancillo, una composición en versos hexasílabos cuyos pares riman.

Asimismo, otros aspectos jalonaban sus vidas era la creencia en brujas, en almas en pena, todo un universo



Pequeña cántara elaborada por la locera Juana Moreno Silva. Propiedad familia Castellano. Foto: Juan M. Zamora Maldonado

mágico cargado de supersticiones que rodeaban la vida de estas gentes, creencias que no encajan en nuestra mentalidad y sociedad actual, pero no cabe duda que desempeñaron una función importante en el equilibrio de la lucha universal del bien y del mal, en este mundo la muerte y los antepasados siempre estaba presente en todo momento.

En nuestros diversos trabajos de índole etnográfico siempre hemos recogido algunas de estas historias, valioso legado cultural, donde se une lo real y lo irreal, donde la oralidad era el mecanismo de transmisión y que en nuestros tiempos se ha roto, y por lo tanto van desapareciendo en el olvido de manera irreversible:

Habían brujas de verdad, tú sabes donde le dicen El Bujo, allí recuerdo de oírle a mi suegra, que cogieron a la bisabuela de Inés y la tiraron abajo cerca del muladar en el risco y volvieron las brujas y la sacaron (D.^a Carmen Monzón Suárez, 75 años, Hoya de Pineda, 30-IX-2006).

Otra historia, ya estaba mi suegro malo y le dijo -Patricia levántate pa que hagas el café que ya viene la parranda cantando, se levanta mi suegra y los siente cantando y tocando una parranda y dice que esperando y venga esperando cuando dice mi suegra que la luna parecía el día se asomó un poco más afuera y dice que se oyó de frente con unas risas y carcajadas – ahí Patricilla que te íbamos a levantar pa hacer el café y somos las brujas- (D.^a Carmen Monzón Suárez, 75 años, Hoya de Pineda, 30-IX-2006).

Mi abuela Dominga se iba a morir y le pidió a mi tía -Lo que te pido por favor es que vayas a Guía y vengas pronto, me traes una lengüillas de ca Luterina [dulces elaborados con claras de huevos] y si no me

lo como se lo comen ustedes, me traes tres metros de cinta - era una cinta blanca ancha que se usaba antiguamente para las talegas y vienes pronto- la cinta era para que la amarraran. Nadie tenía miedo de guardar una sábana blanca para envolverla cuando muriera, antes la mortaja no era como ahora. Mi tía le dijo - Madre porqué está diciendo que se va a morir- Si mi niña yo creo que tu no llegas a tiempo de Guía, date prisa a ver si llegas a tiempo- . Y cuando llegó mi tía de Guía, le dijo - Madre la bendición de Dios- . Y mi abuela contestó - Mi niña que la bendición de Dios te acompañe. Y se murió, mi abuela esperó que llegara mi tía para morirse. Esto es un misterio grande (D.^a Carmen Monzón Suárez, 75 años, Hoya de Pineda, 30-IX-2006).

CAPÍTULO V

LA ELABORACIÓN Y VENTA DE LA LOZA EN HOYA DE PINEDA

En este capítulo no se pretende realizar un manual sobre la elaboración de la cerámica en Hoya de Pineda, nuestro objetivo es acercarte a este proceso relatado por sus protagonistas, y de esta manera, tener una visión sobre este complejo proceso alfarero, necesario ya que es de suma importancia a la hora de evaluar este bien cultural. Todavía en la actualidad parte de este legado es practicado, eso si, de



El locero Blas Godoy Santiago trabajando sentado delante de su horno finales de los ochenta. Foto: familia Godoy.

manera cada vez más ocasional por la locera Rafaela Santiago Suárez, a la cual tuvimos la suerte de observar en repetidas ocasiones elaborando loza, y así poder comprender de una manera certera toda la información que al respecto hemos ido compilando a lo largo del tiempo y que a continuación expondremos.

Este oficio se aprendía en el seno familiar desde muy temprana edad, pero existieron casos de mujeres no originarias de Hoya de Pineda y que por matrimonio fueron a vivir a este lugar, donde llegaron a aprender esta labor, como le sucedió a la abuela de la locera Dolores Suárez Ramos:

Mi abuela Antonia García era del Valle de Agaete y aprendió el oficio con gente de aquí que la trabajaba (D.^a Dolores Suárez Ramos, 78 años, Hoya de Pineda, 13-X-2006).

5.1. Obtención, transporte y preparación de las materias primas.

Las materias primas se obtienen en el medio natural, no tienen coste económico y se localizan relativamente cerca de Hoya de Pineda, a excepción de la leña. El transporte o acarreo de estos materiales en el pasado reciente era manual, hoy en día para estos menesteres se usan medios mecánicos.

5.1.1. El barro.

El barro se localiza en La Montaña de Guía en el lugar conocido también con los nombres del Blanquizal o Castillejos según los informantes, la barrera estaba ubicada entre la cabecera del Barranquillo de La Higuerrilla y La Hoya del Cuchillo. Al sitio de extracción se accedía antiguamente a pie desde Hoya de Pineda, acortando la distancia por una antigua tubería de agua que viene desde San José del Caidero

de Gáldar, pasa por La Degollada en Hoya de Pineda y continúa por la Montaña de Guía. El barro se sacaba por medios manuales con la ayuda de sachos y picos, había que retirar la capa superior de suelo para localizar la arcilla óptima. No se almacenaba mucho barro en el alfar, sino que se traía con cierta frecuencia a medida que se gastaba:



Detalle de fosa excava para la extracción del barro en La Montaña. Foto: Juan M. Zamora Maldonado.

*La gente de Hoya de Pineda venían caminando por una tubería que venía de San José del Caidero hasta aquí y salían por la parte que conocemos como El Salviar, a buscar el barro venían mujeres, niños hombres, donde cogían el barro se llama El Blanquizal. Mi madre me decía que todo esto era de mi abuelo Juan Suárez que le decían el Rey de La Montaña de Guía, toda esta montaña se plantaba de trigo [*Triticum aestivum* sp.], cebada [*Hordeum vulgare*], centeno [*Secale cereale*], lentejas [*Lens culinaris*], chicharos [*Pisum* sp.] y habían muchos animales (D. Pablo Melián Suárez, 76 años, Montaña de Guía, 12- VII- 2005).*

Íbamos a la Montaña a sacar el barro en un sitio que le dicen el Castillejo, se le da pa atrás a la capa de arriba y el barro bueno estaba debajo, lo cargábamos y pesaba como un demonio, porque está debajo, estaba húmedo y yo como nunca he podido cargar porque tengo la columna jodía con tres pellitas me venía (D.^a Tomasa Suárez Santiago, 85 años, Hoya de Pineda, 7-X-2006).

Íbamos a la Montaña de Guía la juventud los muchachos y las muchachas y nos divertíamos, porque los muchachos eran los que sacaban el barro con una sachuela, íbamos enamorando y trabajando. Luego lo llevábamos y lo poníamos en el suelo a secarlo. Había veces que cogíamos lo sacábamos los mayores y después lo poníamos en el Blanquizal que había una cueva, lo poníamos allí para que se secase y cuando estuviera seca íbamos a buscarlo (D.^a María Santiago Moreno, 79 años, Hoya de Pineda, 29-VIII-2006).

Íbamos andando por el camino de La Sabina a buscar el barro a la Montaña, cerca de una mareta en un llano grande de arriba abajo que le dicen El Blanquizal. Y lo traíamos en sacos en la cabeza las mujeres y en el hombro o en la espalda los hombres , siempre se sacó el barro de allí, de toda la vida allí, donde único está el barro es allí, soltera iba a sacarlo (D.^a Inés Suárez Suárez, 80 años, Hoya de Pineda, 1-VII-2005).

5.1.2. La arena.

La zona de extracción se localizaba en la misma Hoya de Pineda o en sus proximidades. La arena como así se conoce al desgrasante usado, que en realidad en este lugar se

trata de ceniza volcánica compactada (denominada tosca o toba), se extraía, generalmente, de unas cuevas determinadas, conocidas para este fin. Destacaban la Cueva del Morrillo, El Risco Abajo, Los Andenes situados en la parte alta de La Degollada y La Cueva de La Caja, esta última conocida con este nombre porque en su interior se guardaba el ataúd usado en Hoya de Pineda por sus vecinos para trasladar los difuntos, tanto al cementerio de San Isidro en Gáldar, como al antiguo cementerio de San Roque en Santa María de Guía, que después de haber cometido su función se traía y volvía a depositarse de nuevo en su lugar:



Detalle de la Cueva de La Caja. Foto: Juan M. Zamora Maldonado

Antes los muertos se llevaban en una caja que se llevaba y traía otra vez y se guardaba en esta cueva. El que era de la raya de Guía al cementerio de Guía y el que era de la raya de Gáldar al cementerio de San Isidro, la caja no se lo que le pasó si le pegaron fuego o que (D. Santiago Monzón Suárez, 78 años, Hoya de Pineda, 29-IV-2006).

Así documentamos que también se aprovechaba *la tosca* que se extraía en la elaboración de nuevas cuevas. Una vez obtenida la tosca, se machacaba y se cernía, quedando así preparada para su utilización. No toda la tosca era válida para este menester, de hecho la que no era la adecuada según los informantes *se saltaba*, es decir destrozaba las piezas cerámicas en la cocción, por lo tanto, había que localizar la idónea, basándose para ello en la experiencia y conocimientos:

La íbamos a buscar a los Andenes, a la Montaña de Guía, por allá donde está el horno de unas cuevas que había, la que había por aquí se saltaba, mucha. Una vez con mi madre que decía que era arena buena y allí hacía muchos años que allí no se sacaba arena y ya la arena estaba desleía y mi madre decía – Mi hija, aquí tenemos arena pa todo el verano y todo el invierno y tu no llevas más – No ma yo no llevo más- y cuando pasé a ver a mi hermana tenía hecha un pisco, y preguntó – Ustedes tienen mucha loza jecha por lo menos tres bastos- pues yo e jecho esta y no voy a jaser más y porque, porque esta arena se va a saltar,- se salta- - Si porque yo estaba haciendo una pieza y el barro se me va con los dedos, cuando llegue allá se lo dije a mi madre – No mi niña esa arena la hemos trabajado toda la vida- y según nos pusimos en la puerta del horno, todo eran tiestos, todo alrededor eran tiesto todas se estallaron, sonaban como tiros (D.^a Rafaela Santiago Suárez, 64 años, Hoya de Pineda, 30-IX-2005)

De las mismas cuevas, porque aquí hay muchísimas cuevas que se hacían se estaban haciendo, nosotros íbamos y allí machucábamos las toscas y las hacíamos finitas y después con la saranda la cerníamos, esa es la arena para la loza (D. Nicolás Godoy Vega, 86 años, Hoya de Pineda, Gáldar. XI-2000).

La arena es blanca no era arena del mar, la sacábamos de las toscas, la machucábamos con un pico, después la cerníamos con una saranda (D.^a Inés Suárez Suárez, 80 años, Hoya de Pineda, 1-VII-2005).

La arena la sacábamos de esa cueva la poníamos fuera y cuando estaba seca la majábamos con la moña de un pico para después cernirla, esa cueva se hizo poco a poco entre mi padre, yo y mis hermanos sacando arena y la cueva donde trabajaba mi padre y mi madre la hizo mi abuelo y mi padre sacando arena también (D. Antonio Suárez Santiago, 80 años, Hoya de Pineda, 13-X-2006).

Yo me acuerdo una vez, que mi madre tenía encargado doce jarras grandes para cuajar la leche que hacían más de cuarenta litros de leche. Le dijo mi madre a mi marido –Antonio saca arena que no tengo- y mi marido al día siguiente fue a buscar la arena, pero sacó la arena, donde se saltaba. Mi madre hizo las doce jarras, para mi que estaban brillando como un lucero, cuando las puso en el horno al rato todas se migajaron, mi madre miró a mi marido y le dijo- Antonio ¿donde sacaste la arena?- no quedó ninguna. Un trabajo tan grande, que hacían más de cuarenta litros de leche y no quedó ni una (D.^a Juliana Suárez Vega, 83 años, Hoya de Pineda Gáldar, 17-X-2000).

Nosotros, íbamos a sacar el polvillo ese, la arena que le decimos, la sacábamos de una cueva que está por debajo del horno del Bujo que le decimos El Risco Abajo, después se cernía con una saranda (D.^a María Santiago Moreno, 79 años, Hoya de Pineda, 29-VIII-2006).

Me dijo mi tía,-Vamos allá que mi hermano Santiago hizo una cueva y echó la arena debajo de la pared- Y allí cogimos la arena que da gusto y en un momento la cernimos, la majábamos con una piedra y la sacudíamos con una saranda de eso de aceite y entonces me jarté de llevar arena. Y mi suegra decía que cada vez que hacía loza era como si el basto se derritiera y no se dejaba trabajar,-Tú estás segura que ellos han guisado la loza de esa arena Carmela, mi tía me lo dijo mana Patricia- Y mi tía Carmela ya había guisado la loza y no se le saltaba. Pues dos jornadas que hizo mi suegra se rompía la loza dentro del horno y fue la última vez que hizo loza, la aborreció de tal manera que se marchó a trabajar a los tomateros. La culpa la tuve yo y la tuvo mi tía que me dijo que eso, pero yo no se, a mi suegra se le saltaba y a mi tía no, seguro que la mezclaba con otra arena o algo era (D.^a Carmen Monzón Suárez, 75 años, Hoya de Pineda, 30 – IX- 2006).

5.1.3. El agua.

El agua utilizada se obtenía en la misma Hoya de Pineda en los lugares conocidos como La Fuente y el naciente de La Charquilla en San Antonio y en Los Charcos localizados en el Barranco Anzofe o en el Camino de Anzo, que conduce a Guía separado uno del otro unos cincuenta metros. Esta agua además de usada para beber se utilizaba normalmente para *regar* el barro, así denominan en esta localidad a la acción de mojar la arcilla, también este agua se utilizaba para el consumo de animales domésticos y el riego de flores y plantas. El agua preferida para el consumo humano se traía de dos lugares próximo a Hoya de Pineda conocidos como El Chorrillo y la Fuente Agria, esta última era de agua gasificada muy apreciada por los habitantes de la

zona, hasta de Guía venían a buscarla, llegándose a vender en bares y tiendas:

El agua íbamos a buscarla a la fuente es una cueva que mina agua de una mareta que está por arriba, allí íbamos a coger el agua, muchas veces había que esperar, le decíamos, ¡esperar a maná!, hasta que se llenara otra vez de agua, el primero que llegaba era el primero que la cogía, después los demás tenía que esperar. También cogíamos el agua del barranco en tres charcas (D.^a Inés Suárez Suárez, 80 años, Hoya de Pineda, 1-VII-2005).

5.1.4. El almagre.

Este se localizaba, según nos informaron Juliana Suárez y Nicolás Godoy, en El Saucillo, localidad perteneciente al municipio de Gáldar. Este pago esta próximo a Hoya de Pineda. Si trazáramos una línea recta entre estos dos puntos, la distancia entre ambos sería aproximadamente de 2.125 m.



Veta de almagre en Ladera Bermeja en El Saucillo, Gáldar. Foto: Juan M. Zamora Maldonado

La veta de almagre se encuentra concretamente en el margen derecho del barranco del Saucillo, en su paso por esta localidad el lugar de extracción es conocido como Ladera Bermeja. La veta es paralela al camino que conduce al molino del Saucillo que también es conocido como molino del Licencial.

Dicha veta presenta un ancho medio de 60 cm. aproximados. Su extracción se realizaba con diferentes herramientas manuales, para posteriormente cargarlo en sacos, donde se trasladaba al alfar, una vez allí se dejaba secar para luego moler la cantidad necesaria, esta operación se realizaba en un molino circular, una vez molido se mezclaba en un recipiente con agua y petróleo. El almagre se extraía una vez cada dos o tres años ya que la cantidad extraída, medio saco, daba para utilizar durante este periodo de tiempo:

La almagría, traíamos medio saco y con esto teníamos para dos o tres años, porque no se gastaba mucho. Luego la majábamos la molíamos con un molino como si fuéramos hacer gofio que teníamos y la mezclábamos con agua y petróleo (D.^a Inés Suárez Suárez, 80 años, Hoya de Pineda, 1-VII-2005).

Los molinos circulares giratorios, formados por dos discos unidos por un eje central, están presentes en Canarias desde época preeuropea, en Hoya de Pineda sabemos de la existencia de varios de estos objetos que las loceras se prestaban unas a otras. Hemos tenido la oportunidad de ver uno de estos molinos propiedad de Nicolás Godoy, heredado de un tío suyo según nos manifestó. Estas son sus medidas aproximadas, la muela superior móvil tiene un diámetro de 25 cm un grosor de 5 cm, presenta un orificio central de unos 5 cm de ancho, la muela inferior pasiva tiene de diámetro 34 cm y un grosor de 10 cm.:



Antiguo molino circular usado para moler el almagre, familia Godoy. Foto: Juan M. Zamora Maldonado

El molino de piedra se utiliza para triturar el almagre con que se pinta la cerámica. Estos molinos suelen tener una extraordinaria antigüedad, siendo transmitidos juntos con otros instrumentos de trabajo: bruñidores, rasponas, machacadores, etc., de una locera a otra y así generación tras generación. La antigüedad que alcanzan alguno de estos molinos se constata por el gran desgaste que presentan las caras inferiores de las dos muelas, desgaste motivado por el constante uso (Díaz Rodríguez, 1988: 49)

5.1.5. La leña.

La leña era el combustible empleado para guisar la loza, para su obtención se necesitaban desplazamientos largos, se buscaba constantemente ya que era un bien no tan abundante en esta época como quizás podríamos pensar. Existían algunas preferencias sobre cual era la especie vegetal aconsejable para una cocción idónea, pero casi toda la leña que se apañaba era válida para la combustión. Esta labor la llevaban a cabo normalmente la gente más joven de la familia, como siempre dependiendo de la situación familiar:

La leña, íbamos a buscarla por esos mundos, altabaca [Dittrichea viscosa L. Greuter], horgazo [Cistus symphytifolius], tabaiba [Euphorbia obtusifolia], jarones [Cistus symphytifolius Lam.] pitas [Agave americana], de todo servía, antes no había leña como ahora, tantas veces que fue mi marido hasta el barranco de Gáldar a buscar las cunas de las alpargatas pa poder guisar (D.^a Inés Suárez Suárez, 80 años, Hoya de Pineda, 1-VII-2005).

Tres veces en semana íbamos algunas veces a buscar leña a Tamadaba, la leña no abundaba y había que ir a buscarla. También se usaba para cocinar y las gentes del Risco de Agaete la cogía para venderla, ellos se ponían algunas veces al lado de nosotros en la Recoba de Gáldar a vender la leña. Nosotros aprovechábamos la leña que ellos no se llevaban, veníamos cargados andando desde Tamadaba a Hoya de Pineda, por caminos y atajos (D. Antonio Godoy Suárez, 71 años Hoya de Pineda, Gáldar, 10-IX-2005).

Antes íbamos a buscar la leña pa guisar la loza al Pinar de Tamadaba, pa allá arriba, salíamos a las tres de la madrugada y llegábamos casi de

noche (D. Santiago Monzón Suárez, 78 años, Hoya de Pineda, 29-IV-2006).

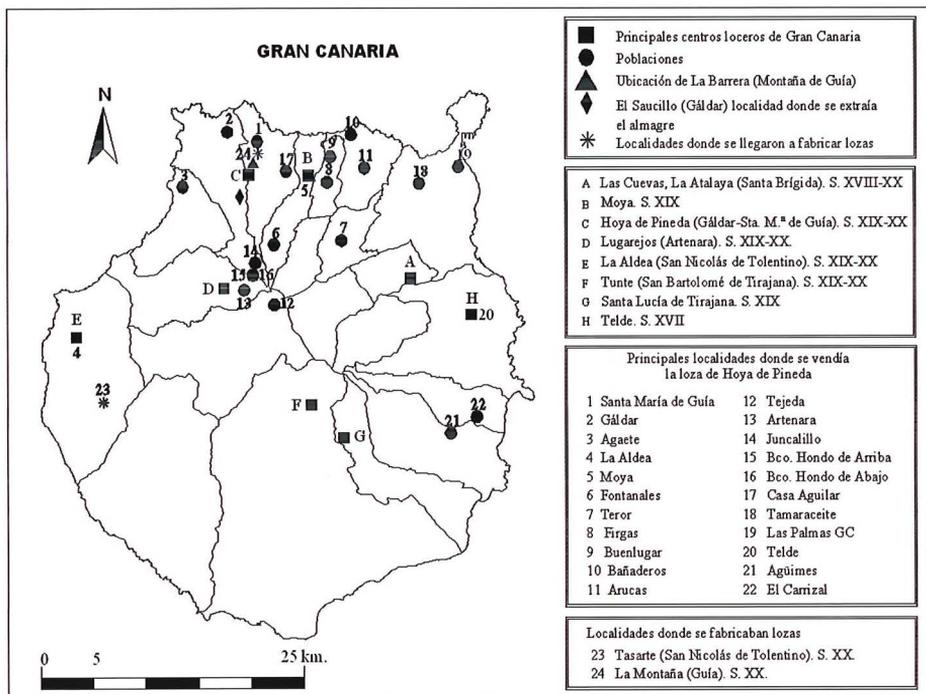
Y la leña al Pinar, caminando, mi hermana fue una vez tres días seguidos al Pinar, tres días seguidos por una apuesta con los muchachos y muchachas que se juntaban traíamos horgazos [Cistus monspeliensis L.] y lo que se apañara y algunas veces peleábamos por eso (D.^a María Santiago Moreno, 79 años, Hoya de Pineda, 29-VIII-2006).

Al Pinar llegué a ir tres veces en semana no había leña en aquel entonces, tu sabes lo que es salir de los bailes los domingos en Hoya de Pineda porque antes se hacía baile casi toda la semana. Y nos íbamos los muchachos y muchachas con un cacharro tocando y cantando por ahí pa arriba, salíamos a la una de la mañana y llegábamos al Pinar por la mañana, allá abajo encima de La Aldea en la joya Los Burros que le dicen por debajo la finca de Sansón. Cogíamos esa gavilla en las barranqueras y hacíamos una maná grande porque esa leña era liviana, llegamos a pasar muchos trabajos. En una fuentilla que había, asábamos sardinas salaas y allí amasábamos el gofio, cuando ya veníamos ya de regreso o veníamos llegar aquí abajo a las cuatro de la tarde a Hoya de Pineda. También cogíamos las tabaibas y las machacábamos con una piedra, esa era un peligro para los ojos si le caía una gota de leche en los ojos ¡Dios nos libre!. También cogíamos pitones, pitas secas, pero con la más que salía la loza bonita era con los taginastes [Echium sp.], la loza se quedaba encarnadita – (D.^a Carmen Monzón Suárez, 75 años, Hoya de Pineda, 30 – IX- 2006).

5.1.6. El proceso de preparación del barro.

Una vez que el barro es trasladado a la cueva alfar, sufre la siguiente transformación:

- Primero: el secado. Se extiende y se deja secar.



Distribución de los puntos de venta del centro locero de Hoya de Pineda. Elaboración: Margarita I. Jiménez Medina.

- Segundo: el majado. Se tritura el barro con una piedra o con un mazo de madera usados para este fin.

- Tercero: la limpieza. Se limpia de impurezas (raíces, piedras, etc.).

- Cuarto: el esponjado y regado. Se deposita la cantidad de barro que se va a usar en un hoyo, denominado goro, donde se le añade el agua acción que se denomina *regar* para que se *esponje* (empapar de agua). Este contenedor para la arcilla suele estar excavado en la roca generalmente en la entrada, en un lateral de la cueva-alfar, en el suelo del interior de la misma o fuera en el patio delante de la cueva.



La locera *mana* Catalina mondando el barro finales de los años cincuenta. Foto: familia Suárez.

Cuando estaba seco lo cogíamos, lo majábamos con un mazo de madera, un tronco, le quitábamos las piedras, porque tenía muchas piedras y las piedras hacen daño a la loza y después lo poníamos en un hoyo que teníamos dentro de la cueva que le decíamos el goro que estaba a la entrada misma de la cueva, le poníamos el agua (D.^a María Santiago Moreno, 79 años, Hoya de Pineda, 29-VIII-2006).

Después lo poníamos a secar, cuando se secaba lo majábamos lo llevábamos a una cueva que teníamos y lo poníamos en un hoyo redondo que le decimos goro y lo regábamos con agua (D.^a Inés Suárez Suárez, 80 años, Hoya de Pineda, 1-VII-2005).

Después fijate tú, el barro había que dejarlo secar, no, entonces cuando estaban secas se hacían trocitos, había una maretita que le decíamos goro que estaba en el suelo, allí se iba echando el barrito se le echaba agüita, más o menos se sabía la cantidad de agua que llevaba (D.^a Tomasa Suárez Santiago, 85 años, Hoya de Pineda, 7-X-2006).

- Quinto: el pisado y amasado. Estos son los últimos pasos en la preparación del barro, que previamente el día anterior había sido puesto de remojo en el goro. Es en este momento cuando se le añade la arena que actúa como desgrasante, este elemento no plástico se pone al barro para darle una mayor consistencia en su manipulación y evitar fracturas durante la cocción.

El pisado del barro junto con la arena de tosca y el agua se realiza tanto en el suelo de la cueva como en el exterior de la misma. Esta operación se efectúa con un solo

pie¹⁰ (normalmente derecho) descalzo, este es uno de los trabajos más duros en la elaboración de loza y de su correcta ejecución depende el futuro de la pieza cerámica en la cocción. El resultado final de esta actuación es una pella de gran tamaño denominada por estos artesanos con el nombre de *basto*, estos son los testimonios orales sobre este proceso:



Julianita pisando el barro, 1976. Foto: Juan F. V. Sosa Guillén.

¹⁰ Esta es una característica propia de Hoya de Pineda, ya que en la mayor parte de los otros centros loceros de Gran Canaria el barro se pisaba con ambos pies.

Con la pierna derecha se pisaba el barro, mi padre pa eso era una fiero, se ponía la arena se echaba la pella del barro, se pisaba se extendía, se recogía, volvía se extendía. Cuando se iba endureciendo se rociaba un poquito con agua, no, ya se sabía cuando estaba pisado, al darle unas vueltas mi padre cogía un poco de barro y decía. - Ya esto está - (D.^a Tomasa Suárez Santiago, 85 años, Hoya de Pineda, 7-X-2006).



Julianita mojado el basto, 1976. Foto: Juan F. V. Sosa Guillén.

Lo sacábamos del goro ya teníamos la arena debajo, lo poníamos encima de la arena y después echábamos arena encima del barro y empezábamos a pisarlo con un pie solo, todo alrededor y lo dejábamos todo estirado y empezábamos a recogerlo y lo dejábamos hecho una rueda un basto de barro y así volvíamos otra vez a empezar. En el centro le dábamos una pisadura de allá pa acá y después en la orilla y después en la otra orilla y así veinte pisaduras. Me acuerdo yo de darle y mi marido a lo mejor con quince tenía bastante pa echarlo pa atrás, tenía más poder al estirarlo. Si esto no se hacía bien, la loza se saltaba en el horno (D.^a Carmen Monzón Suárez, 75 años, Hoya de Pineda, 30 – IX- 2006).

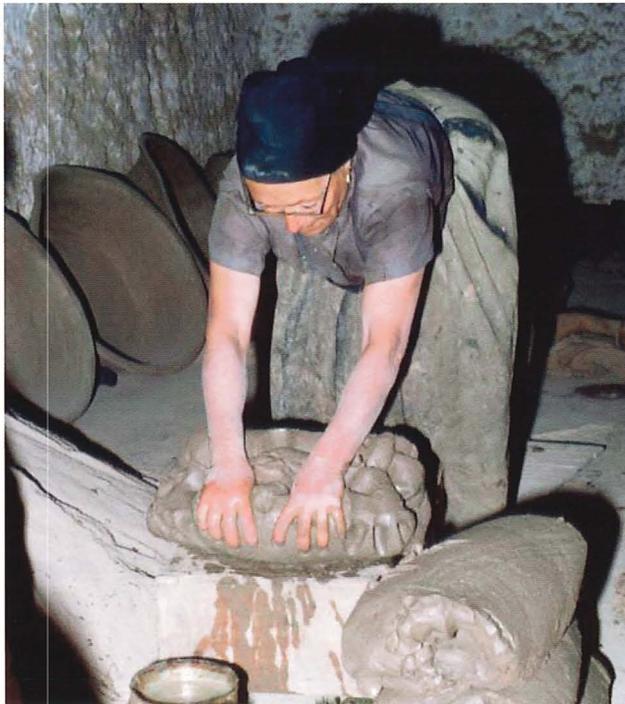
Se traía el barro de allí, se echaba la arena y se pisaba aquí con las piernas, algún macanoso nos llevábamos en la cabeza, porque no había luz no había nada, mechones o una vela no había nada, mis padres siempre se levantaban a la una o las dos de la madrugada a trabajar (D. Antonio Suárez Santiago, 80 años, Hoya de Pineda, 13-X-2006).



El locero, Antonio Suárez Santiago. Indicando el lugar en el interior de la cueva taller donde se pisaba el barro. Foto: Juan M. Zamora Maldonado.

Con posterioridad el *basto* es dividido en pellas de menor tamaño que son amasadas nuevamente esta vez con las manos, luego éstas se guardan apiladas unas sobre otras en el interior de la cueva alfar. El barro ya está preparado para su uso en la elaboración alfarera:

Al día siguiente lo sacábamos del goro, lo poníamos en el suelo ya en el suelo estaba la arena preparada y allí lo pisábamos con las piernas ¡allí bailábamos todo lo que queríamos!, dándole vueltas al barro y cuando se ve que ya está, ¡que se queda tan bonito! después del que el basto estaba bueno hacíamos trozos y alguna de las veces hacíamos una pared un trozo sobre otro, para el día siguiente trabajarlo se quedaba dentro de la cueva tapado con sacos mojados (D.^a María Santiago Moreno, 79 años, Hoya de Pineda, 29-VIII-2006).



Julianita amasando las pellas de barro, 1976. Foto: Juan F. V. Sosa Guillén.

5.2. Elaboración de la pieza cerámica.

El proceso de fabricación de la loza en Hoya de Pineda es el de urdido como en el resto de los centros loceros Canarios, donde las manos de la locera son la principal herramienta de trabajo en el momento de elaboración de la cerámica.

5.2.1. El Levantado.

En este apartado, intentaremos acercar al lector a este complejo proceso de la elaboración de la loza, ya que es imposible transcribir la multitud de movimientos y gestos que ya instintivamente realiza la locera, existiendo a veces diferencias en las formas de trabajo, pero nunca en las técnicas y objetivos.

Para la elaboración de la pieza cerámica, se trabajaba sentada en el suelo de la cueva, junto a la locera estaban sus útiles de trabajo y un recipiente con agua. El levantamiento de la pieza se realizaba sobre una tabla o en el mismo suelo a diferencia de Lugarejos y La Atalaya que se realizaba sobre una loza de piedra. Así nos lo describieron:

La loza se trabajaba sobre una tabla que se le ponía arena, todo se hacía sentada en el suelo, levantar, raspar, alinear de agua, almagriar... (D.^a Inés Suárez Suárez, 80 años, Hoya de Pineda, 1-VII-2005).

Nos sentábamos en el suelo una tabla que era lisita la poníamos allí se le echaba un poquito de arena de para que no se pegara el barro de la misma que se ponía para el barro, el agua por un lado en un gánigo que le decíamos que era como una palangana hecha de barro y dentro las lisaderas (D.^a María

Santiago Moreno, 79 años, Hoya de Pineda, 29-VIII-2006).

Teníamos una cueva vieja para hacer la loza y guardarla (D.^a Inés Suárez Suárez, 80 años, Hoya de Pineda, 3-VII-2005).



Juliana sentada en el interior de la cueva trabajando, 1976. Foto: Juan F. V. Sosa Guillén.

Mujeres y hombres desarrollaban esta actividad, aunque normalmente esta responsabilidad era adquirida por las mujeres, dependiendo de la situación laboral y de precariedad económica de cada alfar o familia:

Mi padre era una maravilla pa hacer la funda que le decían, esto era mi padre, agarraba y cogía el barro y lo ponía a la altura de habilitarla, cuando estaba oria, entonces mi madre la habilitaba (D. Santiago Suárez Santiago, 88 años, Hoya de Pineda, Gáldar, VII- 2001).

Mis padres se llamaban Francisco Godoy Monzón y Simona Suárez Suárez, mi madre empezaba una pieza y el viejo la terminaba, luego la vieja cogía otra pieza y él seguía terminando aquella, raspándola, aliñándola. Trabajaban sentados en el suelo o sobre un saco de papas vacío con los pies cruzados sin nada debajo (D. Juan Godoy Suárez, 65 años, Hoya de Pineda, VIII-2006).

Mira, mi padre me levantaba la funda y después yo la parte de arriba con el barrito le terminaba de hacer el borde, yo tenía un jeito pa eso muchacho (D.^a Tomasa Suárez Santiago, 85 años, Hoya de Pineda, 7-X-2006).

En Hoya de Pineda generalmente se emplea los términos *vasijo* y *loza* para designar generalmente a las piezas cerámicas que ellas elaboran. El sistema empleado para levantar las piezas se denomina de urdido o de churros:

Me acuerdo de mi madre y mi abuela se sentaban a trabajar y decían y yo también lo decía – El Señor, me ayude y la Virgen Santísima también y me dejen la loza terminar- (D.^a Juliana María Suárez Vega, 83 años, Hoya de Pineda, Gáldar, X-2000).

Primero se añade arena en el lugar donde se va a levantar el *vasijo*, el paso siguiente era crear la base golpeando con el puño una porción de barro y se empiezan a levantar las paredes, lo que ellos llaman *funda*, añadiendo *bollos* de barro (de forma cilíndrica) se va moldeando con la mano, mientras se gira la base lentamente con la ayuda de la arena depositada en el suelo. Para este proceso de levantamiento la locera emplea las denominadas lisaderas de levantar en el interior de la cerámica, dando forma a la pieza. A todo este primer proceso se le llama, por parte de las loceras, *hacer la funda*. Algunas loceras levantaban la funda

y luego le daba la forma deseada, otras en cambio según iban levantando la funda iban dando la forma:

Todo el mundo no hacía igual la funda, unos las hacían de una manera y otras de otra. Mi madre la levantaba toda junta y después le daba la forma, yo no, yo le voy dando la forma, según la voy levantando (D.^a Rafaela Santiago Suárez, 64 años Hoya de Pineda, 25-IX-2005).

Estas lisaderas [lisaderas de levantar] son pa aquellas tallas que usted ve los bernegales y esas cosas, se hacen rectos pa arriba, pero después, con estas lisaderas se van alargando, alargando y se va dándole la forma. Primero, se alargaba por adentro y, luego, se deja, se le da un poco de barriga y se deja, y cuando esté bien encorao, bien encorao, vuelve y se coje otra vez un poco y, después, se emparejaba, emparejar quiere decir que ya el bernegal se pone en el sitio, si hay una cosa que está metía un poco se saca, se va emparejando, emparejando (D. Nicolás Godoy Vega, 86 años, Hoya de Pineda, Gáldar. XI-2000).

Una vez realizada la funda, la pieza se pone a secar en el exterior de la cueva al aire, o en el interior de la cueva según las condiciones metereológicas. El secado, denominado oreado por las loceras, dura entre uno y dos días según las condiciones climáticas. Tenemos que añadir que existieron loceras que no emplearon las lisaderas de levantar, sino que eran sus propias manos la que efectuaban esta operación.

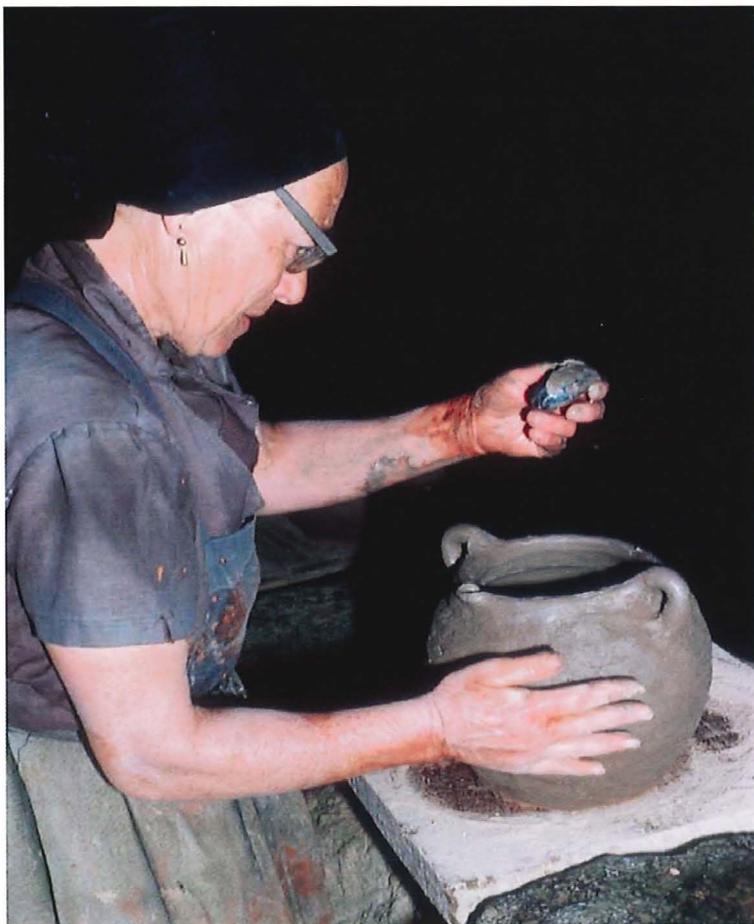
5.2.2. El habilitado.

A continuación, comienza el proceso llamado en este pago como *habilitado*. Tradicionalmente es en el habilitado

de la loza donde los hombres y otros miembros de la familia participaban de manera más activa se trata de una fase compleja, que se divide en varias etapas:

Antes los hombres cuando llegaban del trabajo, se ponían a habilitar la loza (D.^a Juliana María Suárez Vega, 83 años, Hoya de Pineda, Gáldar, X-2000).

a) Raspado, consiste en desbastar y recortar, es decir se extrae el barro sobrante, sobre todo de la parte de las



Juliana, usando la lisadera de levantar, 1976. Foto: Juan F. V. Sosa Guillén.

paredes exteriores y de la base. Para esta operación se usan los denominados raspadores que son trozos de aros de metal (procedentes, en su mayoría, de barricas o barriles), los mismos presentan de forma destacada las huellas del desgaste producido por el uso a lo largo del tiempo:

Los hombres los sacaban de los aros que cortaban del tamaño que ellos ya sabían y los preparaban (D.^a María Santiago Moreno, 79 años, Hoya de Pineda, 29-VIII-2006).

Analizamos dos de estos útiles propiedad de Nicolás Godoy, en una descripción de los mismos, vemos que tienen forma de L y sus medidas aproximadas son de 14 cm. el lado mayor y el lado más corto 5 cm., tiene 3 cm. la parte más ancha y la menos ancha 2 cm.:

Y después cuando ya estaba buena para rasparla con un trozo de arco de barril que ellos sabían hacer. Que los aliñaban con una lima que había pa eso. Después de raspada la loza se ponía otra vez pa el sol otro poco (D.^a María Santiago Moreno, 79 años, Hoya de Pineda, 29-VIII-2006).

b) Rasponado. Una vez raspada la pieza, se vuelve a tratar las paredes exteriores e interiores esta vez con la *raspona*, piedra de textura porosa (siempre después de cada uso se vuelven a depositar en recipientes con agua), al objeto de quitar asperezas de las mismas y nivelar. Hay que aclarar que el recortado y el raspado se pueden hacer indistintamente, tanto se puede empezar con el recortado, como con el raspado, o combinando ambas técnicas.



Raspadores, familia Godoy. Foto: Juan M. Zamora Maldonado.

c) Alisado. Con posterioridad, se emplean las lisaderas de aliñado para homogeneizar (emparejar) las paredes exteriores e interiores (cuando, la pieza así lo demande). Una vez alisada completamente toda la pieza se deja nuevamente orear:

Y después por la tarde la poníamos al sol, para el día siguiente rasparla porque era mejor al día siguiente. Mi hermanita la pobre que era soltera y corcobadita, ella las alagartaba y yo las hacía y después cuando estaban para raspar la raspábamos entre las dos y madrita ¡en paz descanse! la aliñaba de agua para después almagriarla y después ponerla a secar, (D.^a Inés Suárez Suárez, 80 años, Hoya de Pineda, 1-VII-2005).

Cuando teníamos allí más que sea quince o veinte tallas, se me pegaba cada susto cuándo las veía allí pa yo aliñarlas de agua, me gustaba más aliñarlas de almagria que de agua, deseando que se terminaran, parece que entre más aliñábamos más

aparecían (D.^a María Santiago Moreno, 79 años, Hoya de Pineda, 29-VIII-2006).



Conjunto de lisaderas de la locera, Juana Moreno Silva, propiedad de la familia Castellano. Foto: Juan M. Zamora Maldonado.

d) Aliñado de almagre. Esta es la última fase del habilitado, para algunas piezas, antes del guisado y se realiza cuando la loza alcanza el punto justo de oreo. El almagre un vez molido se mezcla en un recipiente con agua y petróleo y se aplica con la mano sobre la cerámica para luego pasarles las *lisaderas de almagra*¹¹ (acción que se conoce como

¹¹ En la actualidad D.^a Rafaela alterna sus lisaderas de almagra con el uso de un fragmento de manguera de plástico en la operación de bruñir las superficies de sus piezas cerámicas. El plástico consigue el mismo efecto que los bruñidores en menos tiempo. Sin embargo, esta locera no deja de utilizar sus lisaderas, a las que tiene en muy alta estima y, siempre, finaliza el recipiente con ellas.

bruñido), que le proporcionan a las cerámicas en un brillo metálico en las zonas sometidas a esta técnica decorativa:

Se raspaban con los raspadores para que se quedaran más livianitas y después la aliñábamos de agua y le pasábamos una piedra más fina, después se ponía al sol y cuando estaba oria la almagrábamos (D.^a Inés Suárez Suárez, 80 años, Hoya de Pineda, 1-VII-2005).

5.2.3. Algunos apuntes sobre los motivos decorativos.

Una de las peculiaridades de la cerámica de Gran Canaria es su decoración, ésta se consigue como ya comentamos con la utilización del almagre bruñido con unos elementos líticos conocidos por las loceras con el nombre de *lisaderas de almagria* (bruñidores). Estas piezas líticas son las herramientas más valoradas por las loceras. La técnica del bruñido total o parcial se realiza cuando la pieza está a punto de oreo, después de aplicar el almagre y un poco de petróleo sobre la loza (en diversas citas del siglo XIX se expone que en otras localidades se aplicaban en el pasado orina y/o aceite de pescado), se aplica la lisadera dándole un brillo metálico a la zona bruñida. En relación a estos bruñidores, Pedro Lezcano Montalvo efectúa una certera descripción de estos útiles líticos:

Existen diversas formas de “lisaderas” y cada cual tiene su cometido. Unas picudas, sirven para pulimentar las bocas estrechas: otras cóncavas, para las asas y los bordes; algunas, agudas para grabados decorativos. Lo interesante de estas piedras es el valor de reliquia que les otorgan sus propietarios. Las buenas “lisaderas” son centenarias; pertenecían a “sus mayores”, por lo que no logré que se desprendieran de ninguna, pese a mis ofertas, y me pareció que ejercían sobre las ancianas atracción de

talismán. Las más viejas “lisaderas” están notablemente brillantes, y pulimentadas a fuerza de pulimentar loza (Lezcano Montalvo, 1944: 179).

Estas son lisaderas de almagria para aliñarla de almagria a las piezas y sacarlas finitas, son lo último que se le da a la loza. Estas lisaderas son finas, finas de verdad, estas son piedras de la mar, son las que dan el brillo ahora son mías, pero ante eran de gente vieja antigua (D. Nicolás Godoy Vega, 86 años, Hoya de Pineda, Gáldar. XI-2000).

El almagría se le daba a las macetas por los bordes, en las cazuelas por dentro, en los bernegales se almagriaban todo y después se aliñaban con las lisaderas finas. Yo no se donde se cogieron, las tenía yo de mi madre que cuando dejé la loza se las regalé a la mujer de Nicolás Godoy, que era mi prima. Estas piedras eran las que le daban el brillo a los vasijos y a los bernegales, le hacíamos muchos dibujos en forma de parra, de hojas de palmera, o que quisiéramos esto era, mi madre los almagriaba y yo la aliñaba con las lisaderas y después se ponían todo el día al sol para que secan bien (D.^a Inés Suárez Suárez, 80 años, Hoya de Pineda, 1-VII-2005).

Estas lisaderas eran de mi abuela en paz descanse, porque mi madre siempre decía esas lisaderas eran de tu abuela, esa lisadera que parece un dedo era pa las asas y los pichones. Un cuñado de mi abuelo parece que tenía un dedo de la mano cambado, no sé lo que le pasó en ese dedo entonces, cuando queríamos esa lisadera que parece un dedo, decíamos -dame la lisadera del dedo de mano Blas- porque él se llamaba Blas, el viejito ese. Había también otra más pequeñita que no quería que me la quitara nadie, porque me gusta hacer las rayas con

ella, como yo, no las hacía nadie, hacía hasta una palmera (D.^a María Santiago Moreno, 79 años, Hoya de Pineda, 29-VIII-2006).

Sobre los motivos decorativos de las cerámicas que se elaboraron en el Centro Locero de Hoya de Pineda y en el estado actual de las investigaciones, son los bernegales los elementos cerámicos que más se solían decorar. En este sentido, estos contenedores de agua son, en proporción, los que cualitativa y cuantitativamente mejor han llegado hasta nuestros días, gracias al uso de estas cerámicas como elementos decorativos o por la reutilización de los mismos con otros fines (como macetas).

En una primera valoración en cuanto a la disposición de la ornamentación en los bernegales se refiere. Los motivos peculiares que presentan estas cerámicas son los siguientes: el cuello exterior hasta el hombro e interior del cuello, aparecen totalmente bruñidos; por otra parte, del hombro parten bandas anchas curvas inclinadas de izquierda a derecha paralelas que, en ocasiones, llegan hasta la base recorriendo toda la panza de la pieza.

En otros bernegales estas bandas curvas sólo llegan del hombro a la mitad de la panza, aproximadamente y éstas van de derecha a izquierda, y de la mitad de la panza hacia la base parten líneas rectas de izquierda a derecha. Otra combinación que aparece en los bernegales son bandas anchas que parten del hombro. Estos bernegales en ocasiones pueden disponer de asas, siendo las más características las de tipo lengüeta y las circulares con perforación. Éstas últimas suelen situarse al final del hombro y la cantidad oscila entre cuatro y ocho por bernegal.

La base de los bernegales antiguos en muchas ocasiones hemos comprobado que también presentan motivos ornamentales (reticulados, elípticos). En la actualidad

desconocemos por qué esta parte no visible de las cerámicas presentan decoración, podría esta circunstancia responder a marcas de identificación de alfares o marcas personales de alfareras:

En la parte de atrás mi madre y nosotras en las tallas y en todo, hacíamos una cruz con la lisadera y así sabíamos que loza era nuestra y a las macetas en el borde por dentro le pasábamos siempre la lisadera alrededor y nadie se lo hacíamos sino nosotras, una vez le robaron a mi madre no se cuantas macetas fueron en la cueva donde las poníamos en el Bujo, de tres en tres o cuatro, vueltas para abajo, cuando ya estaban curaditas como pa guisarlas y después cuando fuimos nosotras a guisar vío mi madre las que faltaban porque estaba la seña de borde de la maceta en el suelo y después las vimos guisadas, mi madre me decía no se como se atreven a robarlas, sabiendo que se conoce el trabajo (D.^a María Santiago Moreno, 79 años, Hoya de Pineda, 29-VIII-2006).

Si bien, desconocemos los motivos concretos, si los hubieron, que llevaron a las loceras a realizar este tipo de dibujos, estas decoraciones podrían ser reminiscencias de los motivos decorativos de las cerámicas antiguas canarias elaboradas antes de la conquista europea. Harían falta más estudios para poder afirmar o negar este hecho.

Otra pieza excepcional al menos en lo referente a la loza elaborada en Hoya de Pineda, corresponde a un bernegal de cuatro asas tipo lengüeta con decoración bruñida y acanalada que ocupa gran parte de la pieza y que representan motivos geométricos y vegetales formando unas hojas de palmeras. Estas acanaladuras de sección en “U” están realizadas con las lisaderas (bruñidores) una vez que la cerámica esta a punto de oreo.



Conjunto lisaderas de almagre y de levantar, familia Godoy. Foto: Juan M. Zamora Maldonado.

5.3. El Guisado.

Este se realiza en hornos cubiertos de una sola cámara u horno mono cámara, de cámara simple y tiraje por la puerta, donde la combustión, las piezas a guisar y la cámara comparten el mismo espacio (Sempere Ferrándiz, 1992: 198-225). Este tipo de hornos puede alcanzar una media de los 800 hasta los 1.000° C, pudiendo llegar a temperaturas de hasta 1.500° C. Eran construidos con materiales de la zona, tierra amasada con agua y piedras de tosca, incluso fragmentos cerámicos.

También hasta finales del siglo XIX se usó la cueva como horno, otra manera de cocción como ya vimos cuando hablamos del alfar del Bujo y el Horno de La Loza. Tenemos que puntualizar que este sistema no responde a una circunstancia aislada, ya que existen otros ejemplos en el Centro Locero de Lugarejos (Artenara), este hecho podría

indicar la pervivencia de una forma de guisar anterior a la llegada de los europeos a Canarias.

La capacidad de loza que podía albergar el horno se le conocía con el nombre de *merma*. A la acción de llenar el horno de loza y la cocción de la misma era denominado una *hornada*, esta duraba una media de dos a tres horas dependiendo del tamaño de las piezas y del calor, entre más *hornadas* más caliente estaba el horno, por lo tanto más rápido se guisaba, por eso estos artesanos guisaban por las mismas fechas, siguiendo un orden establecido por el propietario del horno, llegando estar hasta tres meses seguidos guisando loza, lo que suponía un ahorro de leña, esfuerzo y tiempo¹²:

Una horna se lleva por lo menos tres horas y eso estaba ardiendo noche y día, unos terminaban ahora con dos horna, o tres, unos hacían una, otros hacían dos, otros hacían tres y yo llegué hacer cinco, un mes tardaba uno en hacer cinco horna de loza.

En el horno se colocaba lo grande primero, se hacían muchos tostadores, lebrillos que le dicen, los tostadores eran pa tostar el millo y el lebrillo era pa jacer pan, estos iban a la punta atrás y después se le ponían una maceta debajo, una por un lao y otra por otro, y el lebrillo alevantao, pa arriba y, después, se colocaban los bernegales, uno en simba de otro y, después, cazuelas, macetas, todas estas menuecias y a la punta fuera del too, platos de bernegales,

¹² El tiempo relativamente corto en que se culmina la cocción por parte de estos artesanos, queda reflejado en ocasiones en las cerámicas por el llamado efecto sandwich, cuya característica según nos informó el alfarero e investigador José Ángel Hernández Marrero, consiste en que el interior de la pieza queda sin cocer y adquiere un color oscuro y, sin embargo, las paredes externas e internas quedan cocidas. Este hecho lo hemos comprobado en algunas piezas cerámicas fragmentadas de Hoya de Pineda. Agradecemos a nuestro amigo José Ángel todas las orientaciones técnicas y todo el asesoramiento que nos ha mostrado sobre la cerámica tradicional.

macetillas pequeñillas, esas cosas. Y allí se empezaba, se le daba la carga se iba echando leña pa adentro, dándole vuelta a la loza y sacando loza pa fuera y, después, cuando se enfriaba la íbamos acarreando en cestas grandes a las cuevas y, después, cargábamos el horno otra vez (D. Nicolás Godoy Vega, 86 años, Hoya de Pineda, Gáldar. XI-2000).

El hombre era el encargado del guisado y se le conoce con el nombre de guisandero, dada la complejidad de esta operación requiere una cierta especialización:

Habían hombres que se encargaban de guisar la loza, que se llamaban guisanderos, yo era un guisandero muy viejo, mi padre también era guisandero. Yo me pegaba hasta una semana en la puerta del horno, usábamos pitones y jurgoneros, a los palos menusos que se usaban pa sacar la loza y para moverla. Después que murió mi padre Yo iba hasta La Aldea a guisarle la loza a mi madre, me escribía y me mandaba a buscar una vez al mes o antes del mes (D. Nicolás Godoy Vega, 86 años, Hoya de Pineda, Gáldar. XI-2000).

El guisandero, iba en todo momento controlando la cocción, moviendo de sitio dentro del horno la loza o girando las piezas, todos estos gestos se realizan con los pitones, mojando con agua la superficie de los mismos con frecuencia, para evitar de esta manera que se quemaran. A partir de la hora y media o las dos horas, ya se comenzaba a sacar con el pitón las piezas de menor tamaño. Y a las tres horas aproximadamente las de mayor tamaño:



Paulino Godoy Castellano con el pitón moviendo la loza. Foto: Juan M. Zamora Maldonado.

Mi marido guisaba la loza, pero una vez, guisé yo y mis dos hijos, ¡Jesús!, no me quisiera acordar, un día mi marido estaba trabajando en Las Palmas y no llegaba, la gente estaba guisando en el horno del Bujo todo el día, hasta que ya no guisaba más nadie, quedaba nada más que yo por guisar, y los que estaban guisando no me podían ayudar, porque ya estaban cansados de guisar, entonces le dije a mis hijos uno tenía diez años y el otro ocho, -si ustedes me ayudan a guisar la loza- - mamá nosotros te ayudamos- y yo sola con aquellos niños como si fuera un hombre hicimos tres jornaas de loza. Cuando mi marido, en paz descanse, llegó y le dije – Mira ya Pascual guisó, ya todo el mundo guisó, ya sólo quedamos nosotros, pues vamos pa abajo y la jornamos y la guisamos, pues vamos pa abajo-, cuando llegamos vio la loza ya guisada y me preguntó -¿Quién te la guisó, la guisé yo mi hijo-. Cada jorna

de loza duraba una hora y media dos horas, cada jornada lleva mucha loza, cien macetas grandes, cincuenta macetas chicas, diez o doce bernegales cazuelas y de todo le íbamos echando lo que llevaba, después le echábamos la carga de leña en la puerta, tirando leña revolviendo y sacando (D.^a Inés Suárez Suárez, 80 años, Hoya de Pineda, 1-VII-2005).

Una vez acabado el proceso de guisado, la loza se solía llevar, como ya hemos visto, de nuevo a la cueva-taller o a otras cuevas aledañas, donde se disponía clasificada por tipologías y tamaños:

Por aquí poníamos las macetas, allá en frente las tallas, las frieras, las macetas chicas por allí y cuando esto se llenaba de loza, sabíamos donde estaba cada vasijo (D. Antonio Suárez Santiago, 80 años, Hoya de Pineda, 13-X-2006).

Este proceso de guisado solo se interrumpía el domingo y también cuando moría algún vecino. Se avisaban unos a otros para indicar que ese día no se guisaba y en caso que se estuviera usando el horno se interrumpía inmediatamente la cocción:

Fíjate tú, que historia que cuando en Hoya de Pineda se moría una persona y si el horno estaba encendido, el horno tenía que pararlo inmediatamente, fíjate tú (D.^a Tomasa Suárez Santiago, 85 años, Hoya de Pineda, 7-X-2006).

Ahora los sábados a las doce de la noche paraba el horno se sacaba la loza que estaba dentro y no dejaba guisar más hasta el lunes, como decía él desde las doce de la noche del sábado es el día del Señor y había que dejar de guisar (D.^a Inés Suárez Suárez, 80 años, Hoya de Pineda, 1-VII-2005).

5.4. Los hornos de Hoya de Pineda.

En Hoya de Pineda en la actualidad existen seis hornos, pero tenemos que matizar con respecto a los hornos que desde principios del siglo XX y hasta antes de los años setenta de este siglo, solamente se usaron dos (Horno Del Bujo y Horno de Nicolás Godoy), a partir de estas fechas se reduce considerablemente el número de loceras y se construyen más hornos pasando de un uso colectivo al uso individual, por lo que produce un cambio de mentalidad respecto a la estrategia en la elaboración de la loza.

El horno del Bujo. Su propietario era Pablo Moreno García (conocido por *mano Pablo*). Éste es el más antiguo de los hornos existentes en Hoya de Pineda, según nos informaron los habitantes de mayor edad. Está localizado en la zona conocida como el Bujo, por eso es conocido con el nombre de Horno del Bujo, en la actualidad se halla en estado de ruina, ya que una gran parte de su estructura se halla derruida. Cerca del horno, en el camino de Anzo, se localiza una cueva en donde se guardaba la leña, conocida como *La Cueva de La Jotera*:



El horno del Bujo en la Degollada. Foto: Juan M. Zamora Maldonado

Allí había una cueva, donde poníamos la leña, allí no se mojaba, nosotras le decíamos La Jotera (D.^a María Santiago Moreno, 79 años, Hoya de Pineda, 29-VIII-2006).

El dueño del horno El Bujo, era Mano Pablo Moreno, no cobraba nada por usar el horno, solamente había que pedirle permiso y él nos decía el día que nos tocaba guisar. El horno del Bujo se empezó a caer cuando se dejó de guisar en él. Si se guisaba en éste no se guisaba en aquel que estaba en la puerta de la casa de Nicolás Godoy, si se guisaba en aquel no se guisaba en éste. Como antes no había tanta leña, para calentar el horno se llevaba mucha leña, si estaba ardiendo uno se dejaba apagado el otro y todas veníamos a guisar (D.^a Inés Suárez Suárez, 80 años, Hoya de Pineda, 3-VII-2005).

(...) ellas hacían loza en el Bujo, porque todo el Bujo aquel no eran si no cuevas. Venía por la mañana gente de San Antonio cargada en cestas con la comida del día, ponían allá abajo una cocinilla de las que habían antes de fuelle y con leña y allí hacían de comer y allí estaban todo el día, para no estar pa arriba y pa abajo y estaban todo el día haciendo loza (D.^a Rafaela Santiago Suárez, 64 años Hoya de Pineda, 25-IX-2005).

El horno de Nicolás Godoy Vega. Después del Horno del Bujo el que sigue por antigüedad, unos 45 años aproximadamente, es el horno de más capacidad de los existentes en Hoya de Pineda, en su construcción participaron, tanto los hijos de Nicolás Godoy como otros vecinos:



El horno de Nicolás Godoy, 1976. Foto: Juan F. V. Sosa Guillén.

(...) en su construcción participaron, mucha gente después de trabajar toda el que quería guisar ayudaba y los domingos más, si señor (D.^a Rafaela Santiago Suárez, 64 años Hoya de Pineda, 25-IX-2005).

Tenemos que reseñar que antes de éste, a escasos metros existió otro horno construido por el padre de Nicolás Godoy y que fue desmontado por el propio Nicolás por estas mismas fechas:

Aquí antes nada más que había dos hornos aquel del Bujo que se cayó, volvió y se hizo otra vez y ese lo hice ya muchísimos años, pero antes que ese hizo mi padre uno allá según está la cocina afuera y ese horno lo tiré yo y me traje el material y lo hice ahí, ahí se guisaba más que abajo (Horno del Bujo), ese es mucho mayor que aquel, en el del Bujo hace muchísimos que no se guisa, y éste también hay una partida de años que no se guisa, porque ya yo lo tengo abandonado y nadie hace loza, mi sobrino hizo

un horno pequeñito allí arriba y allí jace algún vasijo
(D. Nicolás Godoy Vega, 86 años, Hoya de Pineda, Gáldar. XI-2000).

El horno de Blas Godoy Santiago. Construido por el propio Blas hace unos 37 años aproximadamente, se localiza



El horno de Blas Godoy Santiago. Foto: Juan M. Zamora Maldonado.

en el patio trasero de la casa del locero, no se utiliza desde el año 1990, año que fallece a la edad de 47 años (APSMG).

Libro de Defunciones. N.º 16, folio 139 v.º, 19-I-1990). Conocido por su habilidad a la hora de construir hornos y chimeneas, participó en la construcción del horno de Nicolás Godoy, quizás nos atreveríamos a decir que es, en este momento, cuando aprende esta técnica constructiva que desarrollará en varias ocasiones como veremos. Blas Godoy era hijo de la locera Pino Santiago y de José Godoy.

El horno de Rafaela Santiago Suárez. Este es el único de los hornos que en la actualidad se sigue usando en Hoya de Pineda, tiene una antigüedad de 39 años (fue construido en 1969), en su elaboración también participó Blas Godoy Santiago:

Este horno lleva 35 años de hecho, lo hizo mi padre, mi hijo y Blas, todo los días a ratitos por la tarde lo iban haciendo (D.ª Rafaela Santiago Suárez, 64 años Hoya de Pineda, 25-IX-2005).

El horno de Carmen Monzón Suárez. Fue construido por

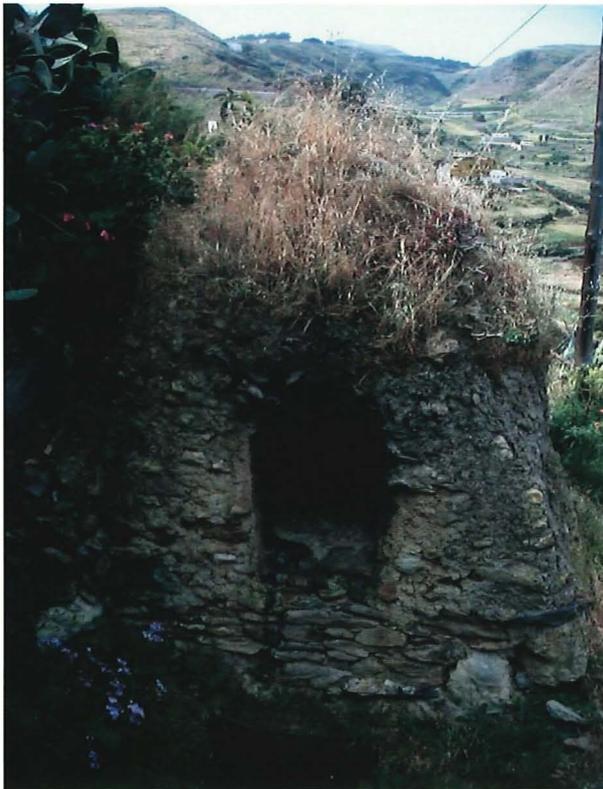


El horno de Carmen Monzón Suárez. Foto: Juan M. Zamora Maldonado.

Blas Godoy Santiago tiene una antigüedad aproximada de 27 años, se localiza en el lugar conocido como El Huerto, es el de menor tamaño, fue utilizado por Joaquín hijo de Carmen Monzón:

Ese horno la verdad se usó poco, para decir la verdad, hace más de quince años que dejó de hacer loza y se marchó a vivir a Guía (D.^a Rafaela Santiago Suárez, 64 años Hoya de Pineda, 25-IX-2005).

El horno de José Godoy Castellano. Tiene una antigüedad aproximada de 20 años, fue construido por Blas Godoy Santiago:



El horno de José Godoy Castellano. Foto: Juan M. Zamora Maldonado.

Mi cuñado José estaba trabajando en la construcción se le cayó un palo y le partió la clavícula y se quedó inútil y se dedicó hacer loza, hasta que cayó enfermo y la dejó de hacer (D.^a Rafaela Santiago Suárez, 64 años Hoya de Pineda, 25-IX-2005).

Asimismo, en esta relación de los hornos existentes en Hoya de Pineda tenemos que añadir el de La Montaña en Guía y la cueva artificial que se usó como horno en el enclave troglodita de Las Cuevas del Bujo, conocida como La Cueva de La Loza, ambas estructuras ya descritas en un capítulo anterior.

5.3. La venta de la loza.

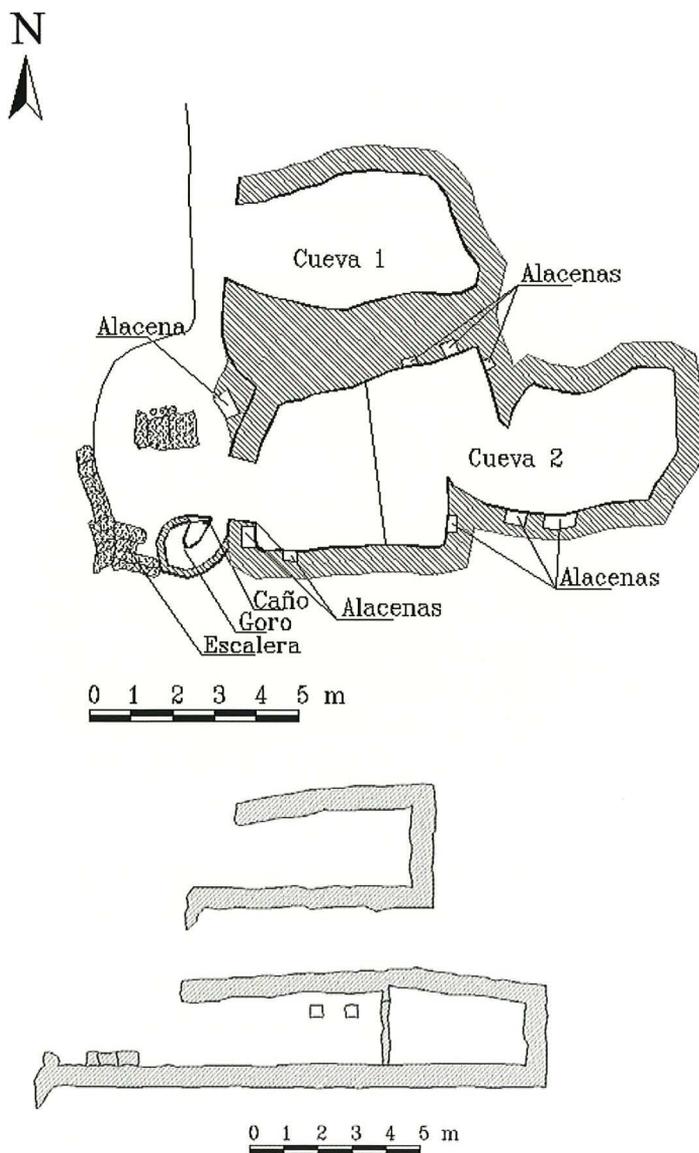
*De la Degollada soy señores
Talallero soy y vendo tallas
A la una estuve en Guía
A las dos en La Atalaya*

(D.^a Carmen Monzón Suárez, 75 años, Hoya de Pineda, 30 – IX-2006).

Esta transacción comercial era realizada generalmente por estas personas vinculadas con el barro. La venta ambulante era una actividad bastante común en el pasado en Canarias:

Por un lado estaba la lista de buhoneros, traficantes y vendedores-compradores de siempre, con todo tipo de artículos, que tenían una dedicación exclusiva a esta actividad y que estaba regulada oficialmente. Luego estaban los vendedores ocasionales, por regla general, de sus propios productos, como lo hacían artesanos,

agricultores...con su producción propia entre otras muchas formas, (...) (Suárez Moreno, 2005:103).



Planta y secciones de la cueva taller de Julianita. Elaboración: Margarita I. Jiménez Medina.

A este orden comercial pertenecía la venta y distribución de la loza de Hoya de Pineda, se realizaba a pie recorriendo los distintos pagos normalmente del norte de Gran Canaria. Seguían una red de caminos y veredas. La rapidez tanto en los traslados como en el trato comercial, era esencial por motivos obvios. Estas personas que se dedicaban a estos menesteres de la venta ambulante eran conocidas según la información oral con el calificativo de *andarines*. Estos desplazamientos se hacían en muchas ocasiones con los pies descalzos, esta situación traía como consecuencia, que los días estivales de temperaturas altas la tierra y piedras de los caminos quemaran literalmente las plantas de los pies. El ingenio inspirado por la necesidad llevó a que estas mujeres y hombres improvisaran rústicos calzados elaborados con hojas de pitas:

Llegamos a ir caminando de aquí abajo a Tejeda y Artenara, Juncalillo, Barranco Hondo Abajo y otros sitios y la tierra quemaba como fuego, brincando pa aquí, brincando pa allá, recuerdo una tía mía hermana de mi padre que cogía, cortaba una pita j una pita! se la ponía en la pierna y se la amarraba pa que la tierra no la quemara (D. Antonio Suárez Santiago, 80 años, Hoya de Pineda, 13-X-2006).

Era tal la precariedad de este colectivo de personas que desde muy temprana edad se empezaba en la venta de la loza:

Con siete años iba pa Arucas con cuatro vasijos pequeños encima acompañando a mi padre, mi padre le dijo un día a mi madre -Juana, déjame la niña aquí, que descanse ya hoy pa que te de compañía-, me acuerdo como si fuera ahora mismo (D.^a Juliana María Suárez Vega, 83 años, Hoya de Pineda, Gáldar, X- 2000).

Cuantas veces iba caminando yo una niña de doce años, cargaa hasta Arucas y la columna se me fue toa a un lado lo que yo llevaba siempre pa allá me acuerdo era cuatro tallas, dos por aquí, dos por allí atadas con una sogá y después encima cuatro tostadores de café, esa era la carga mía cuando era niña (D.^a Tomasa Suárez Santiago, 85 años, Hoya de Pineda, 7-X-2006).

Con el paso del tiempo fueron apareciendo vehículos de motor que transportaban fruta desde el noroeste hacia la capital y otras ciudades, con lo cual pudieron llegar vendiendo loza a lugares más lejanos. Bajaban caminando desde Hoya de Pineda, cargando la loza, generalmente la tarde del día anterior, hasta el cruce de La Atalaya o San Sebastián en Guía, descansando junto a las cestas donde llevaban la loza y esperaban el paso de estos camiones, hay que tener en cuenta que podían pasar días hasta que pasara un camión con hueco para llevar la loza, estos paraban al grito de las loceras que repetían una y otra vez: *¡lleven loza!, ¡lleven loza!*

En la venta participaban mujeres hombres y niños, esta operación se realizaban en los mercados locales (como en el de Arucas, lugar en el que las loceras pasaban la noche del viernes, ya que el día de mercado era el sábado, al igual que en Guía y el domingo en el de Gáldar), así como de puerta en puerta, abarcaban diversas entidades poblacionales: Gáldar, Guía, Agaete, La Aldea, Moya, Fontanales, Teror, Buen Lugar (Firgas), Tejeda, Artenara, Juncalillo, Bañaderos, Firgas, Barranco Hondo de Arriba, Barranco Hondo de Abajo, Casas de Aguiar en Tamaraceite, Telde, Las Palmas de Gran Canaria y, ocasionalmente, llegaban hasta Agüimes y El Carrizal de Ingenio.

En algunos de estos puntos de población la venta, o más bien el trueque o *defeto*, termino que ellos emplearon

para denominar esta operación de intercambio, se realizaba adaptándose al ciclo agrícola de recogida de los cultivos, que era conocido por estos artesanos que sabían cuando tenían que acudir a estos distintos pagos, según el tipo de cultivo que tocaba recolectar:

Antes lo cambiábamos por comida nadie te daba dinero, a mi me ponían millo, papas y gofio, nosotros decíamos por defeto (D.^a Carmen Monzón Suárez, 75 años, Hoya de Pineda, 30 – IX-2006).

Íbamos caminando con la loza en cestas de aquí, hasta La Atalaya, y cuando pasaban los camiones de cebollas y plátanos le gritábamos -lleven loza-. Eso cuando íbamos para el Puerto que vendíamos en la puerta de la recoba, donde hacíamos noche para vender al día siguiente o para Las Palmas que vendíamos en el Puente Piedra o a Telde que vendíamos en la Plaza San Gregorio, en Arucas vendíamos en la Plaza junto a la recoba y después íbamos a vender por el Cerrillar y por las calles aquellas En Tamaraceite en la calle principal vendíamos la loza y en las tiendas. Después cuando la vendíamos, veníamos otra vez pa acá, cuantas veces, tuvimos que venir de Las Palmas pa aquí caminando, porque no teníamos las cuatro pesetas que valía el Coche de Hora, porque el dinero que teníamos era para buscar la chucha, también la vendíamos en la recoba de Gáldar, en Guía, Tamaraceite y Moya. (D.^a Inés Suárez Suárez, 80 años, Hoya de Pineda, 3-VII-2005).

Íbamos en camiones para Arucas más bien los sábados y nos quedábamos en una acera en la calle y allí amanecíamos por la mañana, sacábamos la loza de las cestas y la poníamos allí se iba vendiendo. Yo me acuerdo, cuando tenía diez años con mi padre ir a Buen Lugar caminando con una cestilla llena de

*platos chicos y cosas chicas, un día fuimos a Telde en camión una tía mía y el marido con cestos de loza y después como nadie nos traía de regreso el coche de hora como decíamos antes no nos traía por las cestas, porque no querían traerlas y vinimos caminando desde Telde a Hoya de Pineda, mi abuela iba hasta Fontanales a cambiar la loza por papas, carne de cochino [*Sus scrofa porcus*], hasta gofio me acuerdo que traía en el tiempo del hambre le encargaban jarras grandes para guardar la carne de cochino (D.^a María Santiago Moreno, 79 años, Hoya de Pineda, 29-VIII-2006).*

La loza la vendíamos, si era por aquí la cambiábamos por papas o por comida, cuantas veces fuimos a Barranco Hondo de Arriba y Barranco Hondo de Abajo a venderla por papas y venir con el saco lleno de papas y cuando íbamos a la ciudad la cambiábamos por dinero, las macetas pequeñas a dos o a una pesetas, las otras más grandes a tres pesetas los bernegales a duro (D.^a Inés Suárez Suárez, 80 años, Hoya de Pineda, 1-VII-2005).

Usted sabe Barranco Hondo, hasta las Cuevas de Las Albejas allegué a di cargada de loza y cargarme un saco de papas por un tostador y llegar aquí abajo con él, todos los años en el mes de Santiago y agosto es la recogida de papas en Barranco Hondo y cambiábamos una cosa por otra. Mi madre se iba de aquí y con la loza que guisaba, la cambiaba en La Aldea por cebada para hacer gofio, en La Aldea hay barro, sí señor (D.^a Juliana María Suárez Vega, 83 años, Hoya de Pineda, Gáldar, X-2000).

Las tallas y bernegales se amarraban con las tomizas de cuatro en cuatro, después se amarraban

hasta 16 ó 20. En cestas grandes se llevaban, las macetas, ollas y otros vasijos. Yo me acuerdo de ir con mi padre a vender, ollas y tallas al Carrizal en el Sur que era lo que más compraban (D. Antonio Godoy Suárez, 70 años, Hoya de Pineda, Gáldar, 3-IX-2005).

Mana Hilaria que era hermana de Julianita, iba con mi marido ¡en paz descanse! A vender loza, ya casao, yo me casé con 16 años, entonces iban a vender a Firgas y Arucas. Y entonces le decía esta mana Hilaria – Joaquín vamos a tapar la loza de tu madre y vamos a vender la mía primero, porque si ven la tuya no compran la mía – ¡madre mía! La gente después toda envenená, cuando volvían y pasaban por allí - ¡ay que loza tan bonita y donde la tenían! -es que nos la trajeron ahora – (D.^a Carmen Monzón Suárez, 75 años, Hoya de Pineda, 30 – IX-2006).

En estas idas y venidas por esos caminos que surcaron sus vidas, nos informaron de la peculiar manera de llamarse entre ellos y ellas cuando las noches las sorprendían regresando de vender loza:

Ellas iban a vender loza pa Moya esa banda , se echaban una cesta de loza, los hombres más tarde la llevaban amarradas con unos cabestros iban a vender. Y en estos días chicos que oscurece dende las seis y media es de noche les cogía la noche y como no aparecían, empezaban a gritar no la llamaban por el nombre, las mujeres largaban un chillio que me hacía mucha gracia, desde allá arriba, ¡uhhhhh! y de aquí respondían los hombres ¡ehhhh!. Eran las señas que ellos tenía pa llamarse de noche (D. Santiago Molina Moreno, 72 años, Hoya de Pineda, 13- XI-2000).

También las loceras vendían su mercancía a intermediarios, por *cargas*, medida que equivalía según palabras de Julianita a la capacidad de carga que un hombre podía llevar, *ocho bernegales amarraos y después loza en simba*. Luego estas personas distribuían y vendían la loza por diferentes lugares, siendo para las loceras un ingreso importante en su precaria economía:

Había gente que llevaban mucha loza de aquí para revender, nosotros se la vendíamos, mi madre y la gente vieja, y ellos andaban por ahí por los mundos vendiendo loza. Usted se acuerda de uno que le decían, Antonio el Gran Capito ese hombre venía aquí debajo y cargaba y me decía –Julia te voy a decir una cosa, porque tú no me hechas una carga de loza fiá y cuando yo la venda y se me queda pa yo come te pago la loza, ¿se puede tratar?. –Si señor- y se la echaba, una carga más una carga menos y él se llevaba su carga de loza. Todas estas niñas que ya eran granditas se alegraban cuando lo veían venir porque sabían que traía las perras para comprar un pan que era lo que había (D.^a Juliana María Suárez Vega, 83 años, Hoya de Pineda, Gáldar, X- 2000).

Había uno que era de arriba del Saucillo que era hermano de mana Tomasa, que también llegó a venir a hacerla y después compraba ya últimamente pa ir a venderla, pa Moya, Fontanales, pa Barranco Hondo de Abajo, pa Barranco Hondo de Arriba (D.^a Carmen Monzón Suárez, 75 años, Hoya de Pineda, 30 – IX-2006).

También la loza la adquirían tiendas para su reventa, previo encargo por parte del comerciante a las loceras:



Cafetera, elaborada por la locera Juana Moreno Silva. Propiedad de la familia Castellano. Foto: Juan M. Zamora Maldonado.

Él se llamaba don Hilario tenía la tienda cerca del Hospital San Martín en Las Palmas, me encargaba la loza a mí, porque le gustaba nuestra loza, de La Recoba cogíamos un triciclo hasta su tienda (D.^a María Santiago Moreno, 79 años, Hoya de Pineda, 29-VIII-2006).

(...) y también la vendíamos por las tiendas (D.^a Inés Suárez Suárez, 80 años, Hoya de Pineda, 1-VII-2005).

Asimismo, los productos cerámicos defectuosos por distintas razones de elaboración o cocción tenían cabida en el mercado, como comprobamos en el relato de Inés Suárez, que dice:

Muchas veces la loza que salía rajada la vendíamos en Gáldar la vendíamos más barata y la buena la vendíamos en Las Palmas más cara, la gente de San Juan venían a comprar las macetas rajadas porque eran más baratas (D.^a Inés Suárez Suárez, 80 años, Hoya de Pineda, 3-VII-2005).

También hemos podido recoger testimonios de personas que acudían a La Degollada de Hoya de Pineda, cargando productos agrícolas para cambiarlos por loza:

Cuando muchachas, íbamos caminando desde Bascamao a La Degollada, con papas, coles [Brassica oleracea var.] y judías [Phaseolus vulgaris] para cambiarlas por loza. Recuerdo que las loceras que mejor dejaban la loza eran Catalina y Sebastiana (D.^a Carmen Quintana Hernández, 64 años, Bascamao, 11-XII-2007).

En estos avatares en la venta del producto final existieron también otras pautas esta vez relacionadas a causas fortuitas más de una vez se rompía la loza por esos caminos debido a un tropiezo regresando con las manos vacías. Hasta los fenómenos naturales en ocasiones se confabulaban contra estas gentes:

Una vez me acuerdo vinieron relámpagos y truenos sin llover. Y tu sabes que cuando son los truenos grandes tiemblan las cuevas. Y nada más que de los relámpagos y truenos una cueva que tenía llena de losa blanca, era que estaba ya preparada para guisarla y se le rompió toda la loza (D.^a Carmen Monzón Suárez, 75 años, Hoya de Pineda, 30-IX-2006).

5.5. Relaciones de trabajo.

La labor en estos menesteres comenzaba desde muy temprano. Esta realidad queda bastante lejos de las lecturas románticas que en la actualidad y generalmente se tiene de la vida artesanal:

(...) mis padres siempre se levantaban a la una o las dos de la madrugada a trabajar (D. Antonio Suárez Santiago, 80 años, Hoya de Pineda, 13-X-2006).

Los ingresos de estas loceras dependían de la cantidad de loza producida, dedicando el mayor número de horas posible a esta labor, como así pudimos comprobar por los diferentes informantes:

Yo hacía en medio día ciento veinte macetas, o hacer veinte bernagales y después ochenta macetas mi hijo (D.^a Inés Suárez Suárez, 80 años, Hoya de Pineda, 1-VII-2005).

Mi madre se llegaba a levantar a las tres de la mañana, decirnos a nosotras que eran las seis para que no cogiéramos miedo, para ir abajo a hacer loza. Y aclarar el día con ochenta macetas que ya habían pasado por las manos de ella (D.^a Rafaela Santiago Suárez, 64 años Hoya de Pineda, 25-IX-2005).

Una de las características más significativa de los centros loceros, era la de vivir agrupados, como otros colectivos de artesanos. Esta era una estrategia que conllevaba un ahorro de energía en el trabajo, como ya hemos podido ver.

Sobre esta visión de la vida del artesano el Dr. Agustín García Benito hace la siguiente reflexión:

Se está acostumbrando a aceptar el tópico de que el artesano trabajaba pacientemente, con serenidad, respirando al mismo ritmo de la materia,

pero generalmente no era así, al menos en el caso de los alfareros. Esta idea se ha extendido por que nos gusta pensarlo, porque nos complacen las lecturas románticas, aunque solo sea por contraposición al modo de vida de la sociedad actual. Parece también que hubiera una necesidad innata en el hombre de estar en contacto con la naturaleza, con la materia bruta, con los procesos elementales de transformación de ésta, y el trabajo manual y el arte popular pueden ofrecer la imagen de lo que se desea ver, la idea del retorno a los orígenes. Por otra parte, el progresivo desarraigo a que conduce la vida en las ciudades potencia aún más una visión romántica urbana y burguesa (García Benito, 2004: 452).

En Hoya de Pineda existió por parte de la mayoría de sus vecinos una especialización en torno a la loza, cuya unidad básica de trabajo era la familia, pero también hemos podido documentar la contratación temporal de loceras a cambio de dinero, esta estrategia económica responde a la necesidad de poder hacer frente a los encargos pendientes de la locera contratante, ya que no todas estas artesanas tenían el mismo volumen de demanda:

Mi suegra Asunción García Suárez, hacía loza también, pero si la llamaban para que le trabajara, por ejemplo mi madre tantas veces que la llamó para hacer loza, también había otra la abuela de mi marido Hilaria Suárez, también llegó a trabajar pa mi madre y pa algunas más que le hablaban. Después estaba mana Sebastiana que trabajó mucho para mi madre o para quien la llamara, ellas no iban hacer dibujo ni nada, ellas las hacían y la habilitábamos nosotras y alo mejor si tenían tiempo en las horas que trabajaban iban por la mañana y hasta por la tarde, las ponían al sol y después a lo mejor la aliñaban por dentro y ya está. Iban por la mañana allí almorzaban, alo mejor se

desayunaban también y después por la tarde el café de costumbre y después se marchaban. A Hilaria fui lo menos tres veces a venderle las tallas a Las Palmas, pa ella ir a trabajar con mi madre, sabía mejor que yo hacer la loza (D.^a María Santiago Moreno, 79 años, Hoya de Pineda, 29-VIII-2006).



Loza en la cueva secándose, años setenta. Foto: familia Castellano.

Mi abuela que se llamaba Dominga Santiago Moreno, que en paz descansa, recuerdo que hasta de Las Palmas llegó a venir una que se llamaba mana Cira, me acuerdo de verla allí haciendo loza con mi abuela, porque la contrataba, yo recuerdo de pequeñita, porque mi madre murió luego y me dejó con 9 años y yo casi estaba más bien en casa de mi abuela, porque mi padre trabajaba por fuera y se

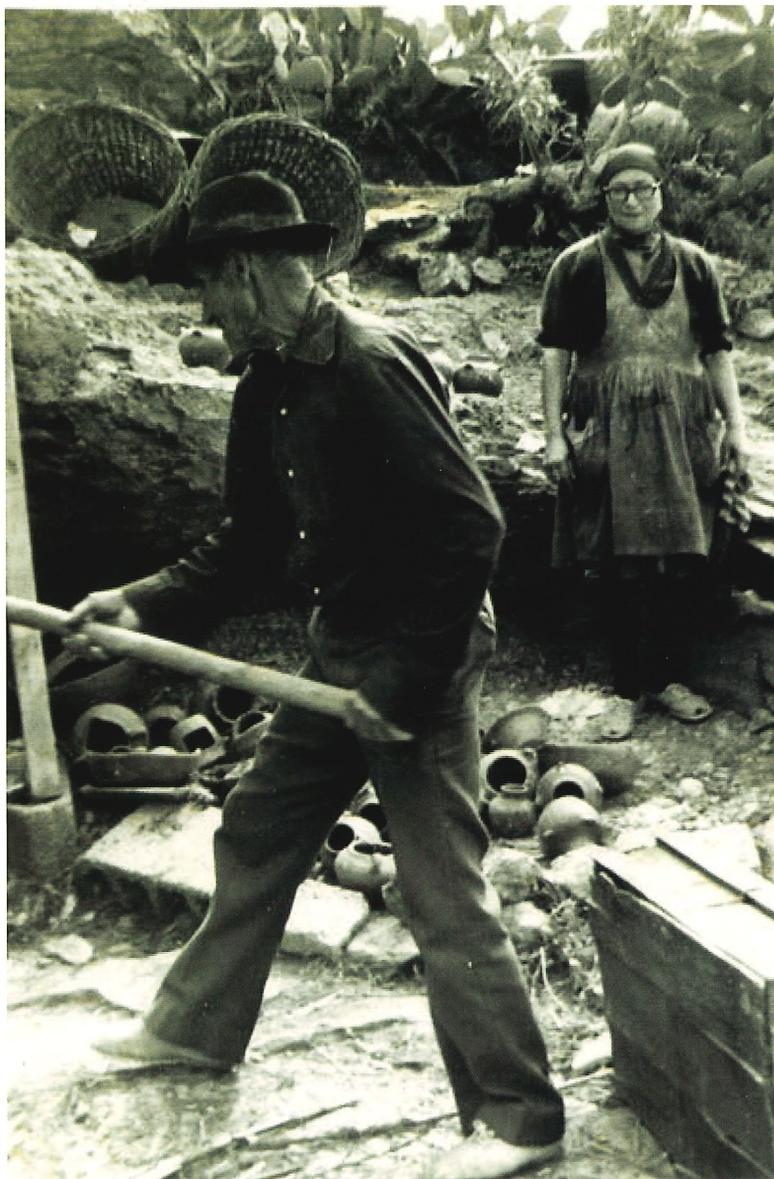
quedaba en Fontanales, en el Drago, empaquetando paja y venía cada ocho días (D.^a Carmen Monzón Suárez, 75 años, Hoya de Pineda, 30 – IX-2006).

Mi hermano Juan Monzón Suárez, él hacía la funda y su mujer la habilitaba y después contratava otras personas que le hiciera loza, gente que eran expertas en hacer mucha loza (D.^a Carmen Monzón Suárez, 75 años, Hoya de Pineda, 30 – IX-2006).

En estas relaciones de trabajo entre las alfareras de Hoya de Pineda, existió también la figura del guisandero profesional que aportaba sus servicios a cambio de una remuneración económica, contratado por aquellas loceras que por diversas razones no disponían de personas capacitadas para este menester. Esta labor era de una dureza considerable, dada las circunstancias de este trabajo:

Yo no me acuerdo lo que cobraban, pero creo que era un tostón o medio duro no estoy segura ese trabajo no era pago, haber los que recuerdo, estaba el marido de Julianita que guisaba la del y a lo mejor si le hablaba le guisaba, mi hermano Pascual que ya también la guisaba, después estaba Julián una vez con Julián me tocó el turno de noche mi marido no estaba, él no guisaba pero ayudaba, toda la noche guisando acostada en un rincón en un saco y Julián sacando la loza y yo llevándola pa dentro, hasta la mañana. Luego estaba Francisco Godoy el marido de Simona La Chica y había otro que se llamaba Marcelino, que era el suegro de un hermano mío, también guisaba la loza, todos cobraban (D.^a María Santiago Moreno, 79 años, Hoya de Pineda, 29-VIII-2006).

HISTORIA DE LA ALFARERÍA TRADICIONAL EN HOYA DE PINEDA
Juan M. Zamora Maldonado y Antonio M. Jiménez Medina



La locera, Julianita con el guisandero Juan Suárez Vega. Foto: familia Santiago.

Otro aspecto en los comportamientos laborales era el “ir a medias”, una de las partes *preparaba el oficio* es decir preparaba el barro, traía la leña y guisaba la loza y la otra parte se encargaba de elaborar la cerámica y al final repartían el número de piezas en dos partes iguales:

Mi marido a mucha gente de Hoya de Pineda iba y le preparaba el oficio y la compartían, mana Juana, primero mi marido y después mi hijo y a Juliana había veces que también la ayudaba y otra era a Bernarda que era ahijada, mi marido buscaba el barro, la arena, pisaba el barro, buscaba la leña guisaba y acarreaba la loza pa las cueva y después allí en la cueva ya después de guisada, repartían por la mitad, eso viene de antiguo (D.^a Carmen Monzón Suárez, 75 años, Hoya de Pineda, 30 – IX-2006).

CAPÍTULO VI

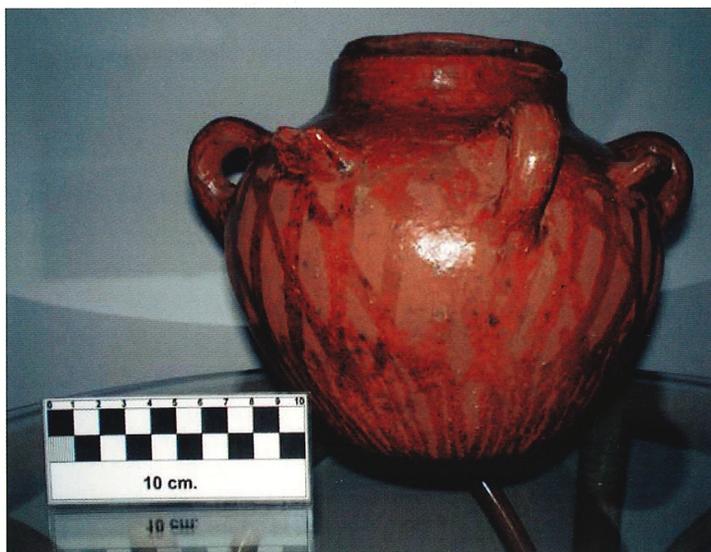
TIPOLOGÍA DE LA LOZA EN HOYA DE PINEDA

Como ya indicamos en la introducción simplemente daremos algunos apuntes sobre la tipología de la loza de Hoya de Pineda que no difiere grosso modo de la elaborada en otros centros loceros de Gran Canaria, aunque con algunas características propias de este lugar.

Por lo general las piezas más antiguas son de mayor calidad, debido a que había una mayor demanda y una elevada competencia. La loza que elaboraron las diferentes loceras en Hoya de Pineda era de distinta calidad, según la habilidad y experiencia que tenían sabemos que existieron loceras que no realizaron las tipologías complejas:

Unos trabajaban la losa fina, otras al trancazo la basta, mi madre no la hacía ni tan mal ni tan bien, la hacía normal, pero en Hoya de Pineda habían tres mujeres especiales que hacían la losa finita ¡una maravilla!, se llamaban mana Patricia, mana Catalina y mana Sebastiana (D.^a Tomasa Suárez Santiago, 85 años, Hoya de Pineda, 7-X-2006).

Cuando estaba oría, entonces mi madre la habilitaba. Yo aliñaba loza, la raspaba, pero hacerla no la hice nunca. Hoy la loza no es como la de antes, hoy cuatro tallas pesan más que antes veinte tallas, ¡cristiano, eso era liviano!, hoy le echan mucho barro (D. Santiago Suárez Santiago, 88 años, Hoya de Pineda, Gáldar, VII- 2001).



Tallita realizada por la locera, Sebastiana Ildefonso Vega Suárez, familia Vega.
Foto: Juan M. Zamora Maldonado.

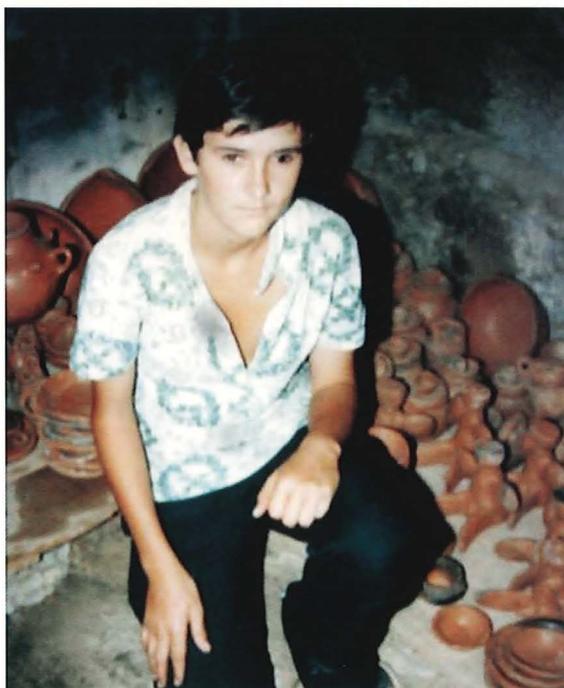
Es cierto que estos artesanos repetían las tipologías heredadas, pero con los años iban adquiriendo un carácter personalizado, esta peculiaridad hacía posible que cada locera conociera su trabajo y el de las otras loceras. Existen formas cerámicas puntuales, normalmente realizadas por encargo y otras que pertenecen a la actitud inventiva del propio artesano. También estas personas estaban sujetas a las influencias externas.

Alguna cosa que me gustara –Hoy voy hacer esto a ver como queda- hasta una vez hice una sartén con el rabo, me la llevé para Las Palmas y la vendí (D.^a Carmen Monzón Suárez, 75 años, Hoya de Pineda, 30 – IX-2006).

El volumen de producción se concentró en un número reducido de formas que dependían de la necesidad y demanda por parte de la sociedad en momentos determinados. Sabemos que en la última etapa del centro locero de Hoya de

Pineda los productos cerámicos más solicitados fueron las macetas y bernecales.

A finales de los años setenta, jóvenes loceros de Hoya de Pineda, motivados por el auge que en estos años estaba cobrando la loza tradicional, elaboraron, además de las tipologías tradicionales, nuevas formas cerámicas influenciados por personas foráneas, como son las versiones del conocido ídolo de Tara¹³, este el caso de D. Joaquín Santiago Monzón y de D. José Godoy Santiago, este último es hijo de la locera D.^a Rafaela Santiago Suárez. Esta experiencia sólo duró unos años.



Joaquín Santiago Monzón finales de los setenta. Foto: familia Castellano.

¹³ Observamos a la derecha de la fotografía e donde aparece D. Joaquín Santiago Monzón unas figuras con formas antropomorfas, que representaban recreaciones inspiradas en el ídolo de Tara, creadas por este locero.

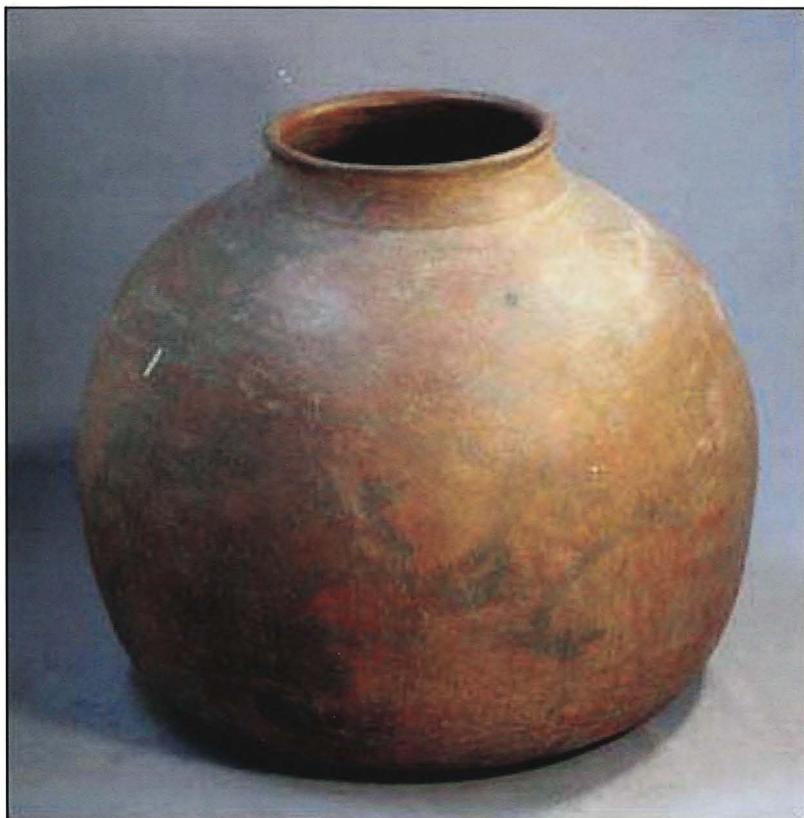
6.1. Catálogo.

Pensamos que es urgente la elaboración de un catálogo de las piezas antiguas que aún se conservan en los fondos de las distintas colecciones depositadas, tanto en museos como en manos de particulares. Para su localización hay que seguir de una manera sistemática las antiguas rutas y puntos de venta.

En esta propuesta para el estudio de las tipologías de la loza de Hoya de Pineda, una de las dificultades que se nos presentaba a la hora de identificar las piezas cerámicas, y distinguir las de las procedentes de otros centros loceros, era que muchas zonas de venta eran comunes. En la arqueología se aplica en el estudio de la cerámica un conjunto de métodos y técnicas de carácter analítico que estudian sus componentes minerales, tratando de identificar como se elaboraron y para que se usaron, entre otras cosas (Orton, Tyers y Vince, 1997: 159).

En este primer acercamiento hemos utilizado una lupa binocular B Crown, trabajando entre 20 y 60 aumentos, lo que facilitó distinguir los distintos tipos de inclusiones, entre otros diferentes parámetros que se pueden analizar con este método óptico (Seva Román, 1995: 39). En este sentido pudimos detectar las inclusiones sin dificultad.

La composición mineralógica de los diferentes fragmentos cerámicos analizados procedentes de distintos alfares Canarios, en una primera valoración podemos decir que están compuestos de minerales que al ser humedecidos, tienen propiedades plásticas (matriz) y de fragmentos de roca no plásticos denominados desgrasantes, una parte de estas inclusiones están presentes de forma natural con la arcilla (origen primario) y otra parte son las que se añadieron en la manipulación del barro (origen secundario).



Antigua Jarra de Hoya de Pineda, colección fondos FEDAC. Foto: FEDAC.

En este sentido nos hemos centrado sobre todo en el estudio del desgrasante o inclusión como elemento diferenciador, si en Hoya de Pineda se emplea la *Tosca* molida que se extraía de cuevas, en Lugarejos (Artenara) se usa como desgrasante la arena de barranco preferentemente la del Barranco de La Hoya (Cuenca Sanabria, 1981: 12). En La Atalaya (Santa Brígida) se usa la arena procedente por lo general del Barranco de Las Goteras (Cuenca Sanabria, 1981: 9). En Tunte (San Bartolomé de Tirajana) como desgrasante

se usaba en especial la arena del Barranquillo del Roquillo (Zamora Maldonado y Jiménez Medina, 2004: 81).

Realizamos a modo de prueba un estudio comparativo entre diferentes grupos de fragmentos cerámicos¹⁴; procedentes de Hoya de Pineda, de Lugarejos (Artenara) y El Mojón (Teguise) en la isla de Lanzarote.

En este ensayo con lupa binocular apreciamos los diferentes desgrasantes integrados en la matriz arcillosa, tanto los de origen primario como los secundarios, mencionar que en estas primeras pruebas apreciamos las siguientes diferencias y parámetros:

Grupo A. Fragmentos de Lugarejos, Artenara (ver foto alusiva). Comprobamos en las observaciones realizadas que las inclusiones añadidas son de color oscuro (secundarias) y se encuentran en menor proporción que los desgrasantes primarios.

Grupo B. Fragmentos de Hoya de Pineda (ver foto alusiva). Los desgrasantes (secundario) son de color blanco y aparecen integradas en la matriz o pasta de cerámica. En estas primeras pruebas nos hemos percatado de la importancia que también tienen de las inclusiones primarias a la hora de poder determinar el origen de la arcilla, estas últimas se encuentran en mayor proporción que las secundarias.

Grupo C. Fragmentos de El Mojón, Lanzarote (ver foto alusiva). Las inclusiones son de color negro (arena Barranco) y se hallan en mayor proporción que las primarias. Las cerámicas de este desaparecido centro locero presentan características propias sin parangón en la alfarería tradicional canaria (El Alfar, 1998: 39-44).

¹⁴ Estos materiales cerámicos fueron localizados, en superficie, en zonas próximas a los antiguos alfares.

Centros loceros	Tamaño de las inclusiones	Frecuencia	Ordenación
Lugarejos	0,25 a 0,5 mm.	Moderada	Pobre
Hoya de Pineda	1 a 2 mm.	Moderada	Muy pobre
El Mojón	0,25 a 0,5 mm.	Abundante	Equilibrada

Inclusiones secundarias¹⁵. Nota: elaboración propia.

En la actualidad nos encontramos en un estado incipiente en este tipo de investigaciones arqueométricas de los desgrasantes y arcillas usados en la loza tradicional canaria. Esperando que futuros trabajos petrográficos y químicos, aporten nuevos datos sobre su origen y evolución.

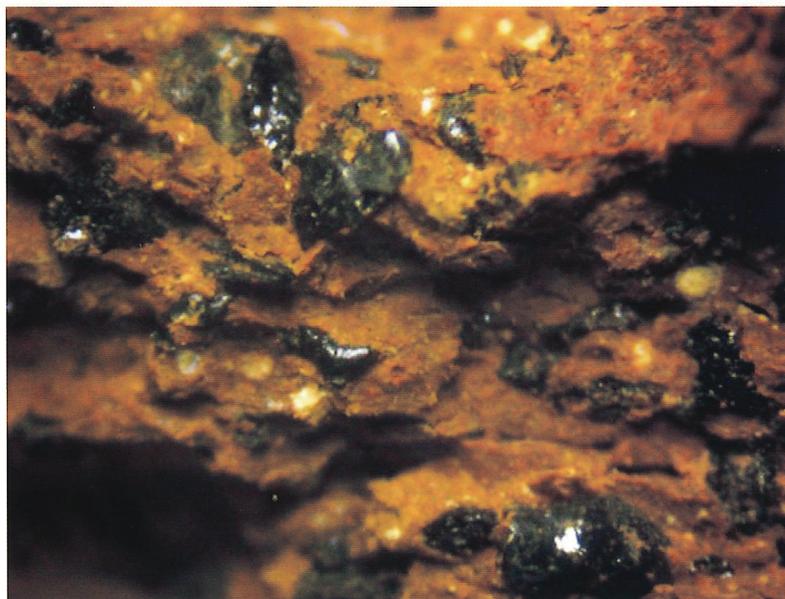


Detalle inclusiones, Lugarejos. Foto: Juan M. Zamora Maldonado.

¹⁵ Para la elaboración de esta tabla nos hemos basado en Orton, Tytr y Vencen, 1997: 266- 269 y en la propuesta de índice de J. Capel 1986 (en Seva Román, 1995: 38). Los datos de este cuadro, son estimaciones medias y generales de carácter provisional a la espera de nuevos datos.



Detalle inclusiones, Hoya de Pineda. Foto: Juan M. Zamora Maldonado.



Detalle inclusiones, El Mojón. Foto: Juan M. Zamora Maldonado

6.2. Tipologías.

Lo más habitual en los trabajos de cerámica tradicional es clasificarlas por tipologías, morfología, función, etc., todas estas maneras de ordenar son válidas, pero como es lógico todas tienen carencias lo más aceptado es estudiarlas con distintos enfoques y niveles (García Benito, 2004: 203). En un anterior trabajo sobre el centro locero de Tunte en San Bartolomé de Tirajana planteamos una propuesta de tipología funcional (Zamora y Jiménez, 2004: 220-223 y Jiménez Medina, Zamora Maldonado y Hernández Marrero, 2008). Las piezas de Hoya de Pineda las hemos englobado, según la funcionalidad que presentan, en la siguiente propuesta tipológica:

1.º Preparación y manipulación de alimentos: lebrillos.

2.º Cocción de alimentos: cazuelas, cazuelos, ollas y tostadores o frigueras (de café, de millo, de castañas, etc.).

3.º Servicio y presentación de alimentos: cazuelos para servir leche, cucharas, platos, soperas y vasos.

4.º Almacenaje, transporte, contención y conservación: bernegales, jarras (recipientes de hasta 50 litros, o más, de capacidad), porrones, tallas, así como jarras pequeñas, jarras para cuajo de leche, cántaras, etc.

5.º Iluminación: candiles, palmatorias, etc.

6.º Contenedores de fuego: braseros, fogueros, hornillas u hornos de pan y sahumadores. Los reverberos a pesar de no contener fuego, podrían encasillarse en este apartado, pues su función era la de calentar leche materna que luego era usada como remedio contra la otitis.

7.º Complementos: tapaderas de bernegales, tapas para ollas y cazuelos, etc.

8.º Higiene doméstica y personal: ganiguets y pilones.

9.º Usos lúdicos: ceniceros, juguetes (generalmente eran réplicas en miniaturas de tallas, platos, vasos, etc., así como figuras) y macetas.

10.º Usos rituales: incensarios o sahumeros (o sahumadores).

11.º Indefinidos u otras funciones: todos aquellos elementos de los que se desconoce o no se puede determinar su funcionalidad.

Los diferentes autores que a partir de la década de los ochenta del siglo XX, han abordado los estudios sobre este centro alfarero, mencionan algunas piezas cerámicas elaboradas sobre todo por la locera Juliana Suárez Vega.

Así, según el Dr. Rafael González Antón las piezas de cerámicas fabricadas en Hoya de Pineda eran las siguientes:

Bernegales con o sin asas, gánigos para el ordeño, macetas, ganiguetes para fregar la loza, frigueras y tostadera para tostar castañas y el maíz, borsolana para amasar el caldo, pilones para el agua, porrones, lebrillos para el agua de los animales de corral, tostadores, braseros y sahumeros (González Antón, 1977: 85).

Por su parte, Julio Cuenca Sanabria cita las siguientes piezas cerámicas elaboradas en Hoya de Pineda:

Tampoco las piezas salidas de este alfar de las Cuevas de Pineda difieren en mucho de las de La Atalaya: ollas, jarras para el gofio, pilones, braseros, tallas, bernegales, soperas, lebrillos, platos, tostadores, etc., es decir todo lo que se utilizaba en el menaje de la cocina rural (Cuenca Sanabria, 1981: 25).

El autor que de forma más amplia ha tratado este tema es, sin lugar a dudas, el Dr. Juan Sebastián López García, que se ha basado (al igual que los anteriores trabajos), sobre todo, en las piezas elaboradas por Julianita:

Las formas en la cerámica de Hoya de Pineda de Gáldar son variadas, van unidas a la función del

vaso. En líneas generales, predominan los vasos simples o tendentes a la simplicidad. La gran funcionalidad de los tipos cerámicos hacen que los de tipo compuesto sean raros.

La variedad de formas está en la afirmación de la alfarera - Aquí hacemos todo- (referido a formas cerámicas), y efectivamente casi es así, si tenemos en cuenta que junto a las formas tradicionales admiten encargos previo dibujo de las formas deseadas.

En general las panzas o cuerpos de los vasos son de formas globulares, de tendencia troncocónica, ovoide, etc. los cuellos suelen ser cilíndricos, no demasiado altos. El cuello alto es más difícil de trabajar; ese es el motivo por el que no se hagan demasiadas tallas, que difiere por ese aspecto del bernegal propiamente dicho.

Los fondos suelen ser planos o ligeramente cóncavos. Bordes rectos o exvasados y extremos redondeados.

En una relación que nos dio la alfarera, las piezas que se realizan con más frecuencia en Hoya de Pineda de Gáldar: bernegal redondo, porrones, platos, tostadores, hornillas, etc. (López García, 1983: 574).

En relación a las asas, el mismo autor, nos comenta:

Estos apéndices con un evidente carácter funcional en muchos casos tienen un matiz decorativo.

En cuanto a los mamalones, los tenemos cónicos. También están los mamelones planos o

alargados, denominados asas de lengüeta u orejera. Están presentes en el bernegal de pichones, ya que este tipo de asa se le da en Hoya de Pineda el nombre de pichón; también están en el bernegal de asas y pichón, cazuela, braseros, jarras, etc. (López García, 1983: 574).

La Fundación para la Etnografía y Desarrollo de la Artesanía Canaria (FEDAC), organismo autónomo del Cabildo de Gran Canaria, en sus fondos custodia una colección de cerámicas de la desaparecida locera Juliana Suárez Vega. En dicha colección, las piezas aparecen catalogadas con estos nombres: cazuelo de vino, bernegal redondo, vaso de bernegal grande con picos, vaso de bernegal, cenicero grande, cenicero, sahumador pequeño, cazuelo de vino pequeño, plato, brasero, plato pequeño, vaso de bernegal con asa y pico, jarra de leche, jarra grande, porrón, foguero, bernegal de asas y picos, gánigo grande, gánigo pequeño, sopera, pato de bernegal grande, olla, tostador de café, pato de bernegal pequeño con picos, maceta grande, colmenera. Además custodian otras piezas antiguas adscritas a este centro locero.

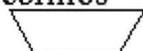
En Hoya de Pineda, al estar inmersa en una zona de pastoreo y producción de queso importante se elaboraban por encargo muchas jarras de grandes dimensiones para cuajar la leche. Era realmente el comprador quien daba el uso final.

En Barranco Hondo de Gáldar, concretamente en la Ermita de Nuestra Señora de Fátima, localizamos una pieza cerámica denominada *gánigo* elaborada en Hoya de Pineda que es usada como pila bautismal. Así vemos que con el tiempo algunas cerámicas se reciclaban para otros menesteres a lo largo de su vida, es evidente la polivalencia de algunos objetos cerámicos respondiendo a un ahorro económico y de rentabilidad de los mismos. Los que corrieron con más suerte terminaron como elementos

decorativos o macetas lo que ha permitido que hayan llegado hasta nuestros días.

Manipulación de alimentos

Lebrillos



Cocción de alimentos

Castañeros / cazuelas / cazuelos / ollas / tostadores / frigueras



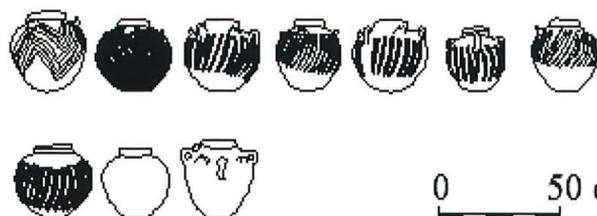
Servicio y presentación de alimentos

Cafeteras / porrones / platos / soperas / vasos



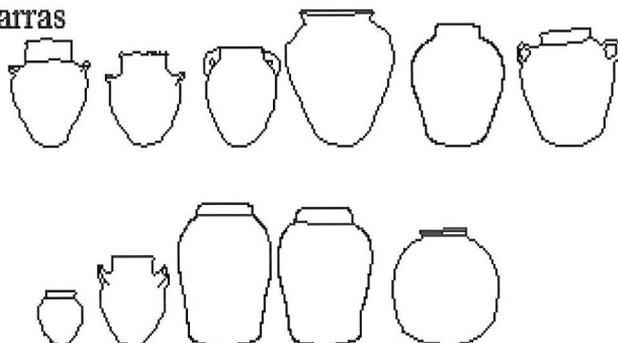
Almacenaje, transporte, contención y conservación

Bernegales



Almacenaje, transporte, contención y conservación

Jarras



Porrones / tallas / jarras pequeñas / jarras de flores

Jarras flores



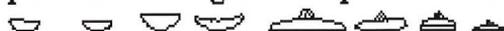
Contenedores de fuego

Foguero / Braseros / sahumadores



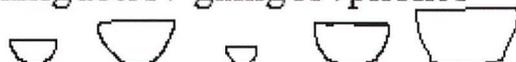
Complementos

Tapaderas bernegales / tapas ollas / tapas cazuelos



Higiene doméstica y personal

Ganiguetes / gánigos / pilones



Usos lúdicos

Ceniceros / juguetes



Macetas



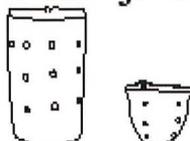
Usos rituales

Incesarios / sahumadores

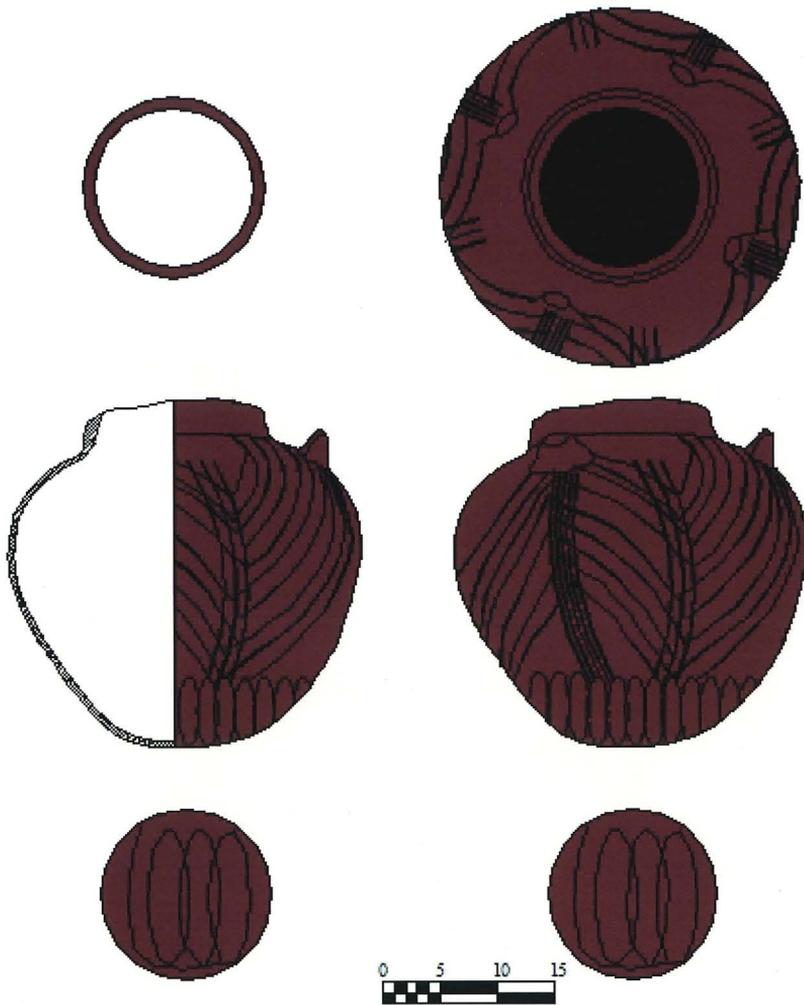


Otros

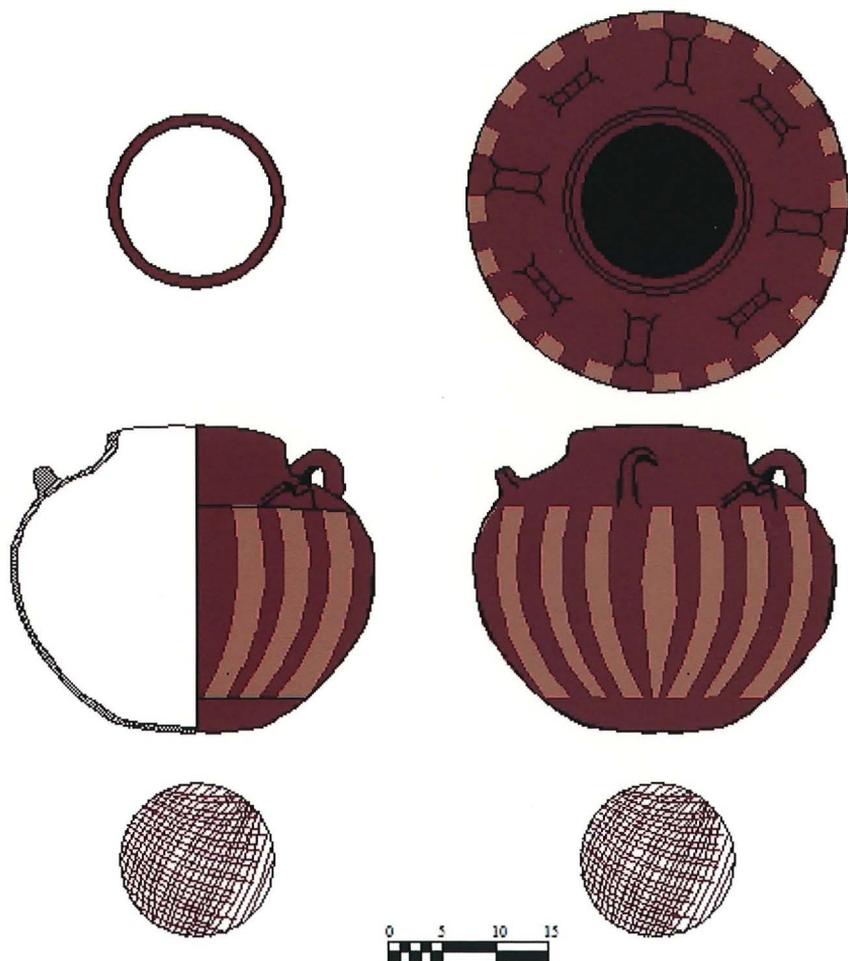
Colmena /jardinera



Tipología funcional de la cerámica elaborada en Hoya de Pineda (siglo XX).
Elaboración: Margarita I. Jiménez Medina.



Bernegal con decoración incisa, Hoya de Pineda. Elaboración: Margarita I. Jiménez Medina.



Bernegal con decoración pintada, Hoya de Pineda. Elaboración: Margarita I. Jiménez Medina.

CAPÍTULO VII

CONCLUSIONES

A lo largo de este trabajo hemos expuesto los conocimientos que en la actualidad poseemos sobre el centro locero de Hoya de Pineda. Este no es un trabajo concluido quedan facetas aun por investigar que futuros trabajos podrán abordar.

Parece ser, que la aparición de la actividad locera en Hoya de Pineda estaría relacionada con la llegada de nuevos habitantes procedentes de Santa Brígida, a principios del siglo XIX (1806-1825), actividad que se prolongaría hasta la actualidad. Si hablamos de Santa Brígida, no nos podemos olvidar que en este municipio se establece el gran centro locero de Las Cuevas de Las Loceras (La Atalaya), que actuaría como foco difusor. Por tanto, probablemente, el centro locero de Hoya de Pineda es relativamente reciente y no descendería, directamente, de un antiguo centro alfarero prehispánico. Si bien diversos autores siempre han considerado este enclave descendiente del mundo aborigen. En ese sentido, el Dr. Gabriel Betancor Quintana mantiene que, al menos, en el año 1524 las hijastras de María Betancor elaboraban lozas que luego eran adquiridas por Catalina de Guzmán.

Las razones esenciales de la llegada de estas nuevas gentes según parece fue de tipo económico. En ese sentido, habría que relacionar la expulsión o salida de un área en crisis, donde la competitividad quizás era mayor, así como el traslado a una zona de importante expansión demográfica (núcleos de población considerables: Gáldar, Arucas, Guía, ...), en la que esta actividad tendría más demanda.

Este comportamiento de foco difusor, le sucede después a Hoya de Pineda, en el que las loceras de esta localidad se establecen en La Aldea de San Nicolás de Tolentino (al menos en el siglo XX) y, en menor medida, en Tasarte y La Montaña, donde desarrollan su oficio.

El alfar de Las Cuevas del Bujo, probable primer alfar de toda la zona de Hoya Pineda, en un principio, estaba habitado por gentes llegadas de Las Cuevas de Las Loceras, Santa Brígida, abandonándose a finales del siglo XIX. Dicho alfar posee un alto valor etnográfico y arqueológico, ya que éste ha sufrido pocos cambios y se nos muestra tal y como era uno de estos alfares en el siglo decimonónico.

Un hecho a destacar es la utilización de una cueva artificial como zona de cocción de cerámica, elemento que, en el estado actual de las investigaciones, sólo se ha localizado en el centro locero de Lugarejos (Artenara).

También serían necesarios diferentes estudios, aplicando una metodología arqueológica en los antiguos vertederos existentes en Las Cuevas del Bujo, así como el localizado en El Horno de La Loza. Creemos que se debería seguir con los trabajos arqueométricos cerámicos, referente a los desgrasantes, así como el estudio de los barros usados en la elaboración de la loza, que como hemos demostrado posibilita determinar el origen de materiales cerámicos de dudosa procedencia y que darán sin lugar a dudas resultados muy interesantes.

De la misma manera, habría que resaltar la utilización del estudio de fuentes históricas documentales, como los libros de bautismos, matrimonios y defunciones de los Archivos Parroquiales de Santiago Apóstol de Gáldar, Santa María de Guía y Santa Brígida, documentos que, por otro

lado, han sido novedosos en cuanto al análisis de un centro locero en Gran Canaria.

También es necesario destacar, una vez más, la importancia para este tipo de trabajos etnográficos que tiene la información oral. Destacando que, gracias a la oralidad cultural, se ha podido avanzar en el conocimiento de este centro locero.

Sobre el proceso de extinción de este Centro Locero responde a los cambios socioeconómicos que surgen en Canarias a partir de los años sesenta, donde se produce un éxodo rural importante de la población de esta comarca hacia Las Palmas de Gran Canaria, Guía y Gáldar. Los modos de vida de la sociedad tradicional rural estaban desapareciendo, que apenas habían sufrido cambios importantes durante siglos. Aumentó de manera considerable el poder adquisitivo lo que mejoró las condiciones fisiosanitarias de las viviendas (llegada del agua potable).

La llegada de alfareros peninsulares a finales de los cincuenta del siglo pasado,¹⁶ que se instalaron en Tenoya (Las Palmas de Gran Canaria), Bañaderos, Santidad (Arucas, etc.) y que trabajaron las vasijas con el torno trayendo nuevas formas cerámicas y que no dudaron en imitar algunas de las tipologías tradicionales más arraigadas. Esta era una producción diversificada, no sólo se hacían cerámicas sino también elaboraban tejas, ofertando mejores precios para el consumidor imponiendo nuevas estrategias de mercado. La organización de estos alfares nada tenían que ver con la organización de los alfares tradicionales canarios, tenían asalariados que desempeñaban distintas funciones, disponían de maquinaria, las materias primas se extraían y transportaban por medios mecánicos, los hornos aunque de

¹⁶ En estos momentos estamos realizando un estudio sobre el alfar del Lomo Quintanilla, Arucas, que esperamos dar a conocer en breve.

leña eran de doble cámara. En la venta usaban vehículos motorizados por lo tanto disponían de una mayor autonomía, surtiendo de su mercancía a tiendas y comercios.

La aparición de nuevos materiales importados de metal o de plástico de precio económico y numerosas ventajas: duradero, polivalente, ligero, de diferentes tamaños, de formas variadas, fáciles de guardar y limpiar. Sobre este aspecto hacemos nuestras las palabras de D. Agustín García:

En definitiva se puede decir que la desaparición de esta tradición alfarera fue un proceso natural, sencillamente porque sucedió de esa manera y así hay que asumirlo (García Benito, 2004: 208).

Y como reflexión final deseamos que con este libro, hallamos podido contribuir a una mejor documentación de este centro locero, iniciando así una serie de mecanismos que traten de preservar, conservar e integrar, dado el alto valor arqueológico y patrimonial que existe en este antiguo centro locero, especialmente las Cuevas del Bujo, Cueva del Horno de la Loza y el Horno del Bujo (La Degollada).

ANEXO

EL INSTRUMENTAL LÍTICO EN EL TRABAJO DE LA LOZA TRADICIONAL EN HOYA DE PINEDA

Dra. Amelia del Carmen Rodríguez Rodríguez.
Profesora titular. Departamento de Ciencias
Históricas. Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.

Antonio Manuel Jiménez Medina.
Lcdo. en Geografía e Historia, arqueólogo.

Juan Manuel Zamora Maldonado.
Universidad Nacional de Educación a Distancia
(UNED). Centro Asociado de Las Palmas de Gran Canaria.

Dr. José Mangas Viñuela.
Profesor titular. Departamento de Física. Universidad
de Las Palmas de Gran Canaria.

Los cantos rodados no tallados, así como otras pequeñas rocas de formas irregulares, suelen formar parte de los materiales recuperados en muchos contextos cronológicos y culturales. Las observaciones etnográficas, el análisis espacial y la traceología han servido para emitir hipótesis que expliquen su statu en algunos casos, pero todavía son muchas las incógnitas que hay que desvelar al respecto. Nuestros estudios sobre las industrias líticas de las formaciones sociales del Archipiélago Canario, de época preeuropea han puesto de manifiesto la necesidad de establecer criterios que permitan comenzar a discriminar la función de este amplio conjunto de rocas. Ello nos ha impulsado a entablar algunos trabajos etnoarqueológicos en aquellos contextos donde

todavía se siguen usando en la actualidad. Un ejemplo de esta dinámica lo constituye este trabajo, insertado en un proyecto más amplio que tiene como objeto el estudio de la loza tradicional de la isla de Gran Canaria. Para ello se ha realizado un análisis funcional de los instrumentos líticos utilizados en la elaboración de este tipo de cerámica, modelada a mano. Se trata de un conjunto de cantos rodados de origen marino, de formas y granulometría variada, que se usa en distintos momentos de la cadena operativa. Los estigmas identificados pueden servir como evidencia para detectar el trabajo del barro, ayudándose de piedra, en cualquiera de esos contextos.

1.1. Análisis de las piedras usadas.

Ya se ha especificado, en el apartado dedicado a la cadena operativa de esta actividad artesanal, el elenco de piezas líticas empleado en este trabajo, así como el momento en que intervienen en él. También hemos establecido que no poseemos evidencias claras de que exista una relación directa entre la tradición alfarera indígena y la que ha llegado hasta nuestros días. Sin embargo tenemos razones para pensar que en aquella época también se usaron cantos en el trabajo de la loza, pues existen diversos textos de las fuentes etnohistóricas que lo comentan, aunque deben tomarse con precaución. Así, las primeras citas sobre la existencia de las mismas, las encontramos en las obras de Antonio Cedeño (siglo XV) y Tomás Arias Marín de Cubas (siglo XVII). Se trata de relatos que, si bien hacen alusión a la cerámica indígena, cabría pensar que en algún caso están describiendo la realidad observada entre sus coetáneos. Es decir, tal y como afirman algunos autores, tienen que ver, al menos en algunos pasajes, con observaciones etnográficas (o incluso arqueológicas) más tardías (Onrubia Pintado, 2004). Un ejemplo es la relación redactada, supuestamente antes de 1495, por el conquistador natural de Toledo Antonio Cedeño:

*Tenían mujeres dedicadas para sastres, como para hacer loça de que usaban que eran tallas como tinajuelas para agua. Haciánlas a mano i almagrábanlas i estando enjutas las bruñían con piedras lisas i tomaba lustre muy bueno i durable. Haciánlos grandes i pequeños tasas i platos, todo mui tosco i mal pulido; a las ollas para el fuego i cazolones no daban almagra, después de esto hacían un [...roto ¿hoyo?]
en la tierra onde ponían la losa i cubrían con tierra, i ensima haçían lumbre por un día u el tiempo necesario para coçer su losa, y seruía mui bien (A. Cedeño en F. Morales Padrón, 1993: 371) (el subrayado es nuestro).*

Independientemente de que exista o no esa relación entre las dos tradiciones alfareras, lo que aquí se pretende establecer son los criterios que permitan identificar el empleo de piezas líticas no talladas¹⁷ en la elaboración de la cerámica para cualquier contexto cronocultural, aunque evidentemente se está empezando a contrastar estas conclusiones con materiales arqueológicos de Gran Canaria.

1.2. Características formales de las piezas.

Los elementos líticos empleados en la elaboración de la cerámica de este centro locero y, por extensión, en toda la isla de Gran Canaria, proceden de las costas isleñas. En este caso, doña Rafaela Santiago Suárez, la última locera de Hoya de Pineda, nos comenta que recogían las piedras en la playa de Las Nieves (Agaete).

¹⁷ El estudio funcional efectuado sobre un conjunto de instrumentos tallados, procedentes del yacimiento mayorero de Zonzamas, nos permitió descubrir el uso de lascas sin retocar para el trabajo de la cerámica. En ese caso, se emplearían para adelgazar las paredes de los recipientes.

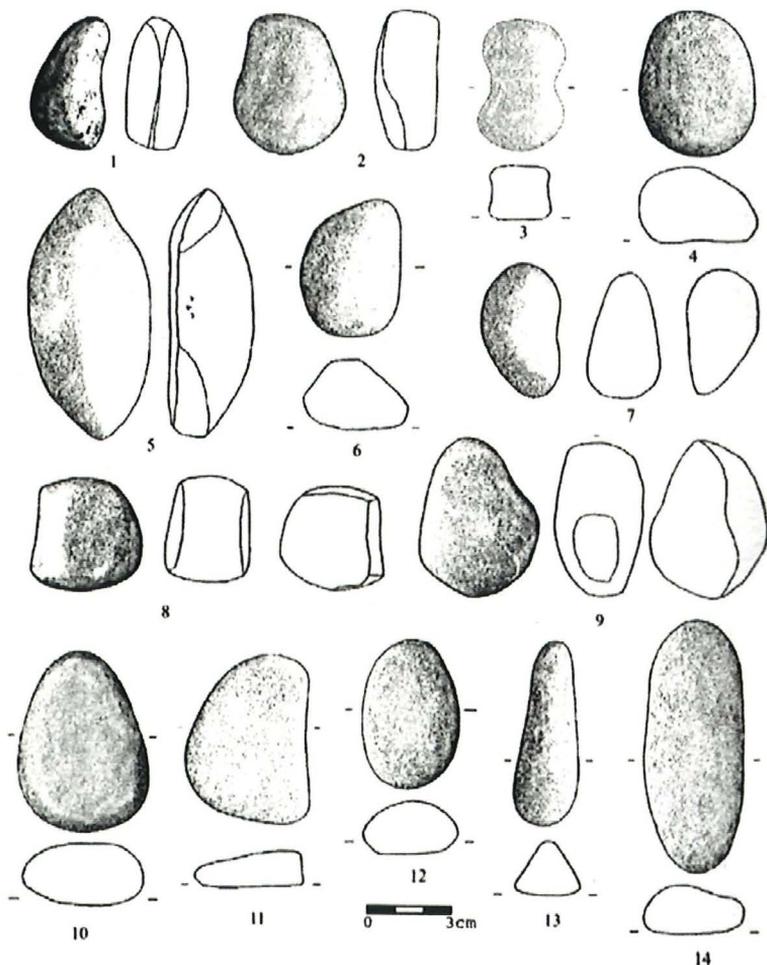
El origen detrítico y costero de estos elementos implica que puedan detectarse diversas materias primas en el conjunto y también que su morfología sea mayoritariamente la de cantos rodados de tendencia oval o elipsoidal, con distintos grados de aplanamiento.

En el conjunto que hemos analizado predominan las rocas eruptivas ácidas, que son las únicas que se eligen para hacerlas trabajar como bruñidores. La principal materia prima de los mismos es la ignimbrita fonolítica de naturaleza explosiva, con fragmentos líticos o cristales, con feldespatos y piroxenos. También hay fonolitas de textura fluidal y una roca silícea que puede ser calcedonia u ónice.

En el caso de las *lisaderas* de levantar dominan los basaltos piroxénicos y olivínicos, que en algunos casos presentan una importante incidencia de vacuolas, que torna más rugosa la textura de sus superficies, aunque sean muy afaníticos. También hay basalto porfídico, fonolita de textura fluidal y una ignimbrita o brecha volcánica con granos de tamaño variable, así como líticos de grano grueso.

Las materias primas de las *lisaderas* de aliñado no pudieron determinarse en tres casos, mientras que en los otros dos correspondían a un traquibasalto y a un basalto piroxénico/olivínico.

Por último, las dos *rasponas* están compuestas por una amalgama de pequeñas rocas de diversa naturaleza cimentadas en una matriz. Una de ellas es de arenisca y puede observarse claramente la arena compactada de playa, que se disgrega con gran facilidad durante el trabajo. La otra tiene un origen claramente antrópico, pues se trata de un trozo de bloque de hormigón, que proviene probablemente de un fragmento de baldosa de tipo terrazo o similar, que ha sido modelada por la erosión marina.



1-9: lisaderas de almagra; 10-14: lisaderas de alfiar. Elaboración: Amelia del C. Rodríguez Rodríguez y Jacob Morales Mateos.

Sin embargo, no son los datos petrográficos los que guían a las artesanas en la playa durante la selección de los futuros instrumentos de trabajo. La morfología y la textura de las piedras son los criterios que determinan la elección de las piezas.

Con respecto a la textura, las artesanas utilizan el tacto para elegir sus piezas. Nosotros hemos procurado correlacionar ese criterio y establecer una escala, en la que se han tenido en cuenta unas variables observables con lupa binocular a 10X, como el tamaño del grano y la cohesión de la matriz. De todas formas somos plenamente conscientes de la subjetividad de esta clasificación. En la escala se asigna un número de 0 a 3 que califica el grado de rugosidad y compacidad de las piezas, aplicándose el 0 a las de grano más fino y compacto y el 3 a las de grano más grueso, con matriz desestructurada y/o presencia de múltiples vacuolas.

La cualidad más importante cuando se trata de elegir una nueva *lisadera de almagría* o bruñidor es la extrema suavidad al tacto de su superficie¹⁸. Por ello se seleccionan los cantos de grano más fino y homogéneo, de naturaleza masiva y un alto grado de compacidad. De los nueve bruñidores bajo análisis, siete fueron calificados con 0 y los dos restantes con 1, en nuestra particular clasificación.

Lo contrario sucede con las *rasponas*, para las que se requieren cualidades opuestas, pues lo que se necesita es precisamente una textura muy áspera, a la que hemos asignado el número 3. Sin embargo, tanto las *lisaderas* de levantar, como las destinadas al posterior regularizado de las superficies de cerámica pueden tener texturas muy diferentes, que hemos evaluado del 1 al 3.

Por lo que respecta a la morfología de las piezas, ésta es más determinante en el caso de lisaderas de levantar y de finalizar que en las otras dos categorías de objetos.

¹⁸ Esta suavidad al tacto se va acentuando con el uso, de manera que las menos utilizadas tienen una textura ligeramente más áspera.

Los bruñidores son por lo general las piezas más pequeñas, con unas dimensiones medias de 48x34x24 mm. Tienen además los menores índices de alargamiento y de carenado, lo que implica que son cortos y gruesos. Sus formas pueden ser bastante caprichosas, pues la intensidad de su uso ha ido creando áreas bien delimitadas por biseles, cuyas superficies tienen generalmente tendencia cóncava, que han modificado profundamente su aspecto original. Además, tal y como quedó de manifiesto en la cita de los años cuarenta del siglo XX, era común que existieran *lisaderas de almagría* de formas caprichosas, lo que les permitía adaptarse al trabajo de cualquier lugar de las superficies de la loza.

Las *lisaderas de aliñado* son las que siguen en tamaño a los bruñidores, con 63x36x17 mm. como media. Pueden ser alargadas o cortas, pero tienen un alto índice de carenado. Esto facilita que se destaque claramente uno o dos segmentos de la periferia del canto, bien delimitados por biseles, que serían las partes activas. Esos biseles activos también tienen generalmente una delineación de tendencia cóncava.

Las rasponas tienen formas irregulares y su tamaño suele ser mayor al de las lisaderas de aliñar. En este caso, las dos analizadas tienen unas dimensiones medias de 65x34x26,5 mm, con unas formas alargadas y gruesas. Sin embargo, también se privilegia una porción superficie sobre el resto, la cual tiende a ser más regular que la periferia que la rodea.

Las piezas de mayor tamaño son las *lisaderas de levantar*, pues alcanzan una media de 81x43x21 mm, aunque hay que aclarar que existen diversos grupos de tamaño. Ello es así, porque suelen seleccionarse según la morfología y dimensiones del recipiente que se vaya a realizar, de manera que si éste es grande o abierto, como un pilón por ejemplo, la funda se levanta con una *lisadera* de mayor tamaño que si se va a elaborar un bernegal. Son además las que tienen un

mayor índice de alargamiento y de carenado, es decir, son largas y delgadas. Al igual que ocurría con las *lisaderas de aliñado*, esto permite destacar claramente los biseles activos, que también tienen una morfología de delineación rectilínea con tendencia a la concavidad.

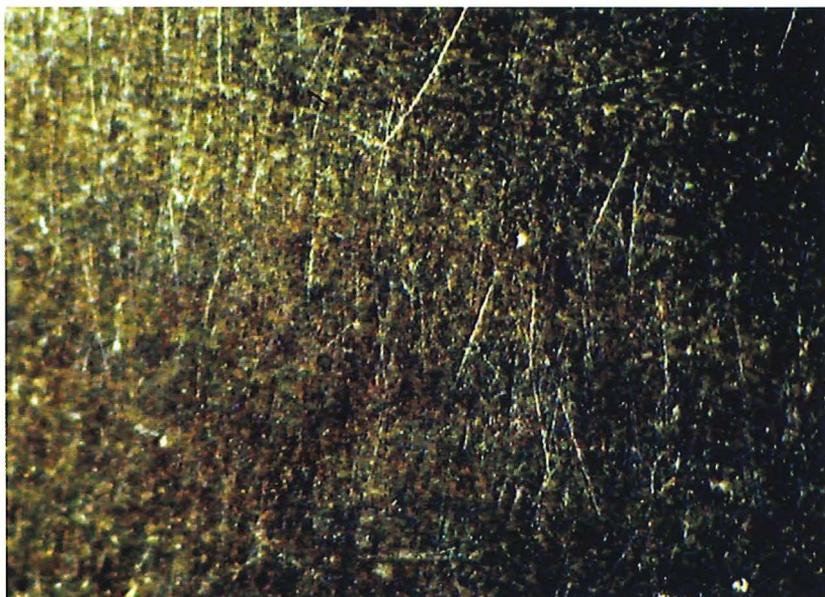
El peso de todas estas piezas lógicamente también sigue el mismo orden ascendente de su tipometría.

1.3. Distribución y características de las huellas de uso.

Las huellas de uso observadas se localizan en biseles con superficies amplias y tendencia plana a cóncava. En el caso de las *lisaderas de levantar y aliñar*, los biseles se encuentran en la periferia de los cantos rodados, adquiriendo un desarrollo lineal y llegando en ocasiones a ser visibles a simple vista. Por el contrario, en las *lisaderas de almagra*, los biseles pueden ocupar cualquier sector de los cantos, ostentando superficies mucho más anchas, de manera que crean formas poliédricas o completamente caprichosas. Por último, en lo que respecta a las *rasponas*, éstas suelen poseer segmentos de superficie ligeramente más suave que el resto, pero es más difícil detectar zonas activas preferenciales. En las superficies así modificadas por el uso se puede observar las siguientes huellas de uso: accidentes lineales, desgaste, estigmas de percusión y pulido. De entre todas estas huellas, son las estrías las que tienen una mayor presencia y desarrollo.

1.3.1. Estrías.

Los accidentes lineales se caracterizan por tener un destacado desarrollo longitudinal. Su profundidad y anchura son variables y parecen depender principalmente de la



Microtopografía de lisadera de almagría. Foto: Amelia del C. Rodríguez Rodríguez.

dureza y textura de la roca. Por el contrario, no se ha podido determinar cómo les afectan los cambios que pudiera producir el grado de humedad del barro o la posibilidad de variación en la presión contra el recipiente según el tipo de trabajo. Es decir, cuando la materia prima es la misma y tiene igual textura, las estrías son similares en bruñidores o *lisaderas*, lo que cambia es su densidad y disposición. En ocasiones se observa claramente que se produjeron con un movimiento de vaivén, y suelen aparecer agrupadas en haces espesos. La facilidad de observación depende fundamentalmente de la textura más o menos rugosa de la roca, siendo especialmente complicada cuando aparecen vacuolas.

En el caso de las *lisaderas de levantar* y las de aliñado del recipiente, las estrías tienen una distribución idéntica. Ocupan la totalidad del área del segmento activo y tienen una orientación transversal. Quizá la única diferencia

que se puede establecer entre ambas es que, en el caso de las *lisaderas de levantar*, las estrías desbordan ligeramente los biseles creados, mientras que en las de alinear suelen circunscribirse más claramente a los límites de esas superficies, que cambian su ángulo de forma brusca. Esta circunstancia podría tener su explicación en dos causas. Por un lado, las *lisaderas de levantar* trabajan un barro muy plástico y húmedo, con lo que la superficie de contacto es más amplia, mientras que las de alinear friccionan una superficie ya bien oreada, y por lo tanto más rígida, por lo que el contacto es más restringido. Por otro lado, las *lisaderas de levantar* efectúan generalmente movimientos unidireccionales, lo que ayudaría a crear un efecto de arrastre, que desbordaría la propia superficie activa, mientras que las de alinear trabajan bidireccionalmente, de forma que se mantienen más perpendiculares con respecto a la superficie de contacto, disminuyendo el efecto de arrastre del barro, que además ya está más compacto. Estos accidentes lineales también se observan en el resto de la pieza, apareciendo de forma errática y deben atribuirse a todo tipo de accidentes fortuitos.

Los accidentes lineales son muy difíciles de observar en las *rasponas* debido a la gran irregularidad de sus superficies. En ocasiones es posible detectarlos en alguno de los pequeños fragmentos de roca que las componen, lo que ayuda a comprender la orientación del movimiento que realizaron. La variedad de la composición de sus minerales implica que las estrías tengan un ancho y profundidad variables, mientras que su longitud se circunscribe a la superficie de los cristales o rocas.

Por último, las estrías cubren completamente la superficie de los bruñidores más usados. En unos casos guardan una orientación fija en toda la pieza, mientras que en otros pueden indicar dos o tres predominantes, que coinciden con cada una de las áreas activas delimitadas. Uno de los

bruñidores está bastante menos usado que el resto y sólo tiene un segmento de superficie claramente empleado, aunque ni siquiera se ha formado el correspondiente bisel. Esta circunstancia puede indicarnos la forma en que estas piezas van adquiriendo sus caprichosas fisonomías. Así, es posible que empiecen a usarse por una zona determinada, que se va aplanando y posteriormente va adquiriendo una cierta tendencia hacia la concavidad, creando unos ángulos claros que la delimitan. A continuación se van incorporando, paulatinamente, otras partes activas hasta cubrir toda la extensión de la piedra.

1.3.2. Desgaste.

La pérdida paulatina de masa y volumen de las piezas puede observarse claramente en la deformación de las curvas naturales de los cantos usados. Ya se ha indicado que ese desgaste está muy localizado en el caso de las lisaderas, de forma que crea una superficie de desarrollo plano o cóncavo, bien delimitada por biseles.

En los bruñidores el desgaste es aún más espectacular, y se multiplican las áreas bien marcadas por los correspondientes cambios de ángulo, con una delineación predominantemente cóncava.

Por lo que se refiere a las *rasponas*, el desgaste es también aquí más difícilmente observable, pero en los dos casos bajo análisis se ha detectado un segmento de superficie más regular que el resto. En ocasiones se ha percibido un cierto redondeamiento de alguno de los pequeños minerales y rocas que las componen, pero hay que mantener la precaución en ese aspecto, puesto que también pueden haberse producido por la previa erosión marina.

1.3.3. Huellas de percusión

No existen muchas piezas con este tipo de estigmas bien desarrollados, a pesar de que la forma de almacenarlas podría propiciar la abundancia de choques¹⁹. Los accidentes más claros corresponden a pequeñas cupulillas, de las que parten a veces fracturas en estrella, que parecen haber sido generadas por una percusión directa. Estas se han observado en un bruñidor y en una *lisadera de aliñar*.

En el primer caso se detectó una acumulación de cupulillas, a veces acompañadas de microfracturas, que se situaban en la parte central de las dos caras más planas y de mayor tamaño del bruñidor, que es además el más grande de esta categoría. La distribución de las huellas nos hace pensar que el canto se usó en algún momento para percutir con cuidado sobre un objeto de reducidas dimensiones, pero esta acción no parece tener ninguna relación con su función en la cadena operativa alfarera. Esta pieza tiene una morfología particular, pues las distintas zonas activas han creado dos zonas apicales bien destacadas, en las que también se observan algunas melladuras. Estas últimas quizá se han producido por la fricción con otras piezas, aunque también podrían relacionarse con su uso para bruñir superficies estrechas como el interior de asas, pitorros, etc.

El segundo caso se localiza sobre una *lisadera de aliñar* que tiene una morfología un tanto atípica en relación con el resto del conjunto. Se trata de una pieza fusiforme, y las fracturas, que también son en su mayoría cupulillas, se encuentran en los dos ápices de la piedra. Doña Rafaela nos había dicho que esta pieza también servía para practicar orificios de suspensión en algunos recipientes, por lo que

¹⁹ Todas las piezas se guardan juntas en el mismo cacharro que se llena de agua para ir lavándolas y humedeciéndolas durante el trabajo

estas huellas serían la consecuencia de incidir el instrumento sobre el barro fresco.

1.3.4. Pulido.

En este caso es muy difícil dissociar el pulido de los accidentes lineales, que, como hemos visto, tienden a ocupar la totalidad de las superficies de las áreas activas. Cuando las piezas se observan con la lupa binocular, e incluso a simple vista en algunos casos, destaca el brillo o lustre que desprenden las superficies activas, resultado de la mayor regularización de esas áreas con respecto al resto. Por el contrario, al microscopio se observa un pulido típico de contacto con material mineral. Es mate, de trama media a cerrada, de aspecto plano, sin volumen, que se desarrolla en manchas bien delimitadas, aisladas las unas de las otras. Hay que destacar que a esta escala se multiplica el efecto distorsionador de las vacuolas, dificultándose aún más la observación.

1.4. Conclusiones.

En primer lugar hay que destacar que no se han observado diferencias netas en las huellas de uso que puedan atribuirse a los distintos tipos de trabajo que llevaron a cabo los diferentes útiles. En realidad todos ellos ejecutaron un movimiento transversal, uni o bidireccional, sobre la superficie del barro más o menos oreada. Además todos ellos se almacenaban en el mismo recipiente lleno de agua y restos de arcilla y almagre. Por lo tanto, será la observación con lupa binocular, incidiendo en la intensidad y en la distribución de las huellas de uso, la que dará información más pertinente, mientras que el microscopio metalográfico ofrecerá detalles de mayor precisión, que tenderán a ser

similares para cada tipo de roca, independientemente del trabajo que hubiera realizado.

Creemos que es posible distinguir claramente entre bruñidores y *lisaderas de levantar o de aliñado*, tanto por la propia morfología de estos objetos como por la distribución de los estigmas de uso.

Los bruñidores son generalmente cortos y gruesos, están constituidos por una serie de superficies activas bien delimitadas por biseles, que en ocasiones les confieren una morfología poliédrica, con caras de tendencia cóncava. Son los elementos más reflectantes, lo que es una consecuencia de la intensidad de uso, del añadido intencional de una materia abrasiva como es el almagre y, sobre todo, de la textura tan fina de la superficie virgen del canto originalmente seleccionado.

Las *lisaderas de levantar* y las *de aliñar* la superficie del recipiente comparten una serie de estigmas comunes. Suelen respetar más claramente la morfología original del canto rodado que se seleccionó para ser usado, pues la zona de trabajo es más limitada. Principalmente ostentan unos segmentos de filo activo bien delimitados, con un desgaste que modifica la curvatura natural del canto y la vuelve rectilínea e incluso cóncava. Además, en ocasiones es posible distinguir a simple vista o a la lupa binocular una pátina o lustre diferencial con respecto al resto de la superficie. Las estrías tienen siempre una orientación transversal y se agrupan en haces muy densos. Las diferencias radican en que mientras que parecen estar más limitadas al interior de la superficie marcada por los biseles en las de aliñar, los accidentes lineales en las de levantar suelen desbordar ese marco.

También el análisis morfológico de estas dos categorías de artefactos puede ayudarnos a diferenciarlos. Las

lisaderas de levantar acostumbran a ser de mayor tamaño, con índices de alargamiento y carenado altos. Sus filos activos suelen tener un mayor segmento de arco en acción. De hecho, las alfareras pueden distinguir en esta categoría entre *lisaderas* para trabajar recipientes abiertos como tostadores, frigueras, pilones o platos, que suelen ser las de mayor tamaño, y *lisaderas* para trabajar recipientes cerrados como bernegales o jarras, que son más pequeñas. Las *lisaderas de aliñar* tienen la tendencia de ser más cortas, aunque también son delgadas, y sus filos activos tienen un segmento de arco menor.

Por último, *las rasponas* serían la categoría más difícil de detectar en un registro arqueológico. No tienen una morfología estereotipada, ni tampoco se selecciona una materia prima concreta, sino que cualquier roca áspera puede servir. Por ejemplo, podrían confundirse con piezas de formas irregulares que en la actualidad siguen siendo empleadas para depilar la piel del cerdo. En todo caso, sólo la observación detenida de todos los elementos recuperados en el yacimiento podrá ayudar a dilucidar el contexto de trabajo que los generó.

La suma de todos estos datos nos permitirá disponer en el futuro de una serie de criterios objetivos que van a facilitar la identificación de parte de los cantos rodados que se localizan en los yacimientos arqueológicos como integrantes de las cadenas operativas de elaboración de recipientes cerámicos. Sea cual sea el origen de las tradiciones alfareras actuales, esta circunstancia no es tan crucial para los objetivos de nuestro trabajo. Las huellas de utilización que han quedado impresas en las piedras son el testimonio de la transformación de unas materias primas concretas, el barro, la toba y el almagre molidos, en un determinado contexto en el que varían agentes como el nivel de humedad, y unas cinemáticas de trabajo recurrentes y pautadas, orientadas a obtener unos resultados determinados.

Esos estigmas están comenzando a ser identificados en los contextos arqueológicos de la isla, pero también pueden serlo más allá del mar, donde hayan existido loceras y loceros que trabajaran el barro ayudándose de piedras.

GLOSARIO

Alfar: taller cerámico, lugar donde se fabrica la cerámica.

Alfarería: del árabe *al-fahar*. Arte de fabricar elementos de barro cocido o guisado

Alfarero/a: persona que se dedica a la fabricación de cerámica o loza.

Alisadera o lisadera: instrumento lítico (casi siempre de basalto), procedentes de la costa de formas variadas debido a su repetido uso (esférica, ovoide, trapezoidal, etc.), utilizados en las diferentes fases de la elaboración de la loza, destacando las *lisaderas* de levantar y las *lisaderas* de almagre estas últimas de gran valor para las loceras, que se heredan de madres a hijas, algunas llegan a ser centenarias.

Alisado: técnica que sufre la pieza en distintas fases de su fabricación. Para ello se utilizan los deferentes tipos de *lisaderas*, dependiendo de la fase.

Almagre: óxido de hierro empleado como tinte en la decoración de la loza, conocido en Hoya de Pineda como *magria* o *almagria*, que destaca por su color rojizo.

Almagrado (almagrar): aplicación del almagre que consiste en el recubrimiento de almagre total o parcial pieza cerámica, antes de su cocción. Con el almagrado se favorece la impermeabilización de la pieza, así como la consecución de una superficie más lisa e higiénica.

Antiguo Régimen: se denomina Antiguo Régimen (en contraposición al Nuevo Régimen, surgido después de la Revolución Francesa, 1789) a la etapa europea que va desde el siglo XV (Baja Edad Media) hasta finales del siglo XVIII, aunque en España se puede decir que se prolongó hasta casi finales del siglo XIX. Esta etapa se caracteriza por repetir, de alguna manera, ciertos aspectos de la Edad Media, como el derecho a la propiedad de los nobles, la monarquía absoluta, alta mortalidad infantil, corta esperanza de vida, períodos de hambrunas, etc.

Apéndice: en tecnología cerámica se dice a toda aquella parte de una pieza cerámica que actúa como accesorio o apéndice, que sale del cuerpo (asa, ónfalo, pico vertedero, etc.).

Arcilla: tierra finamente dividida, conformada por agregados de silicatos de aluminio, procedentes de la descomposición de minerales de aluminio e impurezas. La arcilla empapada en agua se vuelve plástica, pero al ser guisada se contrae y se endurece. Según Emmanuell Cooper (1987) la arcilla es una tierra plástica y maleable que se encuentra en gran parte de la superficie de La Tierra, debe prepararse cuidadosamente para eliminar de ella las materias extrañas y mezclarla uniformemente.

Área de pisado: lugar donde se pisa el barro, estaba localizada en el interior o exterior de la cueva-alfar.

Arena: material geológico conformado por partículas desagregadas de las rocas y que se utilizan generalmente como desgrasante. En Hoya de Pineda se denomina arena a la tosca molida y tamizada.

Aro: pieza metálica de las barricas, de ellos se hacían los raspadores.

Asa: parte que sobresale del cuerpo de una vasija, generalmente de figura curva o de anillo y que sirve para coger la propia vasija.

Barrera: lugar o sitio donde se localiza barro - generalmente de buena calidad- y se extrae para elaborar cerámica.

Barro: mezcla de agua y tierra (a veces además con arena). Puede ser fuerte o flojo. En Canarias el locero/a llama barro al material con que confecciona sus vasijas, tanto en estado natural, como después de prepararlo.

Barros: recipientes cerámicos también denominados búcaros. Vasos olorosos utilizados para mantener el agua fresca y con buen sabor.

Basalto: material geológico de naturaleza volcánica (roca eruptiva efusiva) de carácter básico, que se forma a partir de un magma pobre en sílice.

Base: parte que supone el apoyo principal de una vasija de barro, puede ser plana, cónica, convexa, etc.

Basto: pella de gran tamaño, elaborada después del pisado.

Bernegal: vasija cerámica utilizada para almacenar el agua fresca en las casas.

Bollo: masa de barro amasado, de forma cilíndrica, que se utiliza para fabricar un recipiente cerámico con la técnica del urdido.

Borde: extremo que se encuentra alrededor de la boca de un recipiente.

Brasas: leña o carbón encendidos, de color rojo, por la incandescencia.

Bruñido: acción de alisar con un callao fino, hasta conseguir un brillo metálico.

Callao: término utilizado en Canarias para designar a un canto rodado (de playa o de barranco). En cerámica el callao es por lo general de origen marino.

Cántaro: vasija cerámica caracterizado por presentar una boca relativamente estrecha, una barriga ancha y una base o pie estrecho. En general el cántaro suele presentar asas en la parte alta.

Caña: fragmento o trozo de caña de barranco que se utiliza para raspar o desbastar.

Carta etnográfica: documento administrativo, de gestión e investigación (formado por planos, memoria, base de datos, etc.) donde se recoge el inventario de yacimientos y manifestaciones etnográficas que posee un área geográfica. Generalmente se suele llevar a cabo por términos municipales.

Cazuela: vasija cerámica utilizada, generalmente, para cocinar, que posee forma de tendencia globular, a modo de olla.

Cazuelo: recipiente cerámico parecido a la cazuela utilizado para tostar o guisar. En La Atalaya de Santa Brígida se utiliza este término para denominar a un tipo de recipiente los “cazuelos de vino”, que se emplean para servir vino.

Cenicero: recipiente cerámico utilizado, generalmente, para depositar la ceniza procedente de los cigarrillos.

Centro locero: conjunto de talleres cerámicos o alfares que se concentran en un mismo lugar o localidad y que poseen una serie de características tipológicas comunes. Suele estar compuesto por varias familias emparentadas entre sí, aunque existen centros loceros donde se establecen familias sin parentesco familiar. Quizás, lo que le da categoría de centro locero sea las diferencias tipológicas que poseen unos centros con respecto a otros.

Cerámica: del griego *keramiké* - *keramikós* o *kerameo* (alfarero), *keras* (mano) y *miké* (mezclar), “mezclar con la mano”. Tecnología que consiste en elaborar o fabricar piezas (recipientes, adornos, figuras, etc.) mediante el guisado o cocido de arcilla a altas temperaturas.

Cerámica de transición: tipo de cerámica que se fabrica entre dos fases históricas bien diferenciadas y que puede poseer elementos culturales de ambas etapas. Para el caso de Canarias, se ha hablado de cerámica de transición haciendo alusión a la alfarería que se realizó a finales del siglo XV y durante el siglo XVI, que posee características prehispánicas y europeas.

Cocción (o guisado): fenómeno químico de transmisión de calor, de un cuerpo a otro, a través de los gases (aire caliente). En tecnología cerámica se llama cocción o guisado al proceso de transmisión de calor que transcurre en el interior del horno, cuando los recipientes o elementos de barro se transforman en cerámica.

Combustible: material utilizado para prender fuego y guisar la loza o cerámica. Pueden ser de origen lúneo (madera), animal, etc. Generalmente suelen utilizarse materiales que den mucho calor y poca llama, como las varas de viñas, las bostas del ganado, carozos de piñas de millo, troncos de pencas de tuneras, leña de higuera, etc. En la

fabricación de tejas el mejor combustible es el eucalipto blanco.

Cortado: cortar, acción de desbastar. Desbastado.

Cuello: parte superior de una vasija, generalmente alargada y de forma cilíndrica, troncocónica, troncocónica invertida, hiperbólica, etc.

Cuerpo: partes principales de una vasija. Un recipiente cerámico puede tener uno, dos o más cuerpos.

Curtido: acción de poner el barro en remojo varios días para que se ablande y sus partículas se disuelvan. También se denomina esponjado.

Desbastado: acción de quitar el exceso barro amasado sobrante en una pieza, durante su elaboración, con el fin de igualar la pieza en todas sus partes y hacerla más ligera. También al desbastado se denomina raspado.

Desgrasante o desengrasante: materiales no plásticos (generalmente de origen mineral, como la arena u orgánico, carbonatos, etc.), que poseen diferentes tamaños y permiten, durante la cocción cerámica, la evaporación del agua, evita la excesiva contracción del barro y facilita el choque térmico durante el guisado.

Emparejado: igualar la superficie de una vasija, antes de la cocción.

Esponjado: curtido. El barro se esponja porque absorbe agua durante el curtido, aumenta de volumen, se infla.

Estirado: técnica que consiste en alargar el barro amasado de los diferentes bollos colocados en la barriga de una pieza.

Evaporación: proceso físico y químico por el que un elemento desprende agua en estado gaseoso.

Fondo: parte final o baja del interior de un recipiente cerámico. También se llama fondo a la parte exterior redondeada de una vasija, mientras que si la parte exterior es plana se denomina base.

Funda: todo el proceso anterior al habilitado se denomina *hacer la funda*.

Gánigo: recipiente cerámico de forma troncocónica invertida, multiusos de diferentes tamaños. En Tunte (San Bartolomé de Tirajana) recibía el nombre de *ganiguete*.

Goro: pila excavada en la roca que sirve para humedecer el barro.

Guisandero: hombre encargado de guisar la loza.

Habilitar: es todo el proceso que sigue. después de haber elaborado la funda.

Horno: del latín *furnus*. Lugar, natural o artificial, que sirve para guisar o cocer la cerámica. Puede ser del tipo hornera (hoguera, hoyo, etc.), una estructura cubierta o descubierta. A su vez, esta última puede ser monocámara, de doble cámara, de cámaras múltiples, etc.

Inclusión: ver desgrasante.

Irregular (cocción): guisado cerámico que se presenta de forma no regular, es decir, que posee ciertas

zonas no comunes, estableciéndose varias tonalidades, calidades, etc.

Jarra: denominación que se da en Tunte, también en otros lugares de Gran Canaria, a un tipo de recipiente (de forma compuesta) de grandes dimensiones utilizado para almacenar ciertos productos, como gofio, cereales, carnes en salazón, etc.

Jurgonero: instrumento de madera de pino (*Pinus canariensis*), pita, etc. utilizado para mover las piezas cerámicas, durante la cocción de las mismas.

Labio: parte superior del borde. Dependiendo del tipo de labio, éste puede ser plano, redondeado, biselado en el interior, biselado en el exterior y apuntado.

Lebrillo: recipiente de forma troncocónica invertida de grandes dimensiones (como una gran palangana) utilizado para amasar el pan, elaborar morcillas, etc.

Levantado: en cerámica proceso que consiste en realizar (generalmente llevando hacia arriba el barro desde la base hasta la boca) una pieza cerámica utilizando las técnicas de mano, torno y molde.

Lítico: del griego *lithos*, piedra. Relativo a la piedra.

Locero/a: persona que se dedica a elaborar recipientes y piezas de barro guisado.

Loza: denominación tradicional, dada en Canarias, a todo lo referente a la cerámica. Nombre dado a los recipientes y piezas de barro guisado en Canarias. Puede ser fina o basta. La loza fina se caracteriza por estar mejor elaborada y ser utilizada en ocasiones especiales, mientras que la loza basta posee un tratamiento más bajo que la fina y se caracteriza por

servir para actividades cotidianas (cocina, transporte, etc.). Sin embargo, en algunas zonas de la Península Ibérica la loza es la cerámica fina y barnizada.

Lustre: brillo, se aplica también al bruñido.

Maceta: recipiente de forma troncocónica invertida de mediano tamaño, utilizado para almacenar tierra y plantar flores u otras especies vegetales.

Majado: relativo a majar, machacar, golpear la arcilla, para obtener una tierra muy fina.

Mamelón: en cerámica apéndice (asa, etc.) con forma de mama.

Matriz: está constituida por minerales de arcilla, elementos volumetricamente más importante en la composición mineralógica de una pieza de alfarería.

Morturación: acción de morturar, machacar un elemento para hacerlo más fino.

Olla: recipiente cerámico de forma globular, con cuello y boca anchos, así como dos asas, utilizado para guisar o cocer alimentos.

Ollero: persona que se dedica a elaborar ollas. Nombre dado en el siglo XVI a los alfareros que se dedicaban, esencialmente, a fabricar ollas. Aunque el nombre puede hacer alusión, por extensión, a todos los alfareros.

Oreado: acción de desprender la humedad del barro, mediante la exposición al sol o en un lugar sombreado y aireado, dependiendo de la fase de elaboración de la misma.

Oxidante: en cerámica aspecto de la pasta de color rojizo. Se dice que una cocción es oxidante cuando, durante el guisado, se ha producido entrada de mucho oxígeno, es decir oxidación o en atmósfera oxidante.

Pared: en cerámica dicese de la parte relativa al grosor de un recipiente.

Pasta: mezcla de tierra, agua y desgrasante. Barro preparado. La pasta puede presentarse fresca o guisada. También se denomina pasta a los diferentes tipos de barro.

Pella: masa de barro, el basto es dividido en pellas que son amasadas con las manos y luego son conservadas una sobre otra hasta su uso.

Piedra muerta: denominación dada en Canarias a un tipo de piedra que soporta altas temperaturas (1.100° C) sin sufrir fracturas o alteraciones importantes. Piedra utilizada en la fabricación de hornos. Generalmente se trata de escoria compactada de origen basáltico.

Pilón: recipiente cerámico de forma troncocónica invertida utilizado para fregar objetos.

Pintado: en cerámica técnica decorativa que consiste en fijar pintura, por medio de los dedos, utilizando pinceles u otros utensilios, antes de proceder al guisado. Con la cocción la pintura queda fijada.

Pisado del barro: acción que consiste en amasar el barro con los pies. En algunas ocasiones (elaboración de tejas en Gran Canaria) el pisado lo realizaba una vaca.

Pitón: palo largo, procedente de la pita, utilizado por el guisadero para sacar y meter las piezas dentro del horno. También con el pitón se mueven las piezas que están dentro

del horno, para ver si están guisadas o, inclusive, se utiliza para remover la leña que está ardiendo.

Plato: vasija cerámica redonda, con una concavidad en medio y borde plano.

Porrón: vasija cerámica de forma globular que sirve para almacenar y servir agua, presenta dos agujeros acondicionados, uno para la entrada del agua y otro para la salida. Este último sirve para verter un chorro y beber directamente.

Pre calentamiento: en tecnología cerámica se denominada pre calentamiento a la acción de prender fuego en un horno sin estar colocadas las piezas a cocer, con el fin de subir la temperatura del horno y que las piezas se guisen en el menor tiempo posible.

Raspado: en cerámica acción de quitar el barro sobrante de una vasija.

Raspado: o cuchillo, instrumento metálico que se utilizan para raspar o desbastar la loza.

Raspona: útil de piedra de superficie porosa, utilizada en el proceso de elaboración de la cerámica.

Refractario: material que soporta o resiste la acción del fuego sin cambiar de estado ni descomponerse.

Ripio: piedras de pequeñas dimensiones utilizadas en la construcción de muros y estructuras que se instalan entre las piedras de mayores dimensiones, para calzar, nivelar, etc.

Sahumerio o sahumador: se suele pronunciar *sajumerio*. Se trata de una pieza cerámica que sirve para quemar hierbas olorosas o medicinales, que purifican el

ambiente de las casas, espantan a los insectos, los malos espíritus, etc.

Secado: ver oreado.

Sobado: acción de amasar el barro con las manos (aunque estuviera pisado), con el objeto de calentarlo y orientar bien las partículas, puesto que cuando el barro está guardado se endurece y se pone rígido.

Tabefe: Suero de la leche o de la cuajada.

Tarros de ordeño: en cerámica, recipientes elaborados como elementos que sirven para recoger la leche obtenida del ordeño de vacas, cabras u ovejas (*Ovis aries*).

Talla: palabra que procede del portugués *talha*. En cerámica, recipiente de forma compuesta, generalmente de panza globular, base con tendencia plana y cuello cilíndrico, que se utiliza para transportar agua desde los puntos de abastecimiento hasta los hogares.

Temperatura de cocción o guisado: nivel térmico o calorífico que es necesario para alcanzar una buena cocción de la pieza.

Textura: disposición, estructura de las partes de un cuerpo, obra, etc.

Tinaja: recipiente cerámico de grandes dimensiones que se caracteriza por ser mucho más ancha por la parte media, que por el fondo y la boca. Generalmente las tinajas suelen encajarse, para su sujeción, en un pie o aro. Se utilizan como contenedores de agua, aceite u otros líquidos. Aunque en Canarias no suele emplearse este término, tal vez, en siglos anteriores si se conocían estos recipientes en nuestro Archipiélago.

Tinajero: persona que se dedica a elaborar tinajas. Nombre dado en el siglo XVI a los alfareros que se dedicaban a fabricar tinajas. Aunque el nombre puede hacer alusión, por extensión, a todos los alfareros.

Tostador: en cerámica, recipiente que sirve para tostar granos de trigo, millo, café, cebada, etc. Suele tener forma troncocónica invertida y base plana.

Tratamiento: en cerámica, acción o trabajo que se realiza sobre un elemento cerámico, desde que se levanta, hasta su secado.

Urdido: sistema de fabricación de piezas de barro, a mano, consistente en añadir churros o cilindros superpuestos.

Vaso: en cerámica, recipiente de pequeñas dimensiones utilizado para beber agua. Suele tener varias formas, pero priman las cilíndricas.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Fuentes manuscritas.

Archivo Parroquial de Santa Brígida (APSB), depositado en el Archivo Histórico Diocesano de Las Palmas (AHDLP).

Archivo Parroquial de Santa María de Guía (APSMG):

Libros Sacramentales de bautismos, matrimonios y defunciones de los siglos, XVII, XVIII, XIX y XX.

Libro de Matrícula o Padrón Parroquial de Santa María de Guía, apéndice de familias pobres feligresas de la parroquia, del año 1920.

Padrón de la Iglesia Parroquial de Santa María de Guía, 1885.

Archivo Parroquial de Santiago de Gáldar (APSG):

Libros Sacramentales de bautismos, matrimonios y defunciones de los siglos, XVII, XVIII, XIX y XX.

Padrón General de Población de la Población de Santa Brígida, 1834. Padrón General de Población de la Población de Santa María de Guía, 1834. Padrón General de la Población de Gáldar, 1834. Depositados en el Archivo, Biblioteca y Hemeroteca de El Museo Canario.

Fuentes cartográficas.

Mapa Topográfico Nacional de España. Isla de Gran Canaria, hoja 1098-III, ed. 1998. Escala 1:25.000.

Mapa Topográfico Nacional de España. Isla de Gran Canaria, hoja 1104-I, ed. 1998. Escala 1:25.000.

Cartografía de Grafcan, isla de Gran Canaria, ed. 1996 y 2001. Escala 1:5.000.

Fuentes orales.

- D. Antonio Godoy Suárez.
- D. Antonio Suárez Santiago
- D.^a Carmen Monzón Suárez.
- D.^a Carmen Quintana Hernández.
- D.^a Dolores Suárez Ramos.
- D.^a Elena Suárez Vega.
- D.^a Fátima Castellano Santiago.
- D.^a Inés Suárez Suárez.
- D. Joaquín Santiago Monzón.
- D. José Godoy Santiago.
- D.^a Josefa Santiago Suárez.
- D. Juan F. Sosa Guillén.
- D. Juan Godoy Suárez.
- D.^a Juliana María Suárez Vega.
- D. Manuel Molina Moreno.
- D.^a María Santiago Moreno.
- D.^a M.^a Carmen Rodríguez Ramos.
- D. Nicolás Godoy Vega.
- D. Pablo Melián Suárez.
- D. Paulino Godoy Castellano.
- D.^a Rafaela Santiago Suárez.
- D.^a Rosa Castellano Santiago.
- D.^a María Suárez García.
- D. Santiago Molina Moreno.
- D. Santiago Monzón Suárez.
- D. Santiago Suárez Santiago.
- D.^a Tomasa Suárez Santiago.

Siglas.

APSB: Archivo Parroquial de Santa Brígida.

APSMG: Archivo Parroquial de Santa María de Guía.

APSG: Archivo Parroquial de Santiago de Gáldar.

Bibliografía.

- Afonso García, Manuel (1983): *Greda. Manual de alfarería popular canaria*. Ed. Centro de la Cultura Popular Canaria. Santa Cruz de Tenerife.
- Aguiar Castellano, Sergio (2006): *Descripciones históricas de Guía de Gran Canaria*. [www. Guiadegrancanaria.org/sergioaguiar](http://www.Guiadegrancanaria.org/sergioaguiar).
- Aguiar Díaz, Juan Francisco (2007): *Referencias Históricas sobre la Gestión de los Caminos Rurales en Guía de Gran Canaria*. www.Guiadegrancanaria.net/documentos/francis_Aguiar_caminos_guia-pdf.
- Aguirre Baztán, Ángel (1995): *Etnografía. Metodología cualitativa en la investigación sociocultural*. Ed. Boixareu Universitaria. Barcelona.
- Álvarez Rixo, José Agustín (1955) [1841]: *Cuadro histórico de estas Islas Canarias, noticias generales de su estado y acaecimientos más memorables, durante los cuatro años de 1808 a 1812*. Ed. El Gabinete Literario. Las Palmas de Gran Canaria.
- Arribas y Sánchez, Cipriano (1900): *A través de las Islas Canarias*. Ed. Antonio Delgado Yumar. Santa Cruz de Tenerife.
- Barandiarán, José María, (1975): “Guía para una encuesta etnográfica”. *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra*. Volumen II, pp: 227-235.
- Betancor Quintana, Gabriel (2003): *Los indígenas en la formación de la moderna sociedad canaria*.

Integración y aculturación de canarios, gomeros y guanches, 1496-1525. Tesis doctoral. Facultad de Geografía e Historia. Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Inédita.

- (2004 a): “Los canarios y la caña de azúcar, siglo XVI”. *XVI Coloquio de Historia Canario Americana*. Resúmenes. Las Palmas de Gran Canaria, p.: 15.
- (2004 b): “La ganadería indígena tras la conquista”. *El Pajar Cuaderno de Etnografía Canaria*. La Orotava. N.º 19, pp.: 39-49.

Bethencourt Massieu, Antonio; Suárez Grimón, Vicente J.; Macías Hernández, Antonio M. y Pérez García, José Miguel (2003): *475 aniversario de la fundación de Santa María de Guía de Gran Canaria 1526–2001. Retazos de su historia*. Ed. Ayuntamiento de Santa María de Guía. Las Palmas de Gran Canaria.

Bolaños, Javier (2005): “Un alfar con mucha historia”. *La Provincia Diario de Las Palmas*. Lunes, 23 de agosto de 2005, Las Palmas de Gran Canaria, p.: 5.

Bonte, Pierre e Izard, Michel (1996): *Diccionario de Etnología y Antropología*. Trad. de Mar y Linares García. Ed. Akal. Madrid.

Brito González, Oswaldo (1989): *El tránsito a la contemporaneidad*. En VV.AA. *Historia popular canaria*. Colección Biblioteca Canaria. Tomo 5. Ed. Centro de la Cultura Popular Canaria. Santa Cruz de Tenerife.

Capel Martínez, J. y Delgado Calvo-Flores, R (1978): “Aplicación de métodos ópticos al estudio de cerámicas arqueológicas”. *Cuadernos de Prehistoria de La Universidad de Granada*, N.º 3, pp.: 343-356.

- Caro Bellido, Antonio (2002): *Ensayo sobre cerámica en arqueología*. Ed. Agrija. Muy Ilustre, Antigua y Real Hermandad de los Santos. Sevilla
- Cooper, Emmanuell (1987): *Historia de la cerámica*. Ed. CEAC. Barcelona.
- Corrales Zumbado, Cristóbal y Corbella Díaz, Dolores y Álvarez Martínez, María de los Ángeles, (1996): “Diccionario diferencial del español de Canarias”. Ed. Arco libro. Madrid.
- Corrales Zumbado, Cristóbal y Corbella Díaz, Dolores (2001): “ Diccionario Histórico del Español de Canarias (2001). Ed. Instituto de Estudios Canarios y Mapfre Guanarteme. Ediciones Castaño.
- Corredor, Carmen (1982): “¿Se terminan los artesanos?” *Diario Las Palmas*. Viernes 30 de agosto de 1982, p.: 10.
- Cuenca Sanabria, Julio (1981): “Las cuevas de Pineda: un centro alfarero de tradición aborigen en el noroeste de Gran Canaria”. *Aguayro*. N.º 131, pp.: 23-25.
- (1983): “El Cercado: centro alfarero de La Gomera”. *Aguayro*. N.º 147, pp.: 25-28.
- Cuenca Sanabria, Julio, Guillén Medina, José y Tous Mellá, Juan (2005): *Arqueología de La Fortaleza de Las Isletas. Cuadernos de Patrimonio Histórico*. N.º 3. Ed. Cabildo de Gran Canaria. Las Palmas de Gran Canaria.
- Díaz Bertrana, Ervigio (1973): “El Lugarejo”. *El Eco de Canarias*. domingo 30 de diciembre de 1973, p.:7.

- Díaz Hernández, Ramón (1990): “Motín de hambre en Arucas de 1800”. *La Revista Arucas*. Arucas. N.º 3, pp.: 10-11.
- Díaz Rodríguez, Juan Manuel (1988) (2.ª ed.): *Molinos de agua en Gran Canaria*. Ed. Caja Insular de Ahorros de Canarias. Las Palmas de Gran Canaria.
- El Alfar (1998): “La cerámica pintada de El Mojón. Apuntes para su estudio”. *El Pajar. Cuaderno de Etnografía Canaria*. La Orotava. N.º 3, pp.: 39-44.
- Escolar y Serrano, Francisco (1983) [1806]: *Estadística de las Islas Canarias, 1793-1806*. III tomos. Ed. Caja Insular de Ahorros de Las Palmas. Las Palmas de Gran Canaria.
- Falcón Rivero, Luis (coord.) (2007): *Itinerario por nuestra cultura*. Cuadernos de Actividades. Ed. IES Santa María de Guía. Guía de Gran Canaria.
- Fariña González, Manuel A. (1998): “Las loceras de San Miguel de Abona (Tenerife)”. *El Pajar*. La Orotava. N.º 3, pp.: 49-58.
- Fontana, Joseph (2001): *La Historia de los hombres*. Ed. Crítica. Barcelona.
- García Benito, Agustín (2004): *Cerámica tradicional de Peñafiel*. Ed. Diputación de Valladolid. Salamanca.
- González Antón, Rafael (1978): *La cerámica popular en las Islas Canarias*. Con la colaboración de Manuel J. Lorenzo Perera”. Ed. Cabildo de Tenerife. Santa Cruz de Tenerife.

Guigou y Acosta, Diego (2004) [ed. original 1907]: *Los niños canarios*. Ed. Idea. Santa Cruz de Tenerife.

Hernández Marrero, José Ángel y Benítez Hernández, Valentín (2008 a): “La Lagartera, un alfar desaparecido”. *El Pajar. Cuaderno de Etnografía Canaria*. La Orotava. N.º 26, pp.: 19-29.

— (2008 b): “Bernegales y tinajas”. *El Pajar. Cuaderno de Etnografía Canaria*. La Orotava. N.º 26, pp.: 92-100.

Jiménez Medina, Antonio y Zamora Maldonado, Juan (2008): “Los oficios tradicionales vinculados a los asentamientos trogloditas en Gran Canaria: el caso de la alfarería”. *El patrimonio troglodítico de Gran Canaria*. Ed. AIDER. Las Palmas de Gran Canaria, pp.: 147-163.

Jiménez Medina, Antonio, Zamora Maldonado, Juan y Hernández Marrero, José A. (2008): “La cerámica a mano elaborada en Canarias entre los siglos XVII y XIX: ¿autoabastecimiento o exportación? *XVIII Coloquio de Historia Canario Americana*. Cabildo de Gran Canaria. Las Palmas de Gran Canaria. En Prensa.

Jiménez Romera, Waldo (1868): *Crónicas de las Islas Canarias*. Editores Rubio, Grillo y Vitturi. Madrid.

Jiménez Sánchez, Sebastián (1927): *Descripción Geográfica de Canarias y especial del grupo Oriental*. Fundación de Alejandro Hidalgo y Romero. Escuelas Salesianas del Sagrado Corazón de Jesús. Las Palmas de Gran Canaria.

— (1958): “Cerámica grancanaria prehispanica de factura neolítica”. *Anuario de Estudios Atlánticos*. Madrid-Las Palmas de Gran Canaria. N.º 4, pp.: 193-244.

- Lezcano Montalvo, Pedro (1944): “Visita a La Atalaya de Gran Canaria”. *Tradiciones Populares: Palabras y Cosas. Colección de ensayos y notas de folklore canario*, I. Ed. Instituto de Estudios Canarios. La Laguna, pp.: 171-184.
- Lobo Cabrera, Manuel; Fajardo Espínola, Francisco; Anaya Hernández, Luis Alberto; Bethencourt Massieu, Antonio y Pérez García, José Miguel (1994): *Textos para la Historia de Canarias*. Ed. Cabildo de Gran Canaria. Madrid.
- Lobo Cabrera, Manuel; Santana Pérez, Germán y Rodríguez Padilla, José Luis (2007): *Los usos de la madera: recursos forestales en Gran Canaria durante el siglo XVI*. Ed. Cabildo de Gran Canaria. Las Palmas de Gran Canaria.
- López Álvarez, Xuaco (1994): *Las abejas, la miel y la cera en la sociedad tradicional asturiana*. Ed. Real Instituto de Estudios Asturianos. Oviedo.
- López García, J. Sebastián (1983): “Cerámica popular canaria: taller de Hoya de Pineda de Gáldar”. *Anuario de Estudios Atlánticos*. Madrid-Las Palmas de Gran Canaria. N.º 29, pp.: 567-576.
- Luján Henríquez, José Antonio (2006): *Aportación para la historia de la alfarería de Lugarejos, Artenara (Gran Canaria)*. Ed. Ayuntamiento de Artenara. Las Palmas de Gran Canaria.
- Madoz, Pascual de (1986) [1.º ed. 1850]: *Diccionario geográfico-estadístico- histórico de España y sus posesiones de Ultramar: Canarias. 1845-1850*. Ed. Ámbito. Salamanca.

- Manrique y Saavedra, D. A. M. (1873): *Elementos de geografía e historia natural de las Islas Canarias*. Ed. Tipografía Antonio López Ramírez. Las Palmas de Gran Canaria.
- Marín de Cubas, Tomás Arias (1986) [ed. original 1687-1694]: *Historia de las siete Islas de Canaria*. Edición de Ángel de Juan Casañas, Juan Régulo Pérez, María Régulo Pérez y Julio Cuenca Sanabria. Ed. Real Sociedad Económica de Amigos del País de Las Palmas de Gran Canaria. Madrid.
- Morales Padrón, Francisco (1993) [1.^a ed. 1978]: *Canarias. Crónicas de su Conquista. Transcripción, estudio y notas*. Ed. Cabildo de Gran Canaria. Madrid.
- Murcia Suárez, Macarena (1998): “Aproximación metodológica para el estudio de la tecnología y la cultura material de oficios artesanos tradicionales recientemente desaparecidos”. *Actas del III congreso de Historia y Antropología aplicada*. Tomo III, pp.: 357-381.
- Navarro Mederos, Juan Francisco (1992): *Los gomeros. Una prehistoria insular*. Trabajos Prehispánicos 1. Dirección General de Patrimonio Histórico del Gobierno de Canarias. Santa Cruz de Tenerife.
- (1999): “El viaje de las loceras: la transmisión de tradiciones cerámicas prehistóricas e históricas de África a Canarias y su reproducción en las islas”. *Anuario de Estudios Atlánticos*. Madrid-Las Palmas de Gran Canaria. N.º 45, pp.: 61-118.
- Olive, Pedro de (1865): *Diccionario estadístico-administrativo de las Islas Canarias*. Ed. Diputación Provincial de Canarias. Barcelona.

- Onrubia Pintado, Jorge (2004): *La isla de los guanartemes. Territorio, sociedad y poder en la Gran Canaria indígena (siglos XIV-.XV)*. Ed. Cabildo de Gran Canaria. Madrid.
- Orton, Clive; Tyers, Paul y Vencen, Alan (1997) [1.^a ed. inglés 1993]: *La cerámica en arqueología*. Ed. Crítica. Barcelona.
- Quintana Andrés, Pedro C. (2006): *Una mirada al pasado. El término de Guía en Gran Canaria (1600-1750)*. Ed. Ayuntamiento de Santa María de Guía. Dirección General de Patrimonio Histórico del Gobierno de Canarias. Las Palmas de Gran Canaria.
- (2008): “La cueva en el ámbito tradicional: una visión histórica del mundo troglodita de Gran Canaria. Siglos XVI-XIX”. *El patrimonio troglodítico de Gran canaria*. Ed. AIDER. Las Palmas de Gran Canaria, pp.: 105-121.
- Ramírez Sanchez, Manuel (2000): “Aproximación historiográfica a la investigación arqueológica en Canarias: la comisaría provincial de excavaciones arqueológicas de Las Palmas (1940-1969)”. *Actas do 3.º Congreso de Arqueología peninsular. Volume I (Arqueología Peninsular. História, Teoria e Prática)*, pp.: 417-429.
- Rodríguez Pérez Galdós, Caridad y Grandío de Fraga, Eduardo (coord.) (1998): *Carta Etnográfica del municipio de Artenara*. Fundación para la Etnografía y Desarrollo de la Artesanía Canaria. Cabildo de Gran Canaria. Inédita (puede consultarse en <http://www.fedac.org>).
- Rodríguez Rodríguez, Amelia del C. (1997): “La tecnología de la piel y el cuero en la Prehistoria de Canarias. Una

- aproximación etnoarqueológica”. *El Museo Canario*. Las Palmas de Gran Canaria. Volumen LII, pp.: 11-31.
- (1999): “The reconstruction of ancient leather technology or how to mix methodological approaches”. *Urgeschichtliche Materialhefte*. N.º 14, pp.: 99-110.
- Rodríguez Rodríguez, Amelia del Carmen; Jiménez Medina, Antonio Manuel y Zamora Maldonado (2006): “El instrumental lítico en el trabajo de la loza tradicional: apuntes etnoarqueológicos”. *XVI Coloquio de Historia Canario-Americana*. Las Palmas de Gran Canaria, pp.: 419-436.
- Rodríguez Rodríguez, Amelia del Carmen; Jiménez Medina, Antonio Manuel; Zamora Maldonado Juan Manuel y Mangas Viñuela, José (2006): “ El empleo de cantos rodados en la elaboración de la loza tradicional de la isla de Gran Canaria, implicaciones etnoarqueológicas”. Simposio Internacional de Etnoarqueología de la Prehistoria: más allá de la Analogía. *Treballs d’Etnoarqueologia*. Madrid. N.º 6, pp.: 209-225.
- Santana Pérez, Juan M. y Santana Pérez, Germán (2000): “Industria rural en Gran Canaria afines del siglo XVIII”. *XIV Coloquio de Historia Canario-Americana*. Las Palmas de Gran Canaria, pp.: 607-622.
- Santana Santana, Antonio (2001): *Evolución del paisaje de Gran Canaria (siglos XV-XIX)*. Ed. Cabildo de Gran Canaria. Madrid.
- Santana Santana, Antonio y Rodríguez Socorro, María del Pino (2006): *El Monte Lentiscal, un espacio de larga tradición turística*. Ed. Idea. Santa Cruz de Tenerife.

- Sempere Ferrándiz, Emili (1992): “Catalogación de los hornos de España y Portugal”. En VV.AA. *Tecnología de la cocción cerámica desde la Antigüedad a nuestros días*. Ed. Asociación de Ceramología. Alicante, pp.: 185-237.
- Seva Román, Romualdo (1995): *Caracterización cerámica y relaciones culturales en la prehistoria reciente de Alicante*. Tesis Doctoral. Biblioteca virtual Miguel de Cervantes. Universidad de Alicante. Alicante.
- Sosa, Fray José de (1994) [ed. original 1678]: *Topografía de la Isla Afortunada de Gran Canaria*. Introducción, transcripción y notas de Manuela Ronquillo Rubio y Ana Viña Brito. Ed. Cabildo de Gran Canaria. Madrid.
- Suárez Moreno, Francisco (2005): “El comercio minorista en Gran Canaria de la primera mitad del siglo XX”. *El Pajar. Cuaderno de Etnografía Canaria*. La Orotava. N.º 20, pp.: 98-106.
- Suárez de Quintana, Fray Juan (2006): *Relación genealógica*. Transcripción, introducción de notas e índice onomástico por Pedro González Sosa. Ed. La Caja de Canarias. Las Palmas de Gran Canaria.
- Suárez Grimón, Vicente (1987): *La propiedad pública, vinculada y eclesiástica en Gran Canaria, en la crisis del Antiguo Régimen*. II tomos. Ed. Cabildo de Gran Canaria. Madrid.
- (1991): “La conflictividad social”. En Morales Padrón, Francisco (dir.). *Historia de Canarias*. Volumen III, fascículo 26. Ed. Prensa Ibérica. Gobierno de Canarias. Unelco. Valencia, pp.: 493-512.

Talavera Alemán, Diego (1976): “Una heroína de la cerámica popular”. *Diario de Las Palmas*, sábado, 7 de agosto de 1976. Las Palmas de Gran Canaria, pp.: 2-3.

Zamora Maldonado, Juan M. y Jiménez Medina, Antonio M. (2003): “Sobre el origen de la actividad locera en Hoya de Pineda (Gáldar-Santa María de Guía, Gran Canaria)”. *Tenique*. La Laguna. N.º 5, pp.: 15-58.

— (2004): *El centro locero de Tunte (San Bartolomé de Tirajana, Gran Canaria)*. Ed. FEDAC. Cabildo de Gran Canaria. Las Palmas de Gran Canaria.

LOS AUTORES

Juan Manuel Zamora Maldonado.

Nace en Arucas (Gran Canaria). Es estudiante de Historia del Centro Asociado de Las Palmas de Gran Canaria de la Universidad Nacional de Educación a Distancia.

Ha asistido en calidad de oyente y ponente a varios eventos científicos (congresos, simposios, coloquios, etc.) y, en calidad de alumno, a varios cursos específicos, celebrados en las Islas Canarias.

Ha colaborado en varios proyectos arqueológicos, como excavaciones, prospecciones, así como en diferentes informes técnicos, planes generales de ordenación urbana y en cartas arqueológicas. Ha sido miembro del Consejo de redacción de la Revista Tenique, Revista de Cultura Popular Canaria que edita el Aula de Etnografía de la Universidad de La Laguna. Ha sido miembro fundador de las revistas culturales del municipio de Arucas, “El Puente” y Doramas”. Ha sido miembro fundador de los Colectivos Culturales “Magec” y “Garoe” de este municipio.

Tiene varias publicaciones entre las que destacan los libros *La anguila. Estudio etnográfico, pesca y aprovechamiento en las Islas Canarias* (en colaboración con M. Lorenzo Perera y A. M Jiménez Medina. 1999), *La Obra del Cronista Juan Zamora Sánchez* (2003) y *El Centro Locero de Tunte* (en colaboración con A. M Jiménez Medina. 2004), así como los artículos, “El Valle fértil (Arucas)” (en colaboración con el biólogo Javier Morales Medina), “Condicionamientos geográficos en la ocupación prehistórica del Valle de Arucas” (en colaboración con A. M. Jiménez Medina, F. Martel González, S. Jorge Godoy y C. G.

Torres Estupiñán), “El poblamiento prehistórico en la comarca de Arucas. Aproximación a un estudio del territorio” (en colaboración con P. González Quintero y A. M. Jiménez Medina), “El Centro Histórico de Arucas y su patrimonio arqueológico” (en colaboración con P. González Quintero y A. M. Jiménez Medina), “¿Donde se ubicaba la antigua Afurgad?: algunas cuestiones sobre el poblado prehispánico de Fargas” (en colaboración con A. M. Jiménez Medina), “La elaboración tradicional de tejas y ladrillos en la comarca Norte de Gran Canaria: un estudio etnohistórico” (en colaboración con A. M. Jiménez Medina), “Algunos aspectos etnográficos del término municipal de Arucas” (en colaboración con A.M. Jiménez Medina), “El poblamiento prehistórico en la isla de Gran Canaria” (en colaboración con A. M. Jiménez Medina), “El poblamiento prehistórico en la comarca de Fargas (Gran Canaria)” (en colaboración con A. M. Jiménez Medina, S. Jorge Godoy y A. M. Betancor Rodríguez), “Nuevos apuntes para el conocimiento del poblamiento prehispánico en Fargas (Gran Canaria)” (en colaboración con A. M. Jiménez Medina), “La flauta o gaita entre los pastores de Gran Canaria: un estudio etnográfico” (en colaboración con A. M. Jiménez Medina), “Sobre el origen de la actividad locera en Hoya de Pineda (Gáldar-Santa María de Guía, Gran Canaria)” (en colaboración con A. M. Jiménez Medina), “¿Dónde se ubicaba la antigua *Afurgad*? Algunas cuestiones sobre el poblado prehispánico de Fargas” (en colaboración con A. M. Jiménez Medina), “Arrieros somos y en el camino nos veremos: la tradición de un oficio ancestral” (en colaboración con A. M. Jiménez Medina), “Agricultura, hortofruticultura y recolección vegetal tradicionales del Barranco de Guayadeque (Ingenio-Agüimes, Gran Canaria)” (en colaboración con A. M. Jiménez Medina), “El viaje del María del Pino” (en colaboración con A. M. Jiménez Medina), “La ganadería tradicional en Gran Canaria: algunos apuntes etnográficos” (en colaboración con A. M. Jiménez Medina), “Los pozos de los desaparecidos durante la represión franquista de 1937 en Arucas” (en colaboración con

A. de J. Hernández Padrón y A. M. Jiménez Medina), “ El instrumental lítico en el trabajo de la loza tradicional: apuntes etnoarqueológicos” (éste en colaboración con la Dra. Amelia del Carmen Rodríguez Rodríguez, el Dr. José Mangas Viñuela y A. M. Jiménez Medina), “El empleo de cantos rodados en la elaboración de la loza tradicional de la isla de Gran Canaria, implicaciones etnoarqueológicas” (éste en colaboración con la Dra. Amelia del Carmen Rodríguez Rodríguez, el Dr. José Mangas Viñuela y A. M. Jiménez Medina), “Los oficios tradicionales vinculados a los asentamientos trogloditas en Gran Canaria: el caso de la alfarería” (en colaboración con A. M. Jiménez Medina), etc.

Actualmente se encuentra colaborando e investigando en varios proyectos científicos y de gestión del patrimonio cultural, tanto etnográficos como arqueológicos en la isla de Gran Canaria. Asimismo es socio fundador de La Asociación Memoria Histórica de Arucas (AMHA), de la que es Secretario de su Junta Directiva.

Antonio M. Jiménez Medina.

Nace en Arucas (Gran Canaria), es Licenciado en Geografía e Historia (Sección de Historia) por la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria (1992). Ha sido becario de investigación y formación del profesorado en el Departamento de Ciencias Históricas de la ULPGC, así como del Cabildo de Gran Canaria y del Programa Intercampus EAL-96. En el año 2002 leyó y defendió su memoria de Suficiencia Investigadora en el Departamento de Ciencias Históricas de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, que versó sobre el poblamiento prehispánico en Arucas.

Ha asistido, en calidad de oyente y ponente, a varios eventos científicos nacionales e internacionales, de carácter

histórico, arqueológico y prehistórico, así como a cursos específicos. Ha participado en proyectos de estudios arqueológicos, etnográficos y en varias campañas arqueológicas llevadas a cabo en las Islas Canarias, en la Península Ibérica y en la República Argentina. Asimismo, ha dirigido varias excavaciones arqueológicas y, actualmente, dirige la intervención arqueológica en el pozo del Llano de Las Brujas (lugar en el arrojaron a los desaparecidos durante la represión franquista de 1937) y en breve dirigirá los sondeos arqueológicos en el área denominada La Capellanía Grande (Arucas).

Tiene varias publicaciones entre las que destacan los libros *La anguila. Estudio etnográfico, pesca y aprovechamiento en las Islas Canarias* (en colaboración con M. Lorenzo Perera y J. M. Zamora Maldonado, 1999), *El Centro Locero de Tunte* (en colaboración con J. M. Zamora Maldonado, 2004) así como los artículos “La elaboración tradicional de tejas y ladrillos en la comarca Norte de Gran Canaria: un estudio etnohistórico” (en colaboración con J. M. Zamora Maldonado), “El patrimonio etnográfico en el Centro Histórico de Arucas (Gran Canaria)” (en colaboración con A. de J. Hernández Padrón), “La flauta o gaita entre los pastores de Gran Canaria: un estudio etnográfico” (en colaboración con J. M. Zamora Maldonado), “Sobre el origen de la actividad locera en Hoya de Pineda (Gáldar-Santa María de Guía, Gran Canaria)” (en colaboración con J. M. Zamora Maldonado), “La gestión municipal del Patrimonio Histórico de Arucas (Gran Canaria)” (en colaboración con A. de J. Hernández Padrón), “Las fuentes públicas de Arucas (Gran Canaria)” (en colaboración con A. de J. Hernández Padrón), “Arrieros somos y en el camino nos veremos: la tradición de un oficio ancestral” (en colaboración con J. Zamora Maldonado), “Agricultura, hortofruticultura y recolección vegetal tradicionales del Barranco de Guayadeque (Ingenio-Agüimes, Gran Canaria)” (en colaboración con J. Zamora Maldonado), “El viaje del María del Pino” (en colaboración

con J. Zamora Maldonado), “La ganadería tradicional en Gran Canaria: algunos apuntes etnográficos” (en colaboración con J. Zamora Maldonado), “Los pozos de los desaparecidos durante la represión franquista de 1937 en Arucas” (en colaboración con A. de J. Hernández Padrón y Juan M. Zamora Maldonado), “ El instrumental lítico en el trabajo de la loza tradicional: apuntes etnoarqueológicos” (éste en colaboración con la Dra. Amelia del Carmen Rodríguez Rodríguez, el Dr. José Mangas Viñuela y Juan M. Zamora Maldonado), “El empleo de cantos rodados en la elaboración de la loza tradicional de la isla de Gran Canaria, implicaciones etnoarqueológicas” (éste en colaboración con la Dra. Amelia del Carmen Rodríguez Rodríguez, el Dr. José Mangas Viñuela y Juan M. Zamora Maldonado), “Los oficios tradicionales vinculados a los asentamientos trogloditas en Gran Canaria: el caso de la alfarería” (en colaboración con J. M. Zamora Maldonado), “De barro eres y en barro te convertirás: los estanques de barro en Arucas, Gran Canaria, un acercamiento a la infraestructura hidráulica de finales del siglo XIX y comienzos del XX (en colaboración con J. Zamora Maldonado, A. Hernández Padrón y M. Jiménez Medina).

Asimismo, destacarían los trabajos relacionados con la gestión del patrimonio histórico de Arucas, elaborados conjuntamente con Alicia J. Hernández Padrón, como los programas de las Fiestas de San Juan Bautista de Arucas dedicados a la prehistoria, toponimia, oficios tradicionales de este municipio, así como los artículos “El patrimonio etnográfico en Centro Histórico de Arucas”, “ La gestión municipal del Patrimonio Histórico de Arucas”, “Las fuentes públicas de Arucas”, “Rescatando la memoria: las fuentes de El Peñón y Montaña de Cardones”, “El Patrimonio Histórico de Arucas: una propuesta de conservación integrada”, “El legado histórico artístico del municipio de Arucas: un ejemplo de gestión y planificación desde la Administración Pública del ámbito local”, etc.

Su vinculación con la divulgación con el patrimonio arqueológico y etnográfico le ha llevado a la impartición de diversas conferencias y charlas en centros de educación infantil, primaria y secundaria, en sedes de colectivos culturales, vecinales y ecologistas, así como la realización de varias rutas guiadas (conjuntamente con Juan M. Zamora Maldonado), a través del Grupo Ecológico La Vinca de Firgas, por diversos yacimientos, conjuntos arqueológicos y etnográficos y museos de la isla de Gran Canaria.

Ha sido miembro del Consejo de Redacción de la Revista Tenique, en la actualidad trabaja como técnico para la Concejalía de Patrimonio Histórico del Ayuntamiento de Arucas y se encuentra realizando varios proyectos de investigación y gestión del patrimonio cultural, de carácter etnográfico y arqueológico.

*Contempla esas manos que modelan el barro.
Esconden el secreto de la creación.
Entre sus dedos sigilosos viaja el tiempo.
Entre sus dedos cálidos escapa el aroma a tierra y a tradición*

Alicia de Jesús Hernández Padrón.



Exmo. Ayuntamiento de
Santa María de Guía



**Gobierno
de Canarias**



Ayuntamiento de la Real
Ciudad de Gáldar

